
Selección
TERROR
BOLSILIBROS
TERROR
extra
Clark Carrados
VAMPIROS
DE LA MENTE

Bien, podríamos decir que hay ciertas células de animales inferiores que contienen elementos indispensables para la protección de la epidermis humana, lo cual, una vez hallados dichos elementos y aplicados en la proporción adecuada, podría proporcionar al ser humano una protección casi absoluta contra toda clase de enfermedades.



Clark Carrados

Vampiros de la mente

Bolsilibros: Selección Terror Extra - 28

ePub r1.0
Titivillus 14-07-2019

Clark Carrados, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





BOLSILIBROS BRUGUERA

Capítulo I

HABÍA anochecido ya y regresaba a casa después de una dura jornada de trabajo, conduciendo el vehículo que llevaba detrás el remolque cargado de heno, cuando de pronto vio que los faros del coche iluminaban una escena singular.

Una hermosa joven apareció bruscamente, surgiendo de la espesura cercana. Tenía el pelo suelto y en su rostro se apreciaba una expresión de vivísimo terror. Oliver Sword pudo ver sus ropas desgarradas y abundantes manchas de sangre en su piel desnuda e incluso en algunas zonas de su cuello.

Ella le vio también e hizo desesperadas señas para que el vehículo se detuviese. Sword aplicó el freno inmediatamente.

La joven corrió hacia él.

—¡Por lo que más quiera, sálveme de los vampiros! —pidió, medio a gritos, medio sollozando.

Sword se quedó estupefacto. Ella parecía en muy malas condiciones, aunque no en inmediato riesgo de perder la vida. Sin embargo, era evidente que se hallaba bajo la tensión de algo que le infundía un verdadero miedo.

De pronto se oyó un aleteo en las inmediaciones.

—¡Son ellos! —gritó la joven—. ¡Ya vienen! ¡Me buscan a mí! Ayúdeme, por favor…

Sword reaccionó y abrió la portezuela izquierda del coche. Ella se metió de un salto, justo en el instante en que algo que volaba y hacía ruido con las alas, aunque no demasiado, se precipitaba para atacarla furiosamente.

La cabina de la camioneta era de tipo cerrado y Sword se apresuró a subir los cristales. El ser alado se estrelló contra el parabrisas, rebotó, cayó sobre la tapa del motor, dio un par de

vueltas y luego rodó al suelo.

Otro ser llegó revoloteando, pero frenó a tiempo y se detuvo ante el parabrisas. Estupefacto, Sword pudo ver que se trataba de un murciélago de enormes dimensiones. Las alas, extendidas, debían de tener casi un metro de envergadura.

El animal quiso morder con sus afilados dientes, pero el cristal rechazó sus ataques. Las uñas, diminutas, terriblemente puntiagudas, resbalaron también sobre aquella sustancia que resultaba invulnerable a sus ataques.

Durante unos momentos, Sword permaneció inmóvil con el motor en marcha, pero con el vehículo parado. Otro murciélago surgió de las tinieblas y se arrojó contra la cabina. El impulso, como su anterior congénere, resultó excesivo y la bestezuela cayó al camino.

—¡Pronto, pronto! —pidió la joven—. Salgamos de aquí o nos matarán. Son muchos, cientos…

Sword hizo arrancar el conjunto de tractor y remolque. Dos murciélagos más se unieron al anterior, pero muy pronto su instinto animal les dijo que atacaban algo contra lo que no podían luchar y desaparecieron rápidamente en la oscuridad.

—La llevaré inmediatamente a un médico, señora —dijo Sword.

Le resultaba incomprensible la forma en que ella había aparecido tan inesperadamente. El pueblo estaba escasamente a dos millas de distancia, pero él tenía que desviarse antes, para llevar la camioneta y el remolque al lugar donde trabajaba.

Haría que viniese el médico a la granja, se dijo. Volvió la cabeza un instante y la vio sollozando quedamente, con las manos en la cabeza. En la piel desnuda de los brazos se apreciaban señales de mordiscos causados por diminutos pero afilados dientes y minúsculos regueros de sangre corrían por una epidermis muy blanca.

De repente, cuando ya alcanzaba la desviación que le permitiría llegar a la granja, vio un resplandor rojizo por encima de las copas de los árboles.

—Parece que hay fuego en alguna parte…

La joven miró en aquella dirección. Un grito escapó de sus labios inmediatamente.

—¡Ya arde! ¡Ya se quema la casa maldita!

—¿Cómo? ¿A qué casa se refiere usted? —preguntó Sword, estupefacto.

—Nunca creerá lo que me ha sucedido. Jamás podrá comprenderlo, pero si hay algo que me alegre, es el fuego que va a consumir ese lugar infernal…

Sword detuvo un instante la camioneta. Desconcertado, no sabía qué hacer: si llevar a la joven a un médico o dar aviso del fuego que parecía adquirir rápidamente un gran incremento.

Bruscamente, otro coche se detuvo junto al suyo, viniendo en dirección contraria. El conductor lanzó un fuerte grito:

—¡Oliver, venga conmigo! ¡Hay fuego en la casa de la ciénaga!

Sword abrió la portezuela.

—Señor Masters, llevo a una mujer herida…

Alguien se apeó del otro vehículo.

—Yo la llevaré a casa, Oliver —dijo la señora Masters—. Vaya usted con mi esposo a hacer lo que se pueda en aquella casa.

—Sí, señora.

Sword saltó de la cabina al suelo y pasó al jeep que conducía Harmond Masters. El hombre arrancó de inmediato y tomó por un camino que Sword había entrevisto con anterioridad, pero que nunca había utilizado durante su trabajo.

Masters condujo el jeep con seguridad. Menos de diez minutos más tarde lo detenía junto al borde de algo que parecía una charca de gran extensión. Desalentado, exclamó:

—¡Ya no hay nada que hacer! ¡No hay poder humano capaz de detener ese fuego!

Sword se apeó lentamente. La casa ardía desde el tejado a los cimientos. Situada al borde del estanque, cuyas aguas parecían un espejo, el incendio se duplicaba al reflejarse en la masa líquida. Junto con las llamas, subían a lo alto enormes columnas de humo.

¿Era de allí de donde había escapado la joven, huyendo de aquellos gigantescos murciélagos?

Súbitamente, una figura apareció en lo alto del tejado en llamas. Con la boca abierta y los ojos dilatados por el asombro, Sword contempló una escena asombrosa.

El hombre no parecía estar asustado por el fuego devorador.

Vestía una enorme capa y extendió los brazos, con lo que pareció de repente convertirse en un gigantesco pájaro.

—¡Es Jursy Yerkes! —gritó Masters.

Sword se sintió asombrado, porque nunca había oído hablar de aquel individuo. Pero Masters hacía arrancar de nuevo el coche y volvió a montar de un salto.

El estanque estaba cruzado por un camino terraplenado, partido en dos mitades, unidas por un puentecillo de madera, de la anchura suficiente para permitir el paso de vehículos.

Masters frenó en la explanada que había ante la casa, junto en el instante en que el hombre de la capa negra desaparecía entre las llamas.

Por un instante, Sword creyó que Yerkes echaba a volar, como un gran pájaro, pero se dijo que eso era algo imposible. El suelo que pisaba se había hundido bajo sus pies y había caído a aquel infierno, del que no podía salir con vida.

Ya se oían bocinas de otros vehículos que llegaban, atraídos por el incendio. Repentinamente, toda la estructura interior de la casa se vino abajo.

Fue un derrumbamiento fragoroso, y casi pareció una explosión, a causa del colosal surtidor de fuego y chispas que subió instantáneamente a lo alto. Era ya imposible hacer nada por los habitantes de la casa, si era que alguno había quedado atrapado dentro sin poder escapar.

Algunos de los que venían a sofocar el fuego habían traído consigo un par de bombas portátiles, que introdujeron en el estanque, a fin de disponer de agua para las mangueras. Sword ayudó en lo que pudo, pero se dijo, todo era ya inútil.

La joven que venía caminando airosamente en sentido contrario le pareció vagamente conocida. Oliver Sword detuvo su marcha y la miró con fijeza:

Ella, a su vez, le miró también y pareció sentirse enojada en el primer momento. Luego, un tanto indecisa, refrenó su paso, aunque sin detenerse por completo.

Durante unos segundos los dos se contemplaron mutuamente. Sword iba a continuar su camino, cuando de pronto chasqueó los dedos.

—¡Ya está! —exclamó—. Shithmore y la casa que se quemó…

¡Usted es Matilde Pequand!

El rostro de la joven se iluminó.

—¿Oliver Sword?

—Sí, el mismo. —La mano de Sword se tendió inmediatamente hacia la de Matilde—. Veo que está muy bien y no sabe cuánto me alegro de que se naya repuesto por completo —añadió.

Ella soltó una suave carcajada.

—Pero, Oliver, han pasado ya casi cinco años —le recordó.

—Es cierto —convino él—. Cinco años… y parece que fue ayer… —De pronto, se puso serio—. Matilde, no quisiera traer malos recuerdos a su mente…

—Lo pasé muy mal, en efecto, pero, según dijeron los médicos, fue más el shock del miedo padecido que las heridas en sí. Aunque llegaron a tiempo y pudieron aplicarme el antídoto que me evitó una muerte espantosa.

—¿Cómo? —dijo él, muy extrañado.

—Habría podido morir de rabia, Oliver.

—¡Demonios! Oh, perdone, Matilde…

Ella sonrió.

—Los amigos me llaman Mattie —indicó.

—Bueno, yo también la llamaré así. Pero estamos parados en medio de la calle. ¿Por qué no tomamos algo en ese bar que se ve a media docena de pasos?

—Sí, desde luego.

Momentos después se hallaban sentados ante una mesa, en un rincón discreto del local. Una camarera vino y Sword le encargó sendas tazas de café.

Mientras contemplaba el hermoso rostro de Mattie, pensó que prácticamente lo ignoraba todo de la joven a la que había salvado del feroz ataque de los murciélagos cinco años antes. El médico de Shithmore la había curado y, tras enterarse del origen de sus heridas, le había aplicado el tratamiento conveniente, aunque para mayor garantía una ambulancia se la había llevado rápidamente al Hospital General. Desde que dejó a Matilde en manos de la señora Masters, no había vuelto a verla.

—No le habrán quedado señales del ataque de los murciélagos —dijo, cuando ya les habían servido el café.

—Algunas señales se notan todavía, pero son muy pequeñas y

están en lugares que no suelo exhibir demasiado. Claro que tengo el recurso de utilizar traje de baño completo en lugar de un «dos piezas» —contestó ella.

—Bueno, ahora vuelven a ponerse de moda —rio él—. ¿De veras que ya se encuentra repuesta?

—¿Por qué no, Oliver? Han pasado cinco años…

—Yo pensé que… Hay cosas que dejan una profunda impresión en la mente y cuesta muchísimo borrarlas de nuestra memoria, suponiendo que se consiga —manifestó él.

—He podido superar todo aquello, afortunadamente —declaró Mattie—. Es cierto que lo pasé muy mal, pero, como digo, ahora duermo sin problemas todas las noches.

Sword ardía en deseos de saber qué hacía la joven en la casa del pantano, cuyo dueño había perecido de forma tan trágica, pero no se atrevía a preguntárselo.

Temía una respuesta negativa.

—Lo celebro infinito —dijo sonriendo.

—Usted volverá pronto a Shithmore —supuso ella.

—Oh, no en absoluto. Mi estancia en Shithmore fue algo accidental. Volví al siguiente año, pero más porque me lo pidió Masters, quien no encontraba un ayudante, que porque lo necesitara realmente.

—Ah, entonces no es… granjero —dijo Mattie, desconcertada.

Sword meneó la cabeza.

—Necesitaba algo de dinero para costear mis estudios y terminar la carrera —explicó—. Conseguí el empleo con Masters y estuve allí cuatro largos meses. Volví por segunda vez, como he dicho, pero después me gradué y ya no he vuelto por Shithmore, aunque, eso sí, nos felicitamos mutuamente por la Navidad.

—Entiendo. Así que ahora es todo un experto en…

—Económicas y alta contabilidad. Estoy a punto de entrar a formar parte del staff de una gran empresa, como censor jurado de cuentas. Es mi porvenir, Mattie.

—Le felicito, Oliver. Sin duda, ha conseguido lo que quería.

—Pues… no diría yo que no —rio él—. Y usted, ¿también ha…?

Sword miró sus manos, en donde no se veía un anillo de boda, ni siquiera de prometida.

—Tengo un pretendiente. Congeniamos mucho y es muy posible

que acabemos casándonos —respondió ella.

«Ahora nos separaremos y nunca sabré lo que le sucedió en aquella maldita casa», pensó el joven.

Durante unos segundos los dos se contemplaron recíprocamente, en silencio, sonriéndose el uno al otro, sin saber qué decirse. Sword se sintió de pronto muy incómodo.

Era evidente que Mattie no quería entrar en explicaciones acerca de lo ocurrido cinco años antes. Entonces ella debía de tener veinte o veintiuno, supuso.

De pronto, alguien se acercó a la mesa. Mattie lanzó una exclamación de alegría.

—¡Hola, Jack! No sabes cuánto me alegro de verte. Permite que te presente al hombre que me salvó de un grave apuro… Te lo he contado en más de una ocasión, ¿verdad?

El recién llegado sonrió.

—Usted es Oliver Sword —dijo, a la vez que extendía su mano.

Sword se había puesto en pie y estrechó la mano que le ofrecían.

—Encantado de conocerle, señor…

—Millipher —dijo Mattie—. Jack, el señor Sword y yo nos encontramos casualmente y decidimos charlar un poco de los viejos tiempos.

—No tan viejos ni tan comunes —manifestó Sword—. A fin de cuentas, nuestro encuentro duró apenas diez minutos.

—Pero fue muy trágico —añadió ella.

—Creo que eso ha pasado ya, ¿no? —dijo Millipher.

—Por fortuna —contestó el joven.

Millipher consultó su reloj.

—Mattie, se nos está haciendo tarde —dijo.

Ella se puso en pie y tendió la mano hacia Sword.

—Adiós, Oliver. No sabe cuánto celebro este encuentro.

—Yo también, Mattie. ¿Puedo esperar recibir algún día una invitación para su boda?

Mattie se volvió hacia el pretendiente.

—No depende solamente de mí —respondió.

Millipher se apoderó del brazo de la muchacha y rio fuertemente.

—Eso es algo que dos personas deben discutir a solas —exclamó.

Sword se quedó solo, un tanto pensativo, preguntándose a sí

mismo por qué no se había atrevido a pedir más detalles a Mattie sobre su horrible aventura.

¿Qué hacía en aquella casa? ¿Por qué escapó? ¿Por qué la atacaron aquellos espantosos murciélagos, de los cuales no había tenido la menor noticia hasta el momento de verlos?

Sabía vagamente que ciertos murciélagos, llamados vampiros en algunas regiones, atacaban al ganado, pero en la granja de los Masters no había sucedido jamás nada semejante, a pesar de que se encontraba tan sólo a tres kilómetros escasos de la residencia incendiada.

Era un enigma que no acababa de comprender y, después de reflexionar unos momentos, llegó a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era despreocuparse por completo del asunto.

El encuentro con Mattie había sido casual. Ella acabaría casándose con Millipher. Ya no volverían a encontrarse más.

Capítulo II

ESTABA repasando un pasaje particularmente interesante del libro que tenía en las manos, cuando, oyó que llamaban a la puerta de su casa.

Puso una señal, cerró el libro y se levantó. El inesperado visitante resultó ser una hermosa muchacha, de poco más de veinte años, de frondosa cabellera cobriza y ojos verdosos, que le miró sonriendo de un modo particularmente atractivo.

—Perdone —dijo ella—. ¿Tengo el gusto de hablar con Oliver Sword?

—Ese afortunado mortal soy yo —contestó el joven—. Y digo afortunado, porque es la primera vez que una bella mujer llama a la puerta de mi casa. ¿La amenaza algún dragón? ¿Un conde malvado quiere apoderarse de las joyas que son el tesoro de la familia? O tal vez un ranchero sin escrúpulos quiere robarle el mejor rancho de todo el Lejano Oeste?

Ella se echó a reír.

—Tiene usted un humor excelente, señor Sword, aunque por fortuna no me amenaza ningún peligro —contestó—. No me persigue un dragón, no hay joyas de la familia ni tengo tampoco un gran rancho.

—Entonces ha llamado a una puerta equivocada. Yo solo me ocupo de damas en graves apuros..

—Quizá yo lo esté, en cierto modo —dijo ella—.

Supongo que recuerda todavía Black Basin Hall, ¿verdad?

Sword dejó de sonreír en el acto.

—Demasiado, para mi gusto —contestó—. ¿Quiere pasar, señorita…?

—Hunt, Trisha Hunt —se presentó ella.

Sword cerró la puerta.

—¿Le apetece tomar algo? —invitó.

—¿Hay café?

—Lo tendré listo en un par de minutos, señorita Hunt.

—Llámeme Trisha, Oliver.

Sword se dirigía ya hacia la cocina y se volvió.

Trisha era una muchacha alta, de plena madurez como mujer a pesar de su juventud, con una silueta rebosante de atractivos y un rostro en el que se apreciaba energía y decisión, aunque, supuso, también debería manifestar dulzura y encanto en los momentos apropiados.

—Está bien, Trisha.

Cinco minutos más tarde se sentaba frente a la muchacha. Después de servirle el café, preguntó:

—¿Por qué quiere que le hable de Black Basin Hall?

—Estoy investigando ciertos hechos que ocurrieron allí hace cinco años, Oliver.

—Si mis cálculos no me engañan, en aquella época debía de contar usted unos quince años…

—No sea adulador. Ya tenía diecisiete bien cumplidos.

—Ahora tiene veintidós. ¿Qué le interesa de lo que en Shithmore llamaban la casa de la ciénaga?

—¿Por qué no me cuenta antes lo que sucedió, Oliver?

—Está bien.

Sword se reclinó en el diván y cruzó las piernas.

—Yo volvía de traer una carga de heno y una chica me pidió auxilio. Estaba siendo atacada por unos murciélagos gigantes, que le habían causado diversas heridas. Por fortuna, pudo entrar en la cabina de la camioneta y yo cerré los cristales, lo que evitó posteriormente más ataques de los murciélagos. Un par de ellos, en su furia, se estrellaron contra los cristales de la cabina y cayeron a tierra, aunque ignoro si murieron.

—No lo pasarían bien, supongo —dijo Trisha.

—Eso no importa ahora demasiado. Bien, yo llevé a la chica, pero en el camino, Masters, el granjero, y su esposa, me salieron al encuentro, porque la casa de la ciénaga, esa que usted llama Black Basin Hall, ardía en pompa.

—¿Vio el incendio?

—Sí. Dejé a la joven con la señora Masters y su marido y yo corrimos a ver qué se podía hacer. Desgraciadamente, ya no se podía remediar nada. El dueño, Jursy Yerkes, murió abrasado.

—Lo vio también, supongo.

—Sí. Fue una escena un tanto extraña, dejando de lado lo terrible de la situación. Él estaba en lo alto del tejado, entre las llamas, y extendió los brazos como si fuese a volar… Llevaba una gran capa y, durante un instante, me pareció que estaba viendo un murciélago gigantesco. Pero el tejado se hundió y él cayó a aquel infierno de fuego…

—¿Está seguro de que cayó a las llamas?

Sword hizo un gesto de desagrado.

—Lo vi yo y también el señor Masters. No creo que se pueda dudar de mis palabras, pero si no me cree, vaya a Shithmore y hable con Masters. Es un hombre muy serio…

—Desde luego, no dudo de lo que usted vio, Oliver —dijo Trisha.

—¿Me permite el uso de la palabra diablos, Trisha?

Ella pareció sorprenderse de la pregunta.

—Claro, no me escandalizo tan fácilmente —sonrió.

—Entonces, dígame por qué diablos ha venido a verme.

Hubo un momento de silencio.

Sword presintió que la joven iba a hacerle una revelación asombrosa. Trisha no estaba allí por simple casualidad, se dijo.

Al cabo de unos segundos, ella volvió a hablar:

—Oliver, sospecho que Yerkes está vivo —manifestó.

Sword dio un bote en su asiento.

—¡Eso no es posible! ¡Murió abrasado!

—Lo siento, pero creo que sigue con vida —insistió ella.

—Pues no lo entiendo. Siempre pensé que un hombre que cayera a aquel infierno… Oiga, era una casa enorme, muy vieja; bien conservada, según oí después, pero con más de cien años sobre sus costillas…

—Sobre el tejado —sonrió Trisha.

—Bueno, era sólo una frase. Aquello ardía como un trapo empapado en petróleo. Mucha madera, muchos años… En pocos minutos era una inmensa hoguera… Yerkes cayó allí. Si alguien le ha dicho que está vivo, Trisha, créame, le han tomado lindamente

el pelo.

—Estoy firmemente convencida de que Yerkes vive —dijo ella.

—Bueno, pero ¿por qué lo cree así? Además, ¿cuál es su interés en el caso?

El teléfono sonó de pronto. Sword hizo un ademán.

—Dispense, Trisha.

Sword se puso en pie y se acercó a la mesita donde estaba el teléfono. Sorprendentemente, alguien preguntó por la muchacha.

—Para usted, Trisha —dijo, desconcertado.

Ella se levantó vivamente.

—Dije que vendría a verte y dejé su número para que me llamasen, si me necesitaban. ¿Eres tú, Jimmy?

Sí soy Trisha. ¿Qué dices? Está bien, aguárdame en el mismo sitio; iré inmediatamente…

Trisha colgó el teléfono y se volvió hacia el joven.

—Dispénseme, pero tengo que salir con urgencia —exclamó—. Vendré otro día y se lo explicaré todo, pero ahora no tengo tiempo.

Recogió su bolso y echó a correr hacia la puerta. Antes de salir, miró al dueño de la casa.

—Yerkes está vivo —dijo.

Instantes después había desaparecido de la vista de un joven desconcertado, que no comprendía nada de lo que sucedía.

Al cabo de unos momentos, Sword llegó a una conclusión.

—¿Qué demonios me importa a mí si Yerkes está o no vivo? —masculló, enojado por el incidente.

Pero luego, inevitablemente, pensó en Mattie Pequand.

¿Debería comunicárselo?

—No sabes dónde vive, idiota —se apostrofó a sí mismo.

Estaba un poco nervioso y pensó que le convenía tranquilizarse, para lo cual se sirvió una dosis de whisky. De pronto, concibió una idea.

—Si ella tiene teléfono, sabré su dirección, que es lo mismo que ha hecho Trisha Hunt —se dijo.

Sí, Mattie tenía teléfono.

..

Estaba sentada en el diván, estrechamente abrazada a su

pretendiente. Mattie y Millipher se besaban y acariciaban apasionadamente. La mano derecha del hombre recorrió el antebrazo de la muchacha.

Vagamente, Millipher notó cierto contacto con un Sword llegó ante la puerta y pulsó el botón de llamada, sin obtener respuesta en los primeros momentos. Se preguntó cómo encajaría Mattie su visita inesperada. Quizá no era correcto ir a su casa, sabiendo que estaba prometida a un hombre, pero creía su deber comunicarle lo que había sabido aquel mismo día.

Ella debía saber también que Yerkes estaba vivo. Y, si podía, le pediría que le contase lo que había sucedido cinco años antes en Black Basin Hall.

—La Casa del Estanque Negro —tradujo a media voz.

Volvió a llamar, pero nadie le contestaba. Un tanto desconcertado, buscó tabaco maquinalmente en sus bolsillos.

Al sacar una tira de fósforos, se le cayó al suelo y se agachó para recobrarla.

Bruscamente, se detuvo en la misma posición, en cuclillas, con la mano alargada hacia los fósforos sin llegar a tocarlos. Su vista estaba morbosamente fija en la huella de color escarlata que había junto a la puerta.

Era la huella de un zapato femenino, no cabía duda. Los contornos definían perfectamente a la persona que había dejado aquella señal de color rojo.

Alargó un dedo y notó cierta pegajosidad. La mancha estaba todavía fresca, aunque era evidente que ya se había iniciado el proceso de coagulación.

—Coagulación, bah —dijo, a la vez que se incorporaba—. Ha estado pintando algo, se le cayó un poco de pintura al suelo, la pisó… y tal vez ha salido a la droguería en busca de algún disolvente para limpiar.

De repente vio algo que hizo erizar sus cabellos.

Un helado escalofrío recorrió su espalda. Por debajo de la puerta salía un delgado reguero de un líquido intensamente rojo y algo espeso, que no le pareció pintura precisamente.

Sin embargo, su mente se negaba a admitir la realidad.

—Se le ha volcado el bote y habrá puesto la casa perdida —murmuró—. Tendré que ayudarla a limpiar…

Agarró el pomo y lo hizo girar. La puerta no estaba cerrada con llave.

Empujó un poco. El silencio era absoluto.

Asomó la cabeza. Una exclamación de horror brotó inmediatamente de sus labios.

—¡Dios mío…!

El hombre estaba derrumbado sobre el diván que había cerca de la puerta, cubierto de sangre de la cabeza a los pies. Todavía se movía débilmente.

Al cabo de unos segundos, Sword recobró en parte el ánimo y se atrevió a entrar. Entonces pudo ver que Mattie había pisado la sangre que se veía en el suelo, cerca del diván, al escapar corriendo, aterrada sin duda por lo sucedido.

La sangre había brotado abundantemente del martirizado cuerpo de Millipher y se había deslizado en menudos regueros por el pavimento hasta llegar a la puerta. El suelo debía de tener un ligerísimo desnivel, no apreciable a simple vista, pero que había sido suficiente para que el líquido rojo corriese en aquella dirección.

Sword pensó que lo primero era avisar a la policía, para que viniese un médico, aunque no abrigaba muchas esperanzas sobre la suerte de Millipher. Debía de estar agonizando, calculó.

Procurando no pisar la sangre, buscó el teléfono. Cuando lo levantaba, vio que Millipher abría los ojos y agitaba una mano como si quisiera decir algo.

—No se mueva —ordenó el joven, terriblemente impresionado por el espantoso aspecto de Millipher—. Ahora mismo vendrá un médico…

—Ella… —jadeó el hombre—. Se convirtió… en un murciélago…

La cabeza de Millipher se dobló bruscamente a un lado y su respiración se apagó en el acto.

Capítulo III

CUANDO llamaron a la puerta, Sword presintió en el acto la identidad del visitante y acertó. Al abrir, vio a Trisha en el umbral, con una ligera sonrisa en los labios.

—¿Puedo pasar, Oliver?

El joven la contempló durante unos instantes. Ella vestía un traje muy sencillo, a cuadros rojos y azules, con líneas blancas, cuello y vivos colores blancos en las mangas, cortas, y un sombrerito redondo de color rojo oscuro. Su aspecto no podía ser más encantadoramente juvenil.

—¿No me dice nada? —preguntó ella, impaciente.

Sword se hizo a un lado.

—Perdone, me había quedado embobado mirándola.

—Me encuentra atractiva, supongo —sonrió Trisha.

—No se lo puede imaginar. Usted parece una chica dinámica, desenvuelta, y uno creería que sería lógico verla vestir una camisa a cuadros con los faldones fuera, y pantalones vaqueros, pero está ataviada como una colegiala a punto de lanzarse al mundo cruel…

Ella se echó a reír alegremente.

—Nunca me habían dicho nada tan bonito —confesó—. La verdad es que esa otra indumentaria no es apropiada ahora, Oliver, y yo me encuentro mucho más satisfecha vistiendo así.

—No cambie nunca de opinión, Trisha. Y ahora dígame qué quiere beber. ¿No le gustaría un poco de jerez?

—Bueno, le aceptaré una copita. Pero sólo una.

—Haga lo que yo: tome un trago sólo al mismo tiempo.

—No se pueden tomar dos, Oliver.

—Por eso se lo digo, Trisha.

La joven meneó la cabeza.

—Es usted un… ¿Puedo sentarme?

—Haga como si estuviera en su casa —contestó él, destapando ya la botella.

—No, porque entonces me pondría repantigada en el diván, colocaría los pies sobre esa mesita y no resultaría correcto.

—Pero estaría cómoda.

—Eso lo hago sólo cuando estoy muy cansada.

Trisha tomó la copa que le tendía el joven.

—Apuesto algo a que adivina a qué he venido —dijo después del primer sorbo.

—Si quiere que le diga la verdad, esperaba su visita ayer mismo —respondió él—. Me extrañó que no viniera antes.

—Lo siento, no me fue posible, Oliver.

—Yo hubiera ido a su casa, pero no encontré su nombre en la guía telefónica, Trisha.

—No lo encontrará. Resido accidentalmente en casa de una tía, ya anciana, y el teléfono está a su nombre. De todos modos, luego se lo dejaré, por si me necesita en algún momento.

—Lo tendré en cuenta —dijo él.

Hubo un momento de silencio. Sword y Trisha se miraban recíprocamente, como si cada uno de ellos quisiera adivinar lo que pensaba el otro. Al fin, pasados unos segundos, Trisha sonrió y dijo:

—Estoy segura de que se muere de curiosidad, Oliver, y quiere saber por qué me interesa tanto un nombre llamado Yerkes.

—Un hombre que se «llamó» Yerkes —puntualizó Sword.

—Está vivo —insistió la muchacha.

—Tendrá razones para afirmar una cosa semejante —dijo el joven, a la vez que cruzaba las piernas, sentado en un butacón frente a su visitante—. ¿Por qué no me las explica?

—Permítame antes una observación. Usted fue anteayer a la casa de Mattie Pequand.

—Es cierto.

—Y encontró allí a un hombre muerto.

—Moribundo. Murió apenas un minuto después de mi llegada.

—Es lo mismo, Oliver. El murió…

—Perdone, hay una ligera diferencia entre encontrar a un

hombre muerto, dejando a un lado las causas de su muerte, y llegar cuando aún le queda un soplo de vida.

—Está bien, luego hablaremos más de este tema —propuso la chica—. Millipher está muerto y eso es algo que ya no se puede evitar. Usted avisó a la policía. Pero dígame, ¿por qué fue a casa de Mattie Pequand?

—Tenía que contarle algo que podía interesarla. Yo la conocí cuando huía de la casa junto al estanque y había en ella señales de mordeduras de murciélagos. Me pareció que Mattie debía saber que Yerkes sigue aún con vida. Perdone, debo expresarme mejor: Mattie debía saber que había alguien que afirmaba que Yerkes está vivo aún.

—Comprendo. Pero llegó allí y se encontró a su prometido muerto.

—Por anemia, debido a una enorme pérdida de sangre.

—Los forenses sostienen que la hemorragia se debió a las mordeduras y arañazos de un murciélago gigante.

—Sé lo que se ha dicho sobre el particular, pero ¿tiene algo que ver con Yerkes?

—Quizá más de lo que se imagina, Oliver —contestó la muchacha sorprendentemente.

—¿De veras?

—¿Cree usted que Millipher murió a causa del ataque de un murciélago gigante?

—¿Por qué no, Trisha?

—En tal caso, ¿cómo llegó al apartamento? ¿De dónde vino?

—Y yo qué sé —comentó el joven malhumoradamente—. Trisha, usted no parece reparar en que yo vi algo horrible y que tardará mucho tiempo en borrarse de mi mente. Casi me costó una enfermedad, ¿sabe?

Ella le dirigió una sonrisa afectuosa.

—Lo siento, Oliver. Demasiado me imagino que vio algo horripilante, pero creo que debemos seguir hablando.

—Estábamos con Yerkes —rezongó él.

—El culpable de la muerte de Millipher. Y tal vez de otras semejantes y que no se han divulgado o se han atribuido a animales muy distintos de los murciélagos.

—¿Por ejemplo?

—Un puma.

Sword sonrió escépticamente.

—¿Un puma? —repitió, irónico.

—¿Por qué no? Las fieras, a veces, observan comportamientos muy extraños. Esas muertes, además, sucedieron en lugares no alejados excesivamente de las montañas. Los que encontraron esos cadáveres o no quisieron admitir la realidad o confundieron las heridas de los dientes y las garras del puma con las causadas por un murciélago gigante.

—Muy bien, admitámoslo —dijo el joven—. Suponiendo que se trate de un murciélago gigante, ¿qué tamaño debería tener, en su opinión?

—El de una persona, naturalmente.

—¿Un pájaro tan grande como usted o como yo?

—Perdone que le rectifique, Oliver. Un murciélago es un mamífero, no un ave.

—Sí, lo sabía; pero como vuela, se me escapó la palabra maquinalmente… De todos modos, un murciélago tan grande como una persona debe de ser una bestia enorme. Y, sobre todo, ¿qué tiene eso que ver con Yerkes?

—Mucho más de lo que se imagina, porque Yerkes es el autor de esos murciélagos gigantes —dijo Trisha muy seria.

Sword se levantó y volvió a llenar las copas. Trisha tomó un pequeño sorbo y sonrió.

—No me cree, ¿verdad, Oliver?

—Querida, lo que yo pienso es que Yerkes era un maniático al que le gustaba criar murciélagos. Hay quienes se dedican a la cría de aves de corral, perros de razas, canarios, palomas… El mundo está lleno de chiflados y Yerkes pudo muy bien dedicarse a esa tarea, trabajo o distracción, como quiera llamarlo. Puede, incluso, que mediante experimentos genéticos haya conseguido criar una raza de murciélagos, cuyo tamaño sea algo superior a lo normal. Pero creo que es imposible conseguir que uno de esos… mamíferos alcance el tamaño de una persona. En tal caso, las alas deberían alcanzar una envergadura superior a los cuatro metros, me parece. El animal, además, debería poseer una musculatura de terrible

potencia sólo para mover las alas que, de todas formas, no tendrían la fuerza suficiente para elevarlo en el aire.

—Como dijo Galileo, *eppur si muove* —contestó ella, irónica.

—Cierto. «Y sin embargo se mueve.» Pero no vuelan, Trisha, desengáñese de una vez. Además, nos estamos desviando del tema principal, la muerte de Yerkes. O su supervivencia, como prefiera.

—Es que todo está relacionado con ese individuo —alegó la muchacha.

—Bueno, explíquese de una vez. Usted debe de tener algún interés en el caso, ¿verdad?

Trisha hizo un gesto afirmativo.

—Sí —admitió—. En primer lugar, debe saber que Black Basin Hall perteneció a mi tía. Era suya cuando Yerkes la habitaba, mediante un alquiler, claro está.

—Y ya no le pertenece…

—No. Mi tía vendió los terrenos a una sociedad de cazadores. El estanque es más grande de lo que parece y, además, tiene zonas pantanosas en los alrededores. Consecuencia, allí se crían gran cantidad de aves acuáticas.

—O sea, un paraíso para los cazadores.

—Cierto, pero han establecido una reglamentación muy rígida, a fin de preservar las especies.

—Si la casa ya no es de su tía, ¿qué le interesa a usted el asunto?

—Mucho, porque yo tengo una amiga mía, cuya hermana mayor murió también mordida por un puma. Y esa amiga estuvo una temporada en Black Basin, viviendo con Yerkes.

—Hace cinco años, por supuesto.

—Algunos meses antes de su encuentro con Mattie Pequand —respondió Trisha.

—Y ahora, al cabo de cinco años, usted quiere investigar…

—Realmente no debería interesarme el asunto, pero hace algún tiempo hablé con mi amiga y comentamos la muerte de su hermana, seis o siete años mayor que ella. Entonces hice algunas averiguaciones y supe lo que había ocurrido el día en que se encontró usted con Mattie en plena carretera.

—¿Y después?

—Estuve preguntando a algunos vecinos de Shithmore, en especial a los Masters. También hablé con algunos cazadores, que

iban a veces a los pantanos, con permiso de mi tía. Ellos me contaron muchas cosas de Yerkes —explicó Trisha.

—Y le dijeron que está con vida —sonrió el joven.

—Cayó, según vieron los testigos, al hundirse el tejado, pero su caída se produjo en el lugar menos afectado por el fuego. Bueno, la casa quedó reducida a escombros, pero en aquel sitio tendrían que haberse encontrado algunos rastros de Yerkes.

—La dentadura, por ejemplo. He oído decir que el fuego difícilmente consume los dientes, a menos que se trate de un horno de cremación en un cementerio. Las temperaturas son elevadísimas…

—Yerkes llevaba un reloj de pulsera muy grande. Muchos se lo vieron. El reloj, aunque con elementos de metal parcialmente fundido, tendría que haber aparecido y no se encontró. Y se buscó con gran insistencia, pero, repito, no se encontró absolutamente nada.

—Es difícil hacer desaparecer a una persona por completo, en efecto —convino Sword—. Incluso cuando un muerto es incinerado se entregan las cenizas a su familia. El cuerpo no desaparece totalmente.

—Por eso digo que Yerkes está vivo —exclamó Trisha con los ojos muy brillantes.

Sword la miró fijamente durante un momento.

—Y usted, sospecho, quiere que lo busquemos —dijo al cabo.

—Sí, pero antes tendríamos que hacer otra cosa, Oliver.

—Usted dirá…

—Yo conozco a un biólogo, que es una autoridad en la materia.

—Quiere decir un experto en murciélagos.

—Exactamente.

Sword meneó la cabeza.

—La verdad es que en este mundo hay gente para todo —masculló.

—Oh, además es también experto en pequeñas fieras… como, por ejemplo, tarántulas, escorpiones, pirañas… Le gusta investigar el mundo de los pequeños animales feroces. ¿Ha visto usted alguna vez a una mantis religiosa devorando a su presa?

El joven hizo un gesto de repugnancia.

—Dios me libre —rogó fervorosamente—. Hay espectáculos que

no contemplaría ni aunque me pagasen con todo el oro del mundo.

Ella se echó a reír.

—Resulta interesante —dijo—. Aún más: tiene un pequeño estanque, con pirañas, cuyos hábitos y costumbres estudia, a fin de prevenir sus ataques en los ríos tropicales. Yo las vi una vez y se comieron a un perro en cuestión de segundos.

—¡No sería vivo! —se aterró el joven.

—No, por supuesto. Un coche lo había atropellado y… Pero, ¿no le gustaría venir conmigo a hablar con el profesor Challis?

Sword puso cara de aflicción.

—¿Lo cree necesario, Trisha?

El rostro de la muchacha adquirió súbitamente una expresión de seriedad.

—Oliver, Mattie desapareció de su casa y nadie sabe dónde está ahora. La policía supone que huyó, aterrada por el ataque del murciélago o lo que fuese. Pero yo supongo algo infinitamente peor y no me atrevo a decírselo, para que no me tome por loca.

—¿Tiene miedo de oír mi opinión? —preguntó él.

Trisha se agitó en su asiento, muy incómoda.

—¿Me promete no burlarse de mí, Oliver?

—No me burlaré —contestó él con aire solemne.

—Pues bien, yo pienso que fue Mattie quien mató a Millipher.

Hubo un momento de silencio. Luego, Trisha hizo un gesto de pesadumbre.

—Sabía que no iba a creerme —dijo.

Oliver levantó una mano.

—Está equivocada —manifestó—. Me cuesta mucho de creer, pero pienso que dice la verdad. Aunque, de todas formas, él lo dijo en los últimos instantes de su vida y su mente; imagino que desvariaba por completo. Pero seguramente creía en algo que sólo existía en su imaginación. Mattie lo mató, con un terrible sadismo, provocado con toda seguridad por una locura momentánea. Después quizá recobró la razón, vio lo que había hecho y huyó, aterrorizada de sí misma. Sí, Trisha, la creo a usted.

—De modo que Millipher pudo hablar todavía —exclamó la chica.

—Sí, Trisha.

—Y ¿qué dijo exactamente Oliver?

—Dijo: «Ella… se convirtió… en un murciélago…» Fueron sus últimas palabras —respondió el joven.

Capítulo IV

LA casa del profesor se hallaba en las afueras, en un lugar relativamente aislado, con abundancia de árboles de diversas especies. Abundaban los olmos y los robles, los cuales ocultaban el edificio casi por completo.

Una verja metálica rodeaba enteramente la propiedad cuya extensión calculó Sword en no menor de seis hectáreas. El suelo era un tanto irregular, aunque cubierto de césped abundante en la mayor parte de los sitios.

Para entrar en el recinto era preciso utilizar una puerta metálica deslizante. Habían ido en el coche de la joven y ella se apeó apenas llegados a su destino.

—Yo abriré —dijo sonriendo—. Haga avanzar el coche, Oliver.

—Pero ¿tiene llave? —se asombró el joven.

—Septie y yo somos muy buenos amigos y me deja la llave, a fin de que pueda entrar sin molestarle en sus trabajos, cuando venga a verle.

—Entiendo… Oiga, ¿qué nombre es ése? Nunca había oído una cosa tan rara, Trisha.

—Septie es abreviatura de Septimus, su nombre completo —explicó ella por encima del hombro.

—La chifladura del padre se propagó al hijo, no cabe duda —comentó el joven—. ¿Se va a casar con él, Trisha?

—Me lo ha pedido muchas veces, pero una cosa es venir aquí de visita de cuando en cuando, y otra cosa vivir siempre con bichos en la casa. Y como él no quiere dejarlos…

Trisha introdujo una llave especial situada en un lado de la puerta y abrió primero una caja metálica. Luego pulsó un botón y la puerta se deslizó a un lado.

—Entre, Oliver.

Sword hizo avanzar el coche. Trisha entró también y repitió la maniobra con una segunda caja situada en el interior.

La casa estaba a unos ciento cincuenta metros, en lo alto de una loma de suaves pendientes. Sword contempló la propiedad y no pudo evitar un comentario:

—Septie debe de ganar mucho dinero con sus investigaciones, ¿verdad?

—Oh, no lo crea. Es un enamorado de la biología y puede hacer lo que más le gusta sin problemas económicos, gracias a la fortuna que le dejaron sus padres.

—Hombre rico —murmuro Sword.

—Tiene un buen pasar —sonrió ella.

Momentos después se detenían ante la casa. El edificio dedicado a vivienda, apreció el joven, era más bien pequeño. Había otro cuerpo adosado al primero mucho mayor, pero estaba situado al otro lado.

Sword se apeó y echó una mirada a su alrededor.

—Aquí falta algo, Trisha —dijo de repente.

—¿Qué, Oliver?

—Un perro. Parece lógico en una propiedad tan grande…

—Oh, a Septie no le gustan los perros ni los gatos. Y no tiene miedo a los ladrones.

—Alguna alarma, supongo.

—No, un par de serpientes venenosas amaestradas. Las suelta por la noche y las recoge por la mañana.

Sword elevó la vista al cielo.

—Me preguntó por qué se me ocurriría a mí aceptar el trabajo en la granja de Masters, hace cinco años —se lamentó.

—Necesitaba el dinero para completar sus estudios, creo.

—Sí, pero de aquel maldito empleo vienen todos estos jaleos.

Ella le dio una palmada en la espalda.

—No sea cobarde, hombre. Nunca se ha escrito nada bueno de los cobardes, Oliver.

—Pero vivieron mucho más que los valientes, Trisha.

—Es posible. Vamos a ver a mi amigo —dijo la chica, a la vez que avanzaba hacia la puerta, que abrió de inmediato—: ¡Septie, soy Trisha! —gritó desde el umbral.

Nadie le contestó. Entonces, ella se volvió hacia su acompañante.

—Seguramente, estará en su… ¿cómo debo decirlo, Oliver?

—Almacén de bichos, supongo —contestó Sword.

—Digamos mejor laboratorios, porque tiene varios. Sigamos.

—Hay tipos que se merecen cuatro tiros —refunfuño el joven—. Aquí vive uno con el dinero que le sale hasta por las orejas, y en lugar de divertirse con chicas, fiestas y viajes alrededor del mundo, se dedica a criar fieras de todas clases…

—Todo lo que hace Septie redunda en interés de la ciencia, no lo olvide —dijo ella en tono de reproche.

Cruzaron la casa, que aparecía silenciosa, y llegaron ante una puerta que daba a un amplio corredor, en el cual se veían también otras puertas, todas cerradas. Una de ellas, sin embargo, tenía una mirilla de cristal bastante grande. El vidrio era muy oscuro y Sword supuso que tenía como objeto dejar pasar solamente un mínimo de luz.

Trisha presionó un interruptor situado a la derecha de la puerta y aplicó la vista al cristal.

—Acérquese, Oliver —dijo—. Ahora podrá ver un par de hermosos megaquirópteros.

—¿Qué? —respingó Sword.

—Murciélagos gigantes, más bien vampiros de la América tropical. Pueden alcanzar más de metro y medio de envergadura y se alimentan de sangre.

Terriblemente aprensivo, Sword aplicó el ojo al cristal. Trisha había encendido una luz roja, lo cual le, permitió ver unos cuantos grandes murciélagos durmiendo, colgados de las patas de unas ramas situadas en distintos lugares de una habitación bastante amplia.

—No, pues aquí no está —dijo ella—. Veamos el siguiente cuarto.

Puso la mano en la manija de la puerta siguiente y miró al joven.

—Tarántulas y escorpiones —indicó.

Sword hizo gesto negativo.

—Soy un cobarde —dijo.

Trisha se asomó un instante y volvió a cerrar.

—Aquí tampoco está —manifestó.

En los otros cuartos tampoco había el menor rastro del profesor Challis.

—Habrá ido a la ciudad —supuso él.

—O tal vez esté fuera, descansando. A veces, se sienta en una hamaca, para repasar sus apuntes… y siempre se queda dormido. Más de una vez lo he encontrado yo así —sonrió la muchacha.

La última puerta daba a la trasera del edificio. Había allí también bastantes árboles y junto a uno de ellos vieron una hamaca de lona, pero estaba vacía.

Al pie se veía un cuaderno abierto. Un poco de aire movía a veces las hojas. Trisha se sintió desconcertada.

—Puede que tenga razón, Oliver. Quizá Septie ha ido a la ciudad…

—Trisha, ¿es lógico que su amigo salga de la casa y deje el cuaderno tirado en el suelo? —preguntó Sword.

—No, no parece lógico —convino ella—. Pero la propiedad es muy grande y tal vez está dándose un paseo para estirar las piernas. ¿Vamos a ver si lo encontramos?

El joven se resignó. «¿Por qué habré hecho caso a esta insensata?», se preguntó.

Un poco más adelante vio un arroyuelo que iba a parar a un estanque de grandes dimensiones. Parecía más bien una piscina olímpica, aunque de contornos un tanto irregulares y los bordes de piedras artificiales.

—Ahí debe de bañarse su amigo —dijo.

—Jamás —contestó la chica—. Es el estanque donde viven las pirañas.

—¡Demonios! —se sobresaltó Sword.

La curiosidad le hizo acercarse al estanque, a unos pasos de la muchacha. De pronto, vio algo que le hizo sentir un escalofrío.

La cinta de colores se movía silenciosamente entre la hierba. Sword vio de inmediato que se dirigía hacia las piernas de la chica.

—Trisha, no te muevas, por el amor de Dios —dijo en voz baja.

Ella se quedó rígida en el acto.

—¿Qué sucede, Oliver?

—Quieta…, quieta.

Sword vio una rama seca caída en el suelo, de algo más de un

metro de largo y, agachándose, la empuñó con decisión. Luego pasó la punta bajo el centro del cuerpo de la serpiente, la levantó rapidísimamente y la arrojó al agua del estanque.

Trisha oyó el leve chapoteo del reptil al chocar contra la superficie. Bruscamente, Trisha lanzó un grito aterrador.

La muchacha se tambaleó. Sword la agarro por la cintura, temeroso que se cayera a aquel recipiente donde veían moverse a las pirañas. La muerte de Trisha habría sido inevitable en tal caso.

Durante unos instantes Sword contempló el esqueleto humano que yacía en el fondo del estanque. Algún desgraciado, se dijo, había caído allí, siendo devorado en pocos minutos por aquellos feroces peces carnívoros.

Debía de haber sido una muerte horrible, pensó mientras apartaba a la chica de aquel espantoso lugar. El hombre no había tenido salvación posible, atacado por centenares de mandíbulas con dureza de acero. Habría sufrido terribles torturas durante unos momentos que le habrían parecido inacabables, antes de caer en la definitiva inconsciencia de la muerte.

Trisha se sentía muy débil y tuvo que sentarse en la hierba. Sword aguardó unos momentos a que se recuperase.

Ella le miró al fin, con ojos llenos de lágrimas.

—Pobre Septie —dijo afligidamente.

—¿Estás segura de que era él?

La joven hizo un movimiento afirmativo.

—He visto su reloj de pulsera. Lo conocía muy bien; yo misma se lo regalé hace un par de años. Las pirañas no han tocado nada metálico que llevase sobre su cuerpo…

Sword dejó a Trisha unos momentos y regresó junto al borde. Desde allí podía ver el tenue brillo de una argolla metálica en torno a los huesos de la muñeca. Bajo las aguas, la boca descarnada de la calavera parecía burlarse de él en una mueca de macabro sarcasmo.

Se preguntó cómo un hombre como el profesor Challis había podido caer allí. Podía ser muy distraído o descuidado para ciertas cosas, pero no con el estanque donde criaba las pirañas para sus investigaciones. Aunque nunca se sabía…

Tal vez, al echarles la comida había resbalado en alguna piedra

del borde, particularmente lisa, cayendo al agua de donde ya no había podido salir.

—Debería haberse dedicado a la cría de palomas —gruñó.

Repentinamente, oyó la voz de Trisha que le llamaba con notas de alarma.

—¡Oliver!

El joven se volvió. Ella, sentada todavía sobre la hierba, señalaba algo con el brazo izquierdo extendido en cierta dirección.

Sword dirigió la mirada hacia el punto indicado por la muchacha y se estremeció. A unos veinte pasos de distancia, se veían asomar los pies de un individuo, tendido al pie de un matorral.

—Otro… muerto… —gimió la muchacha.

Sword movió la mano.

—Quieta ahí, no te muevas —ordenó—. Puede que no esté muerto, sólo dormido o inconsciente… y puede que el esqueleto que hay en el fondo del estanque no sea el de tu amigo —añadió.

Avanzó lentamente unos pasos, dio la vuelta al arbusto y se estremeció al contemplar el rostro de un sujeto desconocido para él, horriblemente deformado por unas causas que no alcanzaba a entender por el momento.

El sujeto estaba muerto, aunque no podía asegurar si se trataba del profesor Challis. Pero de pronto vio algo en su mano derecha.

Era una serpiente idéntica a la que había lanzado al estanque. En un instante, comprendió lo ocurrido.

El muerto había podido acabar con el reptil, demasiado tarde sin embargo para salvar su propia vida. La serpiente le había mordido antes de que pudiera evitarlo.

Otra forma de morir particularmente espantosa, se dijo. Estuvo unos momentos inmóvil y luego junto a la muchacha.

Ella le miró ansiosamente.

—No sé si es o no Challis, pero está muerto —dijo Sword—. Lo mató la otra serpiente.

Trisha se puso en pie de un salto.

—Entonces, andará por ahí… —exclamó muy asustada.

—No, está muerta.

Hubo un momento de silencio. Luego, ella dijo:

—Supongo que quieres que vea al muerto, Oliver.

—Conviene que lo hagas. Aunque está algo desfigurado por el veneno de la serpiente, creo que podrás reconocerlo, si se trata de tu amigo.

Trisha hizo un ligero movimiento. Luego echó a andar resueltamente hacia el arbusto. Sword caminó a su lado.

Durante unos segundos Trisha estuvo contemplando el cadáver. Al fin, se volvió hacia el joven.

—Septie es el que está en el fondo del estanque —manifestó.

Sword meditó durante unos instantes. Luego, de pronto, se arrodilló en el suelo y empezó a registrar las ropas del muerto.

—Oliver, no… —dijo ella, pero el joven levantó una mano para interrumpirla con un gesto enérgico.

—Quiero saber quién es y, si es posible, saber también a qué vino a la casa de tu amigo —dijo.

Casi en el acto, tocó un bulto de forma peculiar.

—Tiene una pistola, pero no parece que haya podido utilizarla —declaró—. Además…

Sword extrajo una billetera, en la que había un permiso de conducción a nombre de Kerr Halvin. También había algo más, que enseñó a la muchacha.

—Dinero —exclamó ella, asombrada—. Debe de haber más de dos mil dólares…

Sword contó rápidamente los billetes.

—Pasan de los tres mil —dijo—. Pero ahora vamos a tener que enfrentarnos con algo muy agradable, aunque absolutamente necesario, Trisha.

—¿Qué es, Oliver? —preguntó la muchacha.

—Llamar a la policía.

Capítulo V

CUANDO la policía les permitió marchar al fin, Sword acompañó a la muchacha hasta su casa. Ninguno de los dos, sin embargo, había mencionado el verdadero motivo de su viaje a la residencia del profesor Challis, limitándose a decir que eran amigos suyos y que pensaban hacerle una visita.

Los policías habían extraído el esqueleto del fondo del estanque, con ayuda de cuerdas y ganchos. Trisha había identificado positivamente aquellos restos no solo por el reloj que ella misma le había regalado dos años antes, sino también por el anillo con la insignia de la universidad que llevaba en la mano izquierda. Además, Challis llevaba siempre colgada del cuello una cadenita con una pequeña cruz, que Trisha había visto muchas veces.

El forense, en un primer examen, había encontrado en el mondo cráneo del profesor señales de un fuerte golpe, propinado con un objeto duro. La deducción, por tanto, era lógica: alguien le había atacado, dejándolo sin sentido, para luego arrojarlo a las diminutas fieras del estanque.

El forense aseguró también que Challis no habría muerto a consecuencia del golpe, aunque sí sufrido una fuerte conmoción, que le habría tenido una semana en cama. Pero el objetivo estaba conseguido: deshacerse del profesor.

Los motivos, sin embargo, eran desconocidos para la policía. Aunque Sword y la muchacha se los imaginaban fácilmente.

Cuando llegaron a la casa de Trisha, Sword se ofreció para quedarse con ella todo el tiempo que fuese necesario, ya que la veía muy afectada por los acontecimientos. Tampoco él se sentía mucho mejor, aunque se esforzaba por recobrarse lo más rápidamente posible.

—Si quieres que te haga compañía…

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—Gracias, pero creo que se me pasará —contestó, sonriendo tristemente—. Ya nos veremos mañana Oliver.

Sword tomó las manos de la muchacha y le dio unas afectuosas palmaditas.

—Procura descansar —aconsejó—. No tomes sedantes; bastará un vaso de leche templada, con unas gotas de coñac. Eso te hará dormir como un tronco.

—Sí, Oliver.

Sword regresó de inmediato a su apartamento. Durante el camino, se formuló infinidad de preguntas.

¿Por qué habían tenido que asesinar a Challis? ¿Estaba su muerte relacionada con los sucesos ocurridos cinco años antes en Black Basin Hall?

¿Había averiguado Challis algo sobre los murciélagos gigantes, especialmente interesante para alguien?

Y ¿quién era ese alguien?

Si se trataba de Yerkes, puesto que según decía ella estaba vivo, ¿qué había querido ocultar con la muerte de un chiflado, pero inofensivo biólogo?

Estaban sucediendo cosas verdaderamente horripilantes, pensó, una de las cuales era la muerte del prometido de Mattie Pequand. Mattie había desaparecido y no se tenía la menor noticia de su paradero.

—¿Dónde diablos estás, Mattie? —rezongó a media voz, como si la joven pudiera escucharle.

Una cosa parecía segura: si la muerte de Challis había sido obra de Yerkes, éste había recurrido a los servicios de un profesional, quien tras asesinar al profesor había muerto, a su vez, a causa del veneno de una de las serpientes guardianas de su residencia.

Recordaba muy bien el nombre: Kerr Halvin.

—Me gustaría saber más detalles de él… —murmuró.

De pronto chasqueó los dedos. Ya tenía quien le diera noticias sobre Halvin, pensó excitadamente. Acababa de recordar a cierta persona, quien, si no conocía directamente al muerto, podía tal vez facilitarle alguna pista que le ayudara a conseguir sus propósitos.

Consultó su reloj. Aunque eran ya las nueve de la noche, tenía

tiempo más que sobrado para ir a visitar a una hermosa mujer llamada Helen Payle.

Las luces de neón parpadeaban con tonos multicolores a la entrada del local. Sword parpadeó también. Habían pasado solamente dos años y el progreso de Helen resultaba patente.

—Ha debido de ganar mucha «pasta» —se dijo.

Empujó la puerta y entró. Había bastante animación y las camareras, vestidas apenas con unos trocitos de tela roja situados en los lugares estratégicos, iban y venían constantemente entre las mesas.

Al fondo se veía un pequeño escenario, donde una cantante entonaba una melodía de letra muy excitante. El mostrador, largo de casi diez metros, aparecía asimismo muy concurrido.

Sword buscó un sitio en la barra. Una atractiva camarera, en cuyos senos había pegados sendos círculos de color rojo, le miró sonriente.

—¿Señor?

Sword puso un billete sobre el mostrador.

—Una copa de lo bueno —pidió—. Y, por favor avise a la señora Payle. Quiero hablar con ella.

Las cejas de la camarera se arquearon.

—Muchos lo pretenden, pero que yo sepa nadie lo ha conseguido hasta ahora —contestó.

—Alguien tiene que ser la excepción, precisa. Haga lo que le digo y no se preocupe de más. Ah, dígale mi nombre: Oliver. Eso basta.

—Sí, señor.

La camarera sirvió la copa y se alejó hacia la salida del mostrador. Sword contempló su espalda, completamente desnuda.

Meneó la cabeza y dijo:

—Helen no da mucho trabajo a las fábricas textiles —sonrió.

La camarera regresó a los pocos momentos. Había asombro en su cara.

—Ella le aguarda en su despacho privado —manifestó.

Sword le guiñó un ojo:

—Se lo dije, guapa: siempre hay excepciones —rio alegremente.

Abandonó la barra, fue al fondo del local y abrió una puertecita de discreta apariencia, entrando a continuación en un penumbroso corredor, del que arrancaba una escalera que conducía al primer piso. Momentos después se detenía ante una puerta, en la que correcto, tocó con los nudillos.

—Pasa —dijo la mujer.

Sword empujó la puerta y asomó la cabeza.

—¿Estás muy ocupada?

Helen Payle se hallaba tras una mesa de despacho, con un libro de cuentas abierto delante de ella. Dejó la pluma a un lado y movió la cabeza.

—Entra, no te quedes ahí parado como un poste —exclamó alegremente.

Sword cruzó el umbral y cerró a sus espaldas. Helen se levantó para salir a su encuentro. Al llegar junto al joven, le agarró por los hombros y le besó fuertemente en ambas mejillas.

—De todas las visitas que me podían ser anunciadas, la tuya era la menos esperada —manifestó—. Ya pensé incluso que te habías ido al Polo o Dios sabe qué…

—Quizá pensaste que me había muerto —rio él.

—No he llegado a tanto, pero, diablos, en dos años ya podías haber dado señales de vida, Oliver.

—He estado muy ocupado y, además, tú no me necesitabas.

Solucionado aquel problema, ¿para qué molestarte más?

—Tú no molestarás nunca —aseguró Helen—. Pero dispénsame, no te he ofrecido de beber. ¿Quieres un trago?

—¿Quién podría rechazar la invitación?

Helen fue a la consola situada al fondo del despacho. Era una mujer de buena estatura y formas opulentas, con el pelo de color rojo oscuro y muy brillante. Llevaba un traje de color blanco, sumamente ajustado a su espléndida figura, con un gran escote y sin espalda. En el lado izquierdo tenía una abertura que llegaba hasta la cadera.

—Has progresado mucho, Helen —comentó el joven.

—En buena parte te lo debo a ti. De no haber sido por lo que hiciste, aquel canalla habría conseguido dejarme en la ruina.

—¿Qué pasó después? ¿Lo denunciaste a la policía?

Helen hizo un gesto negativo.

—Lo despedí, aunque, eso sí, luego tuve que enyesarme el tobillo derecho —contestó.

—¿Qué tiene que ver tu tobillo con el despido de un infiel contable? —se asombró Sword.

—Hombre, es que le di muy fuerte con el pie en el trasero —contestó ella riendo estruendosamente.

Sword meneó la cabeza.

—Eres única, Helen —sonrió.

Ella se le acercó con sendas copas en las manos.

—Y, además, tú me enseñaste cómo llevar los libros de cuentas, con lo que me ahorro el sueldo de un contable —añadió.

—Lo hice con mucho gusto —repuso el joven—. Por otra parte, no puedo olvidar tampoco que pagaste mi trabajo.

—Y… ¿quedamos en paz? —preguntó Helen maliciosamente.

—No. Me debes un favor.

Helen le dirigió una mirada de curiosidad.

—¿Estás en un apuro? ¿Necesitas dinero? ¿Qué puedo hacer por ti, Oliver?

—Por fortuna, ni estoy en un apuro ni necesito dinero, pero gracias, de todos modos. Lo que necesito es algo muy diferente de lo que acabas de mencionar.

—Pues… tú dirás —contestó ella, un tanto desconcertada.

—Es algo muy sencillo y se puede expresar con una pregunta muy corta, Helen. ¿Conoces a Kerr Halvin?

La sonrisa que lucía en los labios de la mujer se borró instantáneamente.

Hubo un breve espacio de silencio. Luego, Helen fue a un mullido diván que había al fondo, se sentó y golpeó uno de los cojines con la mano derecha.

—Ven, siéntate a mi lado, Oliver —invitó.

Sword cruzó la estancia y tomó asiento. Bebió un poco, dejó la copa en una mesita contigua y se volvió hacia su anfitriona.

—Parece que te ha extrañado mi pregunta —dijo.

—Conocía a Halvin y no era lo que se dice una buena persona. Pero me extraña que tú te relacionases con un tipo de su calaña…

—Has dicho «conocía». Yo no lo conocía, Helen.

—No lo entiendo, Oliver. ¿Quieres explicarte un poco mejor?

—Al parecer, ya sabes que Halvin ha muerto.

—Mordido por una serpiente, según dicen. Jamás había oído nada semejante y menos de un tipo como Halvin, nada aficionado a moverse en ambientes campestres.

—Era una serpiente guardiana. El dueño de la casa la soltaba, con otra, por las noches. Detestaba a los perros, ¿sabes?

—¡Jesús! —se espantó Helen—. Usar serpientes venenosas para guardar la casa, mejor que perros… Increíble, de veras.

—Pues es cierto, por fantástico que te parezca. Sin embargo, la serpiente actuó demasiado tarde. El dueño de la casa fue asesinado y todos los indicios recaen sobre Halvin.

—¿Por qué tuvo que matarlo, Oliver?

—Hay cosas que no se han dicho en las noticias sobre el suceso —respondió Sword—. Yo no dije a la policía que había registrado las ropas de Halvin, para saber quién era. Encontré tres mil dólares en su billetera.

—Es decir, lo pagaron para matar a un científico.

—Sí, Helen.

—Pero, ¿por qué? Todo esto me resulta muy confuso, te lo aseguro.

—Es largo de explicar, Helen, y quizá me tomarías por un chiflado. ¿Por qué no me dices algo sobre Halvin?

Ella se mordió los labios.

—No me extraña que se contratase para matar a alguien —dijo —. En realidad, Halvin era un mal bicho.

—Alguien se gastó tres mil dólares en contratarle, Helen.

—Sí, pero no se me ocurre… ¡Aguarda un momento, Oliver!

Helen pareció concentrarse un momento.

—Hace algunos días lo vi acompañado de un tal Dennis Wood. No es tampoco persona decente, créeme.

—¿Y bien?

—Wood es un sujeto absolutamente detestable, pero muy astuto. Tiene lo que piadosamente se podría llamar denominar agencia de investigaciones. Y es cierto, se dedica a eso, pero de una forma muy poco ética. Si tú necesitas algo que no puedes obtener por métodos ordinarios, Wood te lo conseguirá, aunque sus servicios no serán precisamente baratos. El contrata al especialista en cada caso y deja

satisfecho al cliente.

—Incluso se le puede encargar de robar algo.

—Lo que sea —dijo Helen significativamente.

—¿Incluso…?

Ella asintió.

—Pagando bien, Wood hace lo que quiere el cliente.

—Entonces, pudo contratar a Halvin para que asesinara al biólogo.

—No me extrañaría en absoluto.

Sword se frotó vigorosamente la mandíbula.

—Tendría que hablar con ese tal Wood.

—No te lo recomiendo. Podría costarte caro, Oliver.

—Yo no digo que vaya a contratar sus servicios. Sólo quiero hablar con él, Helen.

—Y yo te lo he dicho en sentido metafórico. Si Wood se huele que quieres saber algo sobre Halvin, puede darte un buen disgusto.

El joven sonrió.

—Deja que yo me ocupe de esa parte del asunto —contestó—. ¿Puedes darme su dirección?

—Rezaré por ti —suspiró Helen, a la vez que se ponía en pie.

Momentos después entregaba al joven un papel.

—Ten cuidado —aconsejó.

—Procuraré ser prudente —respondió Sword.

Miró a su alrededor.

—De verdad, has sabido progresar, Helen —añadió.

—No puedo quejarme —contestó ella, satisfecha.

—Abajo, en el mostrador, me dijeron que nunca recibes a nadie en este lugar. Debe sentirme halagado, porque has hecho conmigo una excepción —dijo el joven sonriendo.

—Para ti, nunca estarán cerradas las puertas de mi casa, Oliver.

—Gracias, hermosa.

Sword echó a andar hacia la puerta. De pronto, oyó la voz de Helen.

—¡Aguarda un momento, por favor!

Sword se volvió. Ella se acercó a una de las paredes y descorrió una tira de madera de unos veinte centímetros de largo por diez de ancho, dejando al descubierto una ranura algo más estrecha, a la cual aplicó la vista unos momentos.

Luego hizo un gesto con la mano.

—Ven, Oliver.

El joven se acercó. Helen se separó de la pared.

—Cuarta mesa al fondo, el hombre sin frente —señaló.

Sword miró a través de la ranura. Había un individuo sentado a una mesa con dos más, charlando apaciblemente. El sujeto tenía el comienzo de su espesa cabellera negra a muy poca distancia de unas cejas como cepillos, lo que explicaba la frase de Helen respecto a su carencia de frente.

—Parece un hombre de las cavernas —comentó.

—No es lo malo que lo parezca, sino que actúe como tal en determinadas ocasiones —dijo Helen incisivamente—. Los dos tipos que están a su lado son una mezcla de guardaespaldas y perros de presa. Muerden como salvajes, Oliver.

—Lo tendré en cuenta, gracias, aunque me parece que no iré a verle hoy mismo. Lo dejaré mejor para mañana.

—Como quieras.

Helen puso la placa en su sitio. Sword se volvió y apreció que estaba muy próximo a aquella hermosa mujer.

Ella sonreía de un modo especial. Sword contempló el atractivo espectáculo de un escote, que permitía apreciar los contornos de un hermoso pecho.

—Helen, desde que él se fue, ¿no has…?

—Hay cosas que un caballero no debe preguntar jamás a una dama —rio ella.

—Bueno, no quise molestarte…

—Pero, de todas formas, me gustaría volver a probarlo. Hubo un tiempo en que resultaba muy bueno, Oliver.

—Quieres probarlo otra vez, ¿eh? ¿Sirvo yo?

Helen se colgó de su brazo.

—Ven —dijo ardientemente—. Quiero enseñarte algo que no viste la vez anterior.

Sword se dejó arrastrar por Helen. Ella fue al lado opuesto, se acercó a la pared y tocó un bien disimulado interruptor. Un trozo del muro giró silenciosamente a un lado, dejando a la vista un enorme dormitorio, agradablemente decorado.

—Tengo que avisar al encargado que ya no bajaré al salón —manifestó ella—. Entra ahí y aguárdame; no tardaré ni cinco

minutos en estar contigo.

Helen se separó del joven. Antes de salir de su despacho, se volvió y agregó:

—Antes me hiciste una pregunta, Oliver. No ha habido otro hombre desde que él me dejó.

Capítulo VI

ERAN cerca de las doce cuando Sword llamó a la puerta de la casa de Trisha. La muchacha acudió a recibirle muy pronto.

—Hola, Trisha —saludó él—. ¿Molesto?

—En absoluto. Pasa, por favor…

Trisha se calló de pronto, para mirarle penetrantemente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Sword.

—Veo unas ojeras… has pasado mala noche, supongo.

El joven hizo un gesto ambiguo. Era preferible no entrar en explicaciones sobre determinados temas. Durante un segundo, rememoró los momentos pasados junto a Helen Payle. Había visto cosas horripilantes por la mañana, pero el fuego que había en su hermosa anfitriona le había hecho olvidar algo que le había conturbado enormemente.

Se había levantado no mucho antes de acudir a la casa de Trisha. Pero la muchacha tenía que enterarse de lo que había conseguido.

—Tuve una pesadilla y estuve un buen rato desvelado —contestó al cabo—. De todas formas, después de dejarte a ti fui a ver a una persona de la que esperaba poder conseguir algunos datos.

—Eso no me lo dijiste ayer —se sorprendió ella.

—Se me ocurrió después de que nos separamos —sonrió Sword—. Ya te contaré…

Miró a su alrededor. La casa era antigua, pero estaba bien cuidada y ofrecía un aspecto encantador.

—¿Está tu tía? —preguntó.

Trisha movió la cabeza negativamente.

—Fue a hacer un crucero por las islas de los Mares del Sur, con unas amigas. Ya tiene años, pero le gusta disfrutar de la vida. Es

enormemente activa y no sabe parar quieta un minuto.

—Debe de ser una mujer encantadora. Me gustaría conocerla.

—Volverá dentro de un par de semanas —contestó la muchacha —. Mientras tanto, yo soy la dueña de esta casa.

—Y de Black Basin Hall.

—No me interesan esas tierras. Si fuesen mías, las vendería inmediatamente. ¿Quieres un poco de café? Aunque ya son las doce y quizá te gustaría más almorzar…

De pronto Sword sintió hambre.

Su único desayuno había consistido en un par de tazas de café. No tenía apetito entonces y ahora el organismo reclamaba sus derechos.

—Me conformaría con un par de huevos —dijo.

—Entonces ven conmigo a la cocina y almorzaremos juntos.

Sword siguió a la muchacha y se sentó en una silla, mientras ella trasteaba con los cacharros de cocina.

—Puedes hablar —invitó Trisha—. Siento una gran curiosidad por saber qué has averiguado, Oliver.

—Bueno, me dijeron quién probablemente envió a Halvin a la casa de tu amigo —respondió él.

—Interesante. De modo que sabes quién…

—Un momento. He dicho probablemente, no lo he afirmado de una manera rotunda. Quizá ese individuo no sea la persona que ordenó a Halvin asesinar al profesor, pero creo que vale la pena interrogarle.

—Entonces no has hablado todavía con él…

—Aún no. Me pareció que era mejor venir a verte antes, para que estuvieses enterada del asunto.

—Gracias, Oliver. ¿Cómo se te ocurrió la idea?

—Verás, tengo una buena amiga, dueña de un local bastante próspero. Hace un par de años yo entré allí por casualidad y la vi discutiendo con un sujeto. Ella se quejaba de que el negocio no rendía lo suficiente.

—Seguramente le faltaba clientela —se burló Trisha.

—No, no era eso. El hombre pronunció un par de frases que me llamaron la atención, respecto a ciertas cuentas de ingresos y gastos. De momento, claro, no tomé parte en la discusión; era un asunto que no me interesaba. Pero vi algo raro en el sujeto y me

pareció que trataba de engañar a la dueña. Se lo dije a ella después, cuando el tipo se hubo marchado.

—¿Y…?

—Ella sostenía que, a pesar de que el negocio no rendía, tenía que fallar alguna cosa. Claro que fallaba algo: los libros de cuentas.

—Ah, olvidaba que tú eres experto —dijo Trisha, sin dejar de moverse con la cocina—. ¿Descubriste algo?

—Aquel hombre hacía malabarismos con los números. Engañaba miserablemente a la dueña, de modo que si ella tenía que ganar diez, por ejemplo, sólo ganaba cinco.

—Entonces la estafaba…

—Era un robo descarado. Yo hice una especie de auditoría, demostré el juego sucio y probé el engaño.

—¿Qué hizo ella, Oliver?

—Despidió al sujeto, claro. Estaba perdiendo más de dos mil dólares al mes. No es una gran cantidad, según se mire, pero para algunos puede representar mucho.

—Comprendo. Y ella, agradecida…

—Además le enseñé a llevar los libros, con lo que se ahorró un sueldo en lo sucesivo. Anoche me acordé de ella, fui a verla y me contó algunas cosas del tipo que con toda seguridad contrató a Halvin.

Trisha llevó un plato a la mesa y miró al joven.

—Oliver, ese sujeto contrató a Halvin. Pero, ¿quién le contrató a él? —preguntó incisivamente.

—Ah, eso es lo que voy a tratar de averiguar —contestó Sword.

—Entonces piensas ir a hablar con ese hombre.

—En cuanto termine de almorzar.

—¿Crees que conseguirás algo positivo?

—No puedo asegurar nada. Digo solamente que iré a ver a ese hombre, eso es todo, Trisha.

—Un hombre que contrata a otros para que cometa un crimen, debe de ser un tipo de mucho cuidado.

—De armas tomar —sonrió el joven.

—Y ¿no te da miedo enfrentarte con él?

—No lo sé, Trisha.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Vas a hablar con un sujeto que ha ordenado la muerte de un buen amigo mío… y no sabes si tendrás

miedo?

—Lo sabré cuando esté delante de él.

Trisha se había sentado frente al joven, con otro plato, y le apuntó con el tenedor.

—Iré contigo, Oliver —exclamó, resuelta.

—¿No tendrás miedo? —remedó Sword.

—Me tiemblan las piernas —contestó Trisha sin inmutarse.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego Sword formuló una pregunta a la muchacha:

—Trisha, dijiste que Yerkes está vivo. Si es así, ¿cómo consiguió salvarse? Porque yo vi cómo se caía a aquel infierno de llamas.

—He estado pensando mucho en el asunto —respondió ella—. También hablé con varios de los testigos del suceso. Pero todos, incluso tú, ofrecen un dato común, porque todos se hallaban situados aproximadamente en la misma posición.

—A ver, explícate.

—Los testigos que fueron a Black Basin Hall, atraídos por el resplandor de las llamas, lo hicieron en sentido de Este a Oeste. Ninguno se situó en el lado opuesto de la casa, mirándola desde el Este.

—Sí, creo recordar que es cierto.

—Si una persona se hubiera situado al otro lado, es decir para mirar desde el Oeste, habría visto sin duda descolgarse a Yerkes con una cuerda. Era de noche, las llamas y el humo impedían captar muchos detalles y lo que pudo parecer una caída al fuego, resultó ser, en realidad, una fuga.

—Había siete u ocho metros de altura —recordó Sword.

—Es cierto, pero en la parte posterior había adosado un pequeño cuerpo al edificio principal, un cobertizo donde se guardaban herramientas, útiles de jardinería y trastos viejos. Ese aditamento tenía dos plantas, aunque los techos no eran tan altos como los de la casa propiamente dicha.

—Entonces, saltó de lo más alto al tejado del cobertizo…

—Y de ahí, cinco metros tan sólo, se descolgó al suelo, pareciendo a todos que se hundía en las llamas. Escapó hacia el Oeste y todos le creyeron muerto.

—Una explicación lógica —convino Sword—. Pero en tal caso, ¿dónde está ahora Yerkes? ¿Qué hace?

Cuál es su relación con estos horribles sucesos?

—Te olvidas de otro detalle, Oliver.

—¿Cuál, por favor?

—¿Dónde está Mattie Pequand?

Sword calló unos momentos. Luego se limpió los labios con la servilleta y se puso en pie.

—Vamos a empezar a buscar soluciones para este enigma, y lo primero que debemos hacer es hablar con Dennis Wood.

—El hombre que, supuestamente, contrató al asesino del profesor Challis, supongo —dijo Trisha.

—Exactamente —confirmó el joven.

El edificio era lujoso y el suelo del corredor aparecía cubierto por una espesa moqueta de color oro viejo. Sword meneó la cabeza al apreciar ciertos detalles.

—Wood vive bien —comentó.

—Debe de ganar mucho dinero —apuntó Trisha.

—El crimen siempre es un buen negocio, encanto.

—Yo había oído decir siempre todo lo contrario, Oliver —se sorprendió la muchacha.

—Oh, los tiempos cambian —respondió él con aire displicente.

Se acercó a la puerta y contempló un instante la placa dorada en la que constaba el nombre del ocupante del apartamento, con un añadido:

SERVICIOS GENERALES

—Je, «Servicios Generales» —murmuró, sarcástico.

Apretó el timbre. Segundos después se oyó una voz a través de un invisible altoparlante:

—¿Qué desean?

—Queremos hablar con el señor Wood. Me llamo Sword. Mi acompañante es la señorita Hunt.

—La puerta se abrirá exactamente dentro de veinte segundos. Tengo un detector de metales.

—No se descuida, ¿eh?

—Las precauciones nunca están de más, señor Sword.

La puerta giró sobre sí misma en el plazo anunciado. Al otro lado del umbral vieron el detector de metales, tras el cual se hallaba

un sujeto a quien Sword reconoció en el acto. Era uno de los que estaban con Wood la noche anterior en el local de Helen Payle.

Trisha pasó primero. El detector emitió un zumbido. El sujeto tomó el bolso de la muchacha y sacó un tubo de labios y un encendedor, además de un bolígrafo de metal.

Sword pasó a continuación y tuvo que mostrar su pluma y su reloj de pulsera. El hombre dijo:

—Soy Harry Gann, ayudante del señor Wood. Tengan la bondad de seguirme.

Momentos después Sword y la muchacha entraban en un lujoso despacho, cuya decoración, sin embargo, le pareció al joven pretenciosa y recargada. Pero supuso que los visitantes de Wood se sentirían muy impresionados al hallarse en aquel ambiente.

Wood se puso en pie y señaló sendos sillones situados frente a su mesa.

—Siéntense, por favor —invitó—. ¿Puedo preguntarles si desean tomar algo? —agregó, cortés.

—No, muchas gracias —contestó el joven.

—Yo tampoco —dijo Trisha.

Wood se sentó de nuevo, puso los codos sobre la mesa y miró a los dos jóvenes.

—Bien, ustedes dirán.

—Se trata de un hombre que murió ayer, picado por una serpiente venenosa —manifestó Sword.

Wood pareció sorprenderse un instante, pero se rehízo en el acto.

—He leído los periódicos —respondió—. Debió de ser algo horrible.

—Sí, verdaderamente espantoso. Morir a consecuencia de la mordedura de una serpiente venenosa debe de ser horrible, en efecto. Sin duda, usted recordará el nombre de la víctima.

—Era un tal Kerr Halvin, me parece.

Sword se dio cuenta de que el sujeto que no tenía frente, tal como había descrito Helen gráficamente, estaba ya en guardia y que iba a resultar muy difícil conseguir algo.

—Era amigo suyo —dijo.

Wood sonrió.

—¿De veras? ¿Cómo lo sabe?

El pulgar del joven señaló hacia sus espaldas.

—Usted tiene un rótulo en la puerta de su apartamento. Si usted investiga, yo también. ¿Dice usted de dónde provienen los informes que obtiene?

—Amigo mío, es usted un chico muy listo, pero creo que se ha equivocado. El hecho de que conociera a Halvin no significa nada. Conozco a mucha gente, muchos me conocen a mí… pero, créame, tengo muy pocos amigos en los cuales confiar.

—Tiene uno en el que confía ciegamente —intervino Trisha de repente.

Wood se volvió hacia la muchacha.

—¿Lo conoce usted, señorita Hunt?

—El dinero, señor Wood.

—El dinero es amigo de todo el mundo…

—Y por dinero se contratan asesinos.

Hubo un instante de silencio. Wood fue a decir al algo, pero en aquel momento se abrió la puerta y entró un hombre.

—Perdone, jefe, pero acaban de traer esto para usted…

Wood frunció el ceño, irritado por la súbita intromisión del sujeto. Sword reconoció al otro guardaespaldas.

—Butch, no me gusta que me interrumpan cuando tengo visitas —dijo enojadamente.

—Lo siento, jefe; el que trajo el paquete dijo que era muy urgente —se disculpó el guardaespaldas.

Era una caja de buen tamaño, envuelta en papel sujeto con una cuerda fina, y la dejó sobre la mesa, retirándose a continuación. Wood se puso en pie.

—Creo que ya hemos hablado bastante —dijo con voz cortante.

Sword se percató de que ya no obtendrían nada más.

—Vámonos, Trisha.

—Sí, nos vamos, pero nadie nos hará creer que usted no contrató a Halvin para que asesinara a uno de mis mejores amigos —exclamó ella acaloradamente—. Y si no, ¿por qué tenía Halvin encima más de tres mil dólares?

—¡Salgan, salgan inmediatamente de aquí o no respondo de mis actos! —gritó Wood descompuestamente.

Trisha le apuntó con un dedo:

—¡Culpable! —dijo.

El rostro de Wood se congestionó. Sword tiró del brazo de la muchacha.

—Anda, vamos —murmuró.

—De acuerdo, pero es culpable —insistió ella.

Sword fijó la mirada en el rostro del individuo. Casi sintió miedo.

Resultaba evidente que Wood tenía mucho que ver con el «contrato» de Halvin. Se preguntó cómo podrían obligarle a hablar.

Pero no encontraba la respuesta.

Capítulo VII

AL quedarse solo, Wood lanzó una maldición entre dientes Sacó un pañuelo y se secó el abundante sudor de su frente y sus mejillas.

Aquella pareja de entrometidos le habían puesto en un verdadero compromiso. No sabía cómo lo habían averiguado, pero le pareció que era lo de menos.

«Sabían» que había contratado a Halvin. Lo peor de todo era que aún no había cobrado por completo el precio del «contrato».

—Maldita sea, en cuanto vea al tipo…

Procuró tranquilizarse. La visita de los dos jóvenes le había puesto verdaderamente nervioso.

De pronto reparó en la caja que Butch Reely le había entregado hacía unos momentos. Sacó unas tijeras del cajón de la mesa, cortó el cordel y luego rasgó el papel de la envoltura.

La caja era de cartón y medía unos treinta centímetros de lado, por veinte de alto. Era una caja corriente, de las utilizadas para el transporte de objetos de regalo, aunque no había ningún dibujo en el cartón de la estructura. Wood no se percató de las aberturas circulares, de medio centímetro de diámetro y en número de diez o doce, que había en la parte posterior.

Se había sentado en el sillón y levantó la tapa.

Inmediatamente, lanzó un horroroso alarido.

Media docena de enormes arañas salieron disparadas de la caja y corrieron por sus brazos hasta los hombros. Wood sintió de inmediato el contacto de aquellas velludas patas en el cuello y en la cara.

Gritando como un poseído, se levantó y manoteó frenéticamente, a la vez que sentía en la piel la mordedura de unas diminutas mandíbulas. Enloquecido, fue de un lado para otro de la

habitación, aullando espantosamente.

Reely y Gann oyeron los gritos y se precipitaron hacia el despacho. Gann llegó primero, abrió la puerta y vio algo que le dejó petrificado de horror.

Wood parecía un demente. Daba la sensación de que no sabía siquiera dónde estaba. Los dos guardaespaldas se detuvieron unos momentos, sin saber a qué obedecían los frenéticos movimientos de su jefe.

Reely dio un paso hacia adelante, pero entonces vio las arañas y se detuvo, lleno de pánico ante aquellos diminutos animales que, sin embargo, eran tan grandes como su mano. Entonces ocurrió algo terrible.

Wood continuaba moviéndose frenéticamente, sin ver siquiera dónde pisaba. De pronto dio un pequeño bote.

Estaba junto a la ventana y chocó contra el cristal, haciéndolo saltar en pedazos. Aunque había sido un movimiento inconsciente, no pudo controlar sus músculos y se precipitó a través del hueco.

—Sabe algo, te digo que sabe mucho más de lo que dio a entender —dijo Trisha, cuando ya entraban en el ascensor.

—Eso es indudable —admitió Sword—. Pero ¿cómo se lo sacamos?

Ella se mordió los labios. El ascensor inició su movimiento hacia la planta baja.

—Tal vez un narcótico…

—¿Cómo? —respingó el joven.

—Sí, una droga que le obligase a contestar a nuestras preguntas.

—Mujer, eso es imposible —protestó él.

—No irás ahora a decirme que no existe la droga de la verdad, Oliver. El pentotal sódico o algo por el estilo.

—Sí, claro —contestó Sword sarcásticamente—. Compras una jeringuilla, la llenas con esa droga, te acercas a Wood y le dices: «Por favor, déjeme pincharle, que no le haré daño.»

—Hay drogas que se administran con la bebida…

—Entonces cambia de método. «Amigo Wood, ¿me aceptaría usted esta copita de jerez?» Vamos, Trisha, vuelve a la realidad, por favor. Hay cosas imposibles para nosotros y ésa es una de ellas.

—A pesar de todo, insisto en que es una buena idea —dijo la muchacha, irritada por el escepticismo de su acompañante.

—Yo te daré otra idea mejor. Casi no merecía la pena que hubiésemos venido a hablar con Wood.

—¿Por qué dices eso? —se sorprendió, la joven.

—Yerkes está vivo, ¿no es así?

—Sí, enfáticamente, sí, Oliver.

—Bueno, pues entonces él es quien contrató a Wood.

—¿Y para qué, si puede saberse?

Sword elevó los ojos a lo alto.

—Mujer, creo recordar que tu amigo y pretendiente; está muerto —dijo.

—Eso es cierto, pero ¿qué tenía Yerkes contra el pobre Septie?

—No lo sé. Quizá le encargó algo. Challis hacía experimentos con bichos raros. Tal vez le compró algunos murciélagos gigantes para hacer Dios sabe qué horribles experimentos y no quería que lo divulgase, No lo sé, repito, pero si es cierto que Yerkes está vivo…

—Lo está, Oliver —insistió ella una vez más.

—En tal caso, no vale la pena seguir hablando. Yerkes contrató a Wood, simplemente.

—Te olvidas de un detalle —alegó Trisha.

—¿Cuál, por favor? —preguntó Sword, muy cortésmente.

—¿Dónde está Mattie Pequand?

Sword torció el gesto.

La desaparición de la joven le tenía muy preocupado. Resultaba algo inexplicable y habría dado algo bueno por encontrarse con Mattie y saber exactamente lo que había sucedido. La policía también la buscaba, pero hasta el momento no habían podido dar con ella.

Silenciosos, salieron del ascensor y cruzaron el amplio vestíbulo que daba a la calle. Cuando abrían la puerta encristalada de la entrada, oyeron un horrible grito.

Antes de que se pudieran dar cuenta de la procedencia de aquel inhumano alarido, algo cayó de las alturas y se estrelló en la acera con un ruido horripilante. Trisha se detuvo en el acto, espantada por algo que todavía no podía entender.

A cuatro metros escasos de distancia, Sword vio saltar violentamente la sangre del cuerpo que había chocado contra el

pavimento. El hombre se agitó un instante, pero se quedó inmóvil casi instantáneamente.

Trisha se tambaleó. Sword tuvo que sostenerla por la cintura, para que no se desplomara al suelo. En la calle sonaban gritos de espanto.

Una mujer retrocedió, giró sobre sus talones y se desplomó como una masa inerte. Un hombre, un poco más allá, se apoyó en un farol y empezó a vomitar.

El rostro aparecía desfigurado por el espantoso impacto, pero Sword pudo apreciar algunos rasgos que le permitieron identificar al muerto. Se estremeció al saber que era Wood.

De pronto vio moverse algo sobre el cadáver Una enorme araña salió de sus ropas y correteó enloquecida por la acera. Saltó a la calzada y, desconcertada, se metió por un imbornal de alcantarilla, por el que desapareció inmediatamente.

En aquel instante Sword notó que la muchacha había aumentado de peso súbitamente. Volvió la mirada y la vio desmayada, sin color y con los ojos cerrados Alzándola en brazos, retrocedió para buscar un sitio donde poder atenderla.

Una sirena se oyó a lo lejos. Sword dudó unos momentos.

La policía empezaría a interrogar a los curiosos No sentía ningún deseo de decir que había estado hablando con el muerto unos minutos antes.

Llevando a Trisha en brazos, salió a la calle Un policía saltó del coche de patrulla que acababa de detenerse junto a la acera y corrió hacia él.

—Es mi esposa —mintió el joven descaradamente— se ha desmayado, agente. Voy a llevarla al hospital para que la atiendan.

—¿Ha visto lo ocurrido, señor? —preguntó el policía.

—El hombre se estrelló cuando íbamos a salir es todo lo que sé —respondió Sword, quien de este modo pudo avanzar hacia el coche sin más impedimentos.

Trisha quedó en su casa, al cuidado de la sirvienta que atendía ordinariamente a su tía y que vino apresuradamente cuando el joven la avisó de lo que sucedía. Tras cerciorarse de que la muchacha no tenía nada, salvo la impresión causada por el suceso, Sword regresó a su casa, tremendamente preocupado por la muerte de Wood.

El sujeto había caído desde catorce pisos de altura. Pero ¿lo habían arrojado a la calle o se había tirado él voluntariamente?

¿Y la tarántula? ¿De dónde había salido aquel horrible animal?

Entró en su apartamento, se sirvió una copa y luego se derrumbó sobre un diván. Durante largo rato permaneció inmóvil, como una estatua, tratando de analizar sus sentimientos, a la vez que procuraba poner en orden el caos mental en que se hallaba sumido.

Transcurrió largo rato. Sword no supo el tiempo que había transcurrido cuando sonó el teléfono. Maquinalmente, alargó la mano y pronunció su nombre:

—Oliver Sword —dijo.

—¡Oliver, soy Mattie!

El joven se atiesó inmediatamente.

—¡Mattie! ¿Dónde estás? ¿Qué haces? ¡Quiero verte en el acto!

—Oliver, por favor. Tienes que ayudarme…

—Sí, desde luego; haré lo que pueda, pero ¿dónde estás? ¿Es cierto que mataste a tu prometido?

A través del teléfono, Sword percibió un gemido.

—No estoy segura, Oliver… No lo recuerdo muy bien… Sucedió algo espantoso… Yo me encuentro mal… Necesito ayuda, por lo que más quieras…

—De acuerdo, te ayudaré, pero no podré hacer nada si no me dices dónde estás. ¿Aquí, en la ciudad?

—No… Estoy escondida… No me atrevo a salir…

—Mattie, sé fuerte, no temas. Aunque hicieras algo indebido, un buen abogado puede conseguir mucho en el tribunal. Pero dime primero dónde estás, para ir a buscarte y hablar contigo. Así podré saber mejor lo que se debe hacer, ¿comprendes?

—Sí… Oliver… ¿conoces Sharrey Canyon?

—Tengo una vaga idea. Buscaré un mapa, desde luego…

—Toma la carretera veintisiete y desvíate después de Marshohan City, a dos millas, por el camino de la derecha.

Cinco millas más adelante encontrarás un indicador, que señala la ruta para mi refugio. Es Rhodell Cabin… ¿Te acordarás?

—Por supuesto. ¿Qué distancia hay en total, Mattie? —Unas cincuenta millas. Tardarás un par de horas a lo sumo…, pero ven… ven lo antes que puedas. —No te preocupes; estaré contigo antes de que sea totalmente de noche. Mattie, no te muevas de ahí no

cometas ninguna imprudencia. Lo estropearías todo ¿me entiendes?

—Sí, Oliver. No sé cómo darte las gracias… —pronto estaremos juntos y encontraremos el modo de arreglar tu problema —aseguró el joven.

Sword colgó el teléfono y se puso en pie. Debía buscar un mapa para localizar Sharrey Canyon y encontrar a Mattie cuanto antes.

Por supuesto, no le diría nada a Trisha. La joven no estaba en condiciones de viajar durante cincuenta millas y perder tal vez la noche.

«Hablaré con ella mañana», se dijo, en el momento en que el teléfono sonaba nuevamente.

Por un momento sintió la tentación de no contestar; a la llamada, pero desistiendo de la primera idea levantó el aparato. —Sword —repitió.

—Oliver, soy Helen. He oído la noticia; es algo verdaderamente espantoso —dijo la mujer.

—Lo sé, pero ahora tengo mucha prisa. Por favor, Helen…

—Espera, debo decirte algo muy importante.. De veras, Oliver; es «verdaderamente» importante —recalcó ella.

—Muy bien, suéltalo ya —pidió Sword, resignado.

—Se trata de los chicos de Wood. Andan buscándote. Creen que tienes la culpa de lo que le ha pasado.

El joven se sobresaltó.

—¿Cómo? ¿Creen que yo…? Pero si estábamos en la puerta del edificio cuando él cayó a la calle —exclamó.

—No lo sé, ellos piensan así y no creo que puedas hacerles cambiar de opinión. Por lo que más quieras, ten cuidado, Oliver.

—Gracias por el aviso, Helen. Tendré los ojos bien abiertos, pero, insisto, yo no tuve nada que ver con la muerte de Wood.

—Dicen que le salió un bicho enorme de las ropas, cuando ya estaba en el suelo, claro. ¿Sabes algo de eso?

—Era una tarántula, es todo lo que te puedo decir —respondió Sword.

Helen se espantó.

—Una tarántula… ¿Como las que salen en las películas de terror?

—Sí, más o menos, aunque no la pude ver mucho tiempo. Enseguida desapareció por una alcantarilla…

—¡Jesús, qué cosas se oyen hoy día! —dijo la joven—. Oliver, no me gustaría que te pasara nada —añadió.

—Lo procuraré, y gracias por todo.

—¿Cuándo vendrás a verme, Oliver?

—No puedo asegurarte nada… Aguarda un momento; están llamando a la puerta.

Hubo un momento de silencio. Luego, sonó la voz de Helen con tono de irritación:

—No sé nada del tipo que habéis mencionado y lo mejor será que os larguéis de aquí. Puede costaras caro, ¿entendido?

—Pasó la noche contigo —dijo alguien—. Tienes que saber donde vive…

—Es un antiguo conocido y aunque pasó la noche aquí, «no» la pasó en mi cama, sino que durmió en el diván. ¿Qué os habéis creído? ¡Yo soy una mujer decente, y si él se quedó aquí es porque me gusta ayudar a los amigos, sobre todo cuando se encuentran en apuros!

—¿Qué apuros, preciosa? —preguntó otro hombre.

Helen soltó una risita nerviosa.

—Hombre, dinero, claro —contestó—. Estaba sin blanca y yo le di cincuenta dólares para que se arreglase unos días…

«¡Qué bien sabes mentir!», pensó Sword.

—Está pasando una mala racha y duerme donde puede —agregó Helen.

Sword oyó el ruido de una puerta que se cerraba Luego percibió la voz de Helen: _ —¿Has oído? Eran Gann y Reely. He podido engañarles, pero de todas formas no conviene fiarse demasiado, Oliver.

—Gracias por todo, hermosa. En cuanto me sea posible iré a dártelas en persona. Y ahora, perdona, pero me estoy retrasando…

—¿Una cita con alguna dama misteriosa? —pregunto ella maliciosamente.

Sword estuvo a punto de contestar de manera afirmativa, pero prefirió dar otra respuesta.

—Helen, después de ti, ¿quién, eh? ¿Cómo podría yo…? Me entiendes, supongo.

Ella soltó una alegre carcajada, evidentemente halagada.

—Eres un amor, Oliver. Cuídate mucho —dijo —No pienso

descuidarme un solo momento —respondió él firmemente.

Capítulo VIII

LOS faros iluminaron durante un momento el rótulo situado a un lado del angosto camino que corría entre árboles que parecían de hojas negras. Aunque las letras ofrecían signos de vejez, Sword pudo leer claramente la indicación. Había seguido la ruta correcta, se dijo, mientras pisaba el acelerador nuevamente.

Se preguntó por qué había tenido que esconderse Mattie en un paraje tan apartado. Claro que había una explicación lógica: se la acusaba de la muerte de su prometido. Pero era imposible; Millipher había muerto atacado por un vampiro gigante. Ella no podía haber causado las horribles heridas que habían aparecido en el cadáver.

El camino serpenteaba por las laderas de colinas boscosas. La oscuridad era casi absoluta, aunque, a poco de haber rebasado el cruce, Sword se dio cuenta de que ya salía la Luna, en menguante.

Una vez se detuvo un momento y paró el motor para escuchar mejor. Le había parecido oír un grito, pero supuso que debía de tratarse de algún animal salvaje que, sin duda, abundarían en aquellos lugares poco menos que desiertos. O tal vez era un búho…

De pronto, casi cuando menos lo esperaba, los faros iluminaron la fachada de una cabaña, situada en el borde de una pequeña explanada. Redujo la marcha, viró y se paró ante la escalera de cuatro peldaños que conducía a la sencilla veranda del edificio.

Apagó las luces. En el interior de la cabaña, reinaba la más absoluta oscuridad.

—Estará durmiendo —murmuró.

La Luna ya proporcionaba claridad suficiente para ver sin demasiadas dificultades. Subió a la veranda.

Al cabo de unos momentos se decidió a entrar Empujo la puerta

y asomó la cabeza. No se percibía el menor sonido.

A tientas, buscó el interruptor de la luz y las tinieblas se disiparon. Avanzó un par de pasos y llamó a la joven.

—¡Mattie!

Tampoco hubo respuesta en esta ocasión. Intrigado examino el lugar en que se hallaba, una gran sala? con chimenea y dos puertas, una de las cuales, supuso daba a un dormitorio, cosa que comprobó instantes más tarde. La estancia se hallaba en perfecto orden y no había el menor rastro de Oliver Mattie.

Empezó a sentirse preocupado. Fue a la cocina y la hallo igualmente desierta. De pronto notó algo extraño Había algo que no encajaba en el conjunto general de la decoración.

Durante unos momentos se sintió muy intrigado. Faltaba allí un detalle, un elemento quizá no absolutamente imprescindible, pero sí necesario Súbitamente, encontró la respuesta a sus dudas Mattie le había llamado, muy angustiada, pero había utilizado el teléfono para hablar con él.

Y en la cabaña no había ningún teléfono. Entonces ¿desde dónde le había hablado?

Sin duda, se dijo, Mattie había ido a Marshohan, en donde sí había cabinas telefónicas, regresando luego a la cabaña. ¿O no había vuelto aún? De repente se apagaron las luces.

Sword quedó en el centro de la sala, en la oscuridad, aunque al cabo de unos momentos apreció que entraba algo de luz lunar por una de las ventanas. Gradualmente, sus pupilas fueron habituándose a las tinieblas casi absolutas.

La puerta se abrió de pronto. Una silueta se recortó contra el rectángulo más iluminado de la entrada. La Luna estaba casi a sus espaldas y daba la posición de ambos Sword no podía ver las facciones de aquella persona, pero sí apreció que llevaba puesta una falda y dedujo en el acto su identidad.

—¡Mattie! —exclamó, a la vez que avanzaba hacia ella.

La joven levantó una mano.

—Por favor, Oliver. No te acerques —dijo.

Sword se detuvo en el acto, desconcertado.

—¿Qué te sucede, Mattie? —preguntó, extrañado—. Me llamaste y aquí estoy. ¿Por qué no me cuentas tus problemas? Quiero ayudarte, lo digo de corazón…

—Me acusan de haber matado a mi prometido.

—Sí, pero yo no creo que lo hicieras. Tampoco es totalmente cierta esa acusación; simplemente, quieren interrogarte para saber con exactitud lo que sucedió.

—No lo recuerdo muy bien, Oliver. Mi mente presenta espacios en blanco. Hay lagunas en mi memoria y no consigo recordar ciertos pasajes de mi vida, excepto…

—¿Qué, Mattie? —preguntó él ansiosamente.

—Yo estaba con Jack… Nos habíamos abrazado…

Le quería con toda mi alma… Sé que él no me engañaba, que también me amaba apasionadamente… Entonces, ¿por qué iba a querer causarle ningún mal? —Dicen que fue atacado por un murciélago gigante ¿Que piensas tú al respecto?

—Pero, sin embargo… —dijo Mattie, como si no hubiera oído las palabras del joven.

Se interrumpió unos momentos. Sword respetó su silencio. Era mejor dejar que ella hablase sin presiones sin atosigarla con preguntas a las que casi no podía responder.

—Oliver, antes dije que hay lagunas en mi memoria —continuo la joven pasados unos instantes— Pero creo que es cierto… Creo que yo maté a Jack…

—¡Por favor, no digas tonterías! —exclamó el joven—. Tú no pudiste hacer una cosa semejante.

—Sí. A cada segundo que pasa, creo más y más que yo lo hice Oliver, tienes que ayudarme… ¡Estoy perdida! —clamo ella súbitamente.

El joven se aterró.

. —Mattie no hables así —dijo—. Eres joven y si es cierto que hiciste algo a tu prometido, los médicos los abogados encontrarán disculpas para tu acción No pudiste hacerlo en condiciones normales, en tu sano juicio. Algo te sucedió y ni tú misma sabes explicarlo pero no faltará quien averigüe realmente lo ocurrido le ayudare, claro; te ayudaremos y haremos todo lo que sea preciso…

—Sólo puedes ayudarme de una forma, Oliver —dijo la joven.

—Está bien, dime qué he de hacer y procuraré llevarlo a cabo.

Inesperadamente, Mattie sacó un objeto de alguna arte de su indumentaria y lo puso en las manos de él.

—¡Mátame, Oliver! —gritó—. Mátame, no puedo seguir así un

minuto más… Yo no… no me atrevo… pero si lo haces tú, te lo agradeceré eternamente desde el otro mundo…

Sword se quedó petrificado, no sólo por la terrible petición de la joven, sino por la pistola que ella había puesto en sus manos.

Durante unos segundos sólo hubo silencio en la estancia. De pronto Sword percibió un extraño jadeo.

Mattie respiraba con fuerza, ruidosamente, como si estuviese en un trance difícil, sometida a una intensísima presión cuyo origen no era capaz de adivinar. El jadeo de la muchacha parecía más bien un oscuro silbido, emitido por un animal de norme tamaño.

—Tienes que matarme… Acaba conmigo, Oliver —dijo ella una vez más.

Pero ahora su voz había cambiado. Las palabras explotaban en su boca y más parecían chillidos de una bestia que sonidos emitidos por una garganta humana.

Bruscamente, Sword reaccionó. Tiró la pistola a un lado y, saltando hacia la entrada, encendió la luz.

Mattie, sorprendida, no pudo evitarlo. Sword quedó a un paso de la joven y se volvió.

Un grito de horror se escapó inconteniblemente de sus labios. Sin poder remediarlo, retrocedió a trompicones, mientras contemplaba la horrible transformación que se había operado en Mattie.

La joven ya no parecía un ser humano, aunque no era totalmente una bestia. Conservaba en parte su apariencia original, pero resultaba una visión horripilante, que hizo dudar a Sword de la integridad de sus sentidos.

Aquello no podía ser y, sin embargo, «era».

Los ojos se habían hecho pequeños, redondos La nariz había perdido su trazado griego, achatándose, a la vez que el labio superior quedaba un tanto subido dejando a la vista unos dientes diminutos, muy afilados, con dos colmillos pequeños, pero que parecían agujas. Las orejas eran un tanto puntiagudas y en toda la piel se apreciaba un fino vello de color pardo oscuro, tanto en la cara y el cuello como en los brazos. Era una transformación espantosa, un cambio horripilante, que rio se podía deber a causas naturales Algo incomprensible había transformado a una hermosa joven en un horrible monstruo, que sólo conservaba de humano su

figura y la estatura.

Pero de pronto creyó comprender y se echó a reír Aquello no podía ser cierto. Tal vez la mente de Mattie no se hallaba en buenas condiciones y en su desvarío había querido gastarle una broma.

—Un disfraz muy logrado —dijo, a la vez que alargaba la mano hacia ella, a fin de arrancarle lo que él creía una máscara perfectamente realizada.

Repentinamente, Mattie lanzó un agudísimo chillido.

Levantó sus manos, cubierto el dorso con aquel repugnante vello oscuro. Atónito, Sword vio unas uñas diminutas, pero muy afiladas, como pequeñas hojas algo curvadas, capaces sin embargo de causar espantosas heridas. Recordó el aspecto que ofrecía Millipher después de muerto y sintió pánico.

Mattie avanzó hacia él y retrocedió espantado. Ella decía algo, pero sus palabras ya no eran inteligibles.

Su mente, pensó Sword, luchaba con desesperación contra aquel cambio que se había operado en su organismo.

Mattie Siguió retrocediendo, mientras miraba a todas partes, a fin de buscar una vía de escape. En ningún momento quería volverle la espalda, temeroso de ser atacado si lo hacía.

Inesperadamente, Mattie dio media vuelta y echó a correr.

Aullaba y chillaba desesperadamente, emitiendo sonidos que no tenían nada de humanos. Sword comprendió que la joven huía, luchando consigo misma para no hacer algo que repugnaba a su naturaleza, algo que la parte de su mente todavía humana le impedía realizar.

Reaccionando, Sword echó a correr detrás de la joven.

—¡Mattie, no te vayas! ¡Espérame, te ayudaremos! ¡Buscaremos a los mejores médicos para que te curen…!

Ella no parecía escucharle. Los dos corrieron frenéticamente a través del bosque, en una carrera demencial que a Sword le pareció no iba a tener fin jamás.

Las ramas bajas y los arbustos arañaron su rostro y desgarraron su ropa, pero no hizo el menor caso. Quería alcanzar a Mattie y retenerla, para llevarla a algún sitio en donde pudieran ayudarla.

La Luna aparecía y desaparecía al pasar bajo las copas de los árboles. Bruscamente, Sword entrevió el final de un trozo de terreno relativamente llano.

—¡Mattie! —gritó desesperadamente.

Ella no le hizo caso. Alcanzó el borde de la zona y saltó hacia adelante, a la vez que emitía un chillido de tonos agudísimos.

Durante una fracción de segundo, Mattie pareció quedar suspendida en el vacío, con los brazos extendidos en una especie de súplica final, que no podía tener respuesta. Luego, casi con brusquedad, cayó a plomo.

El chillido se alejó rapidísimamente, pero se cortó de forma instantánea unos instantes más tarde, transformándose en un horripilante sonido de carne aplastada y huesos rotos.

Sword se detuvo al borde del risco, tremendamente impresionado por la tragedia. Sintió vértigos durante unos instantes, pero procuró rehacerse y se esforzó Dará mantener la serenidad.

Al cabo de unos momentos miró hacia abajo pero no consiguió ver nada. Era una especie de hondonada y el suelo estaba en sombras, sin que la luz de la Luna alcanzase hasta allí.

Resignado, decidió volver a la cabaña, al objeto de buscar una linterna que le permitiere buscar a Mattie después.

Era algo que debía hacer, pero no confiaba en hallar a la joven con vida.

Capítulo IX

TRISHA llamó a la puerta y aguardó unos momentos a que le abriese el dueño de la casa. Cuando Sword se hizo visible, le dirigió una mirada de simpatía.

—No tienes buena cara, Oliver —dijo sin más preámbulos.

—La cosa no es para menos —respondió él, a la vez que se apartaba a un lado—. Entra, por favor.

Trisha cruzó el umbral, con el bolso en las manos. Por encima del hombro, Sword añadió:

—Espera unos momentos; traeré café.

—No, no te molestes —dijo ella—. Prefiero hablar contigo.

—Muy bien, a tu gusto. Anda, siéntate.

—Gracias.

Trisha se sentó en el diván de la sala. Sword quedó en pie, con un cigarrillo en la mano, sin decidirse a encenderlo.

Hubo silencio durante unos instantes. Luego, Sword, algo incómodo, volvió a hablar:

—Estoy seguro de que piensas de mí cosas poco agradables, Trisha, y no te lo reprocho. Crees también, sin duda, que yo arrojé a Mattie por el precipicio, ¿verdad?

La muchacha hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, Oliver, te equivocas. Creo absolutamente en tu inocencia y estoy segura de que la muerte de Mattie fue algo accidental.

—Pero la policía sospecha de mí. Cree que yo la asesiné, aunque carecen de pruebas para una acusación formal.

—Es su trabajo —respondió Trisha—. Y aunque yo pienso que eres inocente, tú mismo, imparcialmente, debes reconocer que los policías tienen motivos para sospechar de ti.

—Es cierto —admitió Sword—. Y todo porque Mattie apareció

muerta, con su aspecto normal.
—¿Cómo? —se sorprendió ella—. Después de una caída de más de treinta metros, una persona no presenta lo que se dice un aspecto normal. Y si no, acuérdate de Dennis Wood…
—Perdona, Trisha; es que todavía no he terminado de explicarme por completo. Tienes que saber con todo detalle lo que sucedió aquella noche en la cabaña y por qué murió la pobre Mattie. Hay cosas que no me he atrevido a contar a la policía, porque prefiero ser sospechoso de asesinato a que me encierren en un manicomio.
—Quizá hubiera sido mejor solución. Al poco tiempo te habrían soltado…
—¡No! —cortó él con violencia—. Prefiero que las cosas sigan como están… hasta que encontremos la solución, claro.
Sword encendió el cigarrillo y se sentó frente a la muchacha.
—Mattie me llamó por teléfono aquella misma noche. Supongo que fue a Marshohan para hacerlo, ya que no disponía de teléfono en la cabaña —dijo tras unas cuantas bocanadas de humo, aspiradas con evidente nerviosismo—. Cuando llegué allí, Mattie no estaba… pero apareció a los pocos momentos, después de apagar la luz, porque no quería que yo la viese en aquel estado.
—¿Qué le pasaba, Oliver? —preguntó Trisha terriblemente intrigada por saber lo que había ocurrido aquella trágica noche.
Sword inspiró profundamente y continuó:
—Cuando todavía estábamos a oscuras, ella me pi dio que la matase, así como lo oyes. Yo no la veía bien, porque estábamos a oscuras, como te he dicho, aunque entraba algo de luz de Luna por la puerta. Pero Mattie estaba de espaldas a la entrada y sólo veía su silueta. Dijo que, efectivamente, creía haber matado a Millipher y que estaba perdida. Luego, de pronto puso una pistola en mis manos y me pidió que la matase. Estaba perdida, insistió, y no podía seguir viviendo.
—Horrible —dijo Trisha.
—Tú me crees, ¿verdad? —exclamó el joven, muy agitado—. Te aseguro que no hay nada de fantasía en mis palabras y que todo lo que te estoy contando es la pura realidad. Sí, ella me pidió que la matase, pero yo tiré la pistola a un lado y, sorprendiéndola, encendí la luz. Entonces…

Sword cerró los ojos un momento. Trisha apreció que el joven trataba de borrar de su mente unas imágenes horripilantes.

—Espera un momento, Oliver —pidió, a la vez que se levantaba.

Fue al aparador, llenó una copa y se la entregó a Sword.

—Tómate un trago; te confortará —dijo con acento persuasivo.

Sword hizo un leve gesto de agradecimiento. Bebió un poco y pareció sentirse mejor.

—Trisha, ahora, si no me crees no te lo reprocharé, porque todavía hoy dudo de lo que vi —continuó—. Mattie se estaba convirtiendo en un murciélago gigantesco, en un auténtico vampiro con figura de mujer con ojos pequeños, piel peluda, colmillos como agujas de coser, uñas espantosamente afiladas. Por eso quería que yo la matase.

La joven se puso una mano en el pecho, horrorizada por aquella increíble revelación, pero no dijo nada Sword apuró la copa y prosiguió:

—Entonces, cuando yo di la luz y contemplé su aspecto tan horroroso, ella dio media vuelta y huyó a través del bosque, lanzando chillidos que no tenían nada de humanos. Yo la perseguí, tratando de alcanzarla; quena sujetarla antes de que ocurriese algo.

Deseaba convencerla de que debíamos buscar un médico para que la examinase y tratara de curar aquella extraña dolencia… Pero llegué demasiado tarde y Mattie se precipitó por el risco. Debió de morir muy pronto no en el acto, aunque no creo que durase viva más allá de cinco minutos. Desde luego, cuando yo llegué, con una linterna que pude encontrar en la cabaña, ella estaba ya muerta y no pudo decirme nada.

—¿Crees que, de haber vivido más tiempo, te hubiera dicho algo? —preguntó Trisha.

—Indudablemente —contestó Sword—. Porque y esto es lo más asombroso, Mattie había recobrado de nuevo su forma primitiva.

Esta vez fue Trisha la que necesitó un trago y se levantó para servírselo. Era una narración fantástica pero estaba segura de que Sword no decía nada que no mese absolutamente cierto.

En pie, junto al aparador, miró al joven.

—Crees que estoy loco…

Trisha alzó una mano para cortar las palabras de Sword.

—No, en absoluto. Creo firmemente en todo lo que me has

contado y comprendo a la pobre Mattie, cuando te pidió que la matases. Muerta, ha alcanzado la paz que un miserable le negó hace cinco años —dijo con gran vehemencia—. Pero por lo mismo, el que la mató, aunque no pusiera sus manos encima de su cuerpo, debe pagarlo, Oliver.

—Sí, pero, ¿cómo? —dijo él amargamente—. No sabemos dónde está ni qué hace, ni cuál es su escondite actual… El único, tal vez, que hubiera podido ayudarnos, tu amigo el profesor Challis, está muerto también…

—Ese es nuestro problema —admitió la joven—. Pero si investigamos, con paciencia y tenacidad, acabaremos por dar con Yerkes.

—Lo malo es que no sé por dónde empezar… ¿Se te ocurre a ti alguna idea, Trisha?

Ella se mordió los labios un instante. Luego habló de nuevo:

—Has dicho que Mattie ofrecía un aspecto normal, quiero decir enteramente humano, aunque estuviese desfigurada por los efectos de los golpes recibidos en la caída.

—Sí, en efecto —contestó Sword.

—Entonces se comprende que no quisieras contar nada a la policía, porque no te hubieran creído. Ella, por los motivos que fuesen, recobró su forma primitiva antes de morir. Pero algo la convirtió en un megaquiróptero; aunque sin alas, naturalmente. Sin embargo, adquirió sus instintos asesinos y por eso mató a su prometido. Después, recordando lo que había hecho, no quiso hacerte a ti ningún daño y prefería morir.

—Como así sucedió, Trisha.

—Para ella, la existencia se había hecho insoportable y yo la comprendo. Esa transformación se operaba debido a la acción de alguna droga infiltrada en su organismo… droga que tal vez le fue administrada cuando estuvo en Black Basin Hall. ¡Ese maldito Yerkes debe de ser el mismísimo demonio en persona Oliver!

—¿Crees que fue él?

—¡Naturalmente! ¿Quién otro, si no, pudo hacerlo.

En el caso de Mattie, la droga tal vez tardó mucho tiempo en producir sus efectos, pero fue porque su organismo no la eliminó y, por decirlo así, fue incubándose en su cuerpo hasta llegar al estallido final, precedido no obstante por la muerte de Millipher.

Ahora bien, la pregunta que surge inmediatamente después de todo lo sucedido, es: ¿Qué objeto tienen los infernales experimentos de Yerkes? ¿Qué beneficios espera obtener, convirtiendo en vampiros auténticos a las personas?

Sword hizo un gesto de impotencia.

—No lo sé, no tengo la menor idea —respondió—. Sólo puedo decirte que soy sospechoso de la muerte de Mattie y que, si no estoy en la cárcel, es porque ella a su vez mató a Millipher. La policía opina que la muerte de una asesina la libra de muchos problemas y por eso no me han arrestado. ¿Cómo podía decirles yo que Mattie se había convertido en un horrible ser, que no tenía nada de humano?

Trisha hizo un gesto afirmativo.

—Tienes toda la razón del mundo, Oliver —concordó—. Pero no podemos estar mano sobre mano y algo hemos de hacer. Por ejemplo…

La chica se interrumpió un momento, como si bucease en su memoria. De pronto, alzó una mano.

—Ya está —dijo—. ¿Recuerdas que te dije hace algunos días que yo tenía una amiga cuya hermana murió de forma inexplicable, después de haber pasado una temporada en Black Basin Hall?

—Sí, desde luego —contestó Sword.

—Bien, la muerta se llamaba Vera van Driim, y yo comenté el suceso con su hermana, pero entonces, lógicamente, no obtuve demasiados detalles.

—Estoy sospechando que quieres que vayamos a hablar con la hermana de Vera van Driim.

—Se llama Olga, Oliver —dijo Trisha.

Sword se puso en pie.

—¿Cuándo vamos a verla?

Trisha sonrió.

—También tú quieres aclarar este asunto, ¿verdad?

—No descansaré hasta haber encontrado a Yerkes —dijo él ceñudamente.

Olga van Driim era una hermosa joven, un par de años mayor que Trisha, y acogió a la pareja con verdadera simpatía. Después de las primeras frases, Trisha entró de lleno en el asunto que les había

inducido a visitar a la hermana de una mujer muerta en misteriosas circunstancias.

Olga se puso triste en el acto.

—No puedo evitarlo —confesó—. Cada vez que recuerdo a la pobre Vera…

—Lamentamos mucho ser causa de su aflicción —se disculpó Sword—. Pero tenemos verdadero interés en saber qué le sucedió a su hermana. Es decir, conocer todos los detalles de su muerte; los que usted sepa, por supuesto.

Olga se sentó, con las manos sobre el regazo.

—No sé demasiado, la verdad —respondió—. Vera tenía cinco años más que yo, lo que significa que entonces contaba con mi edad actual, es decir veinticuatro años. En estas circunstancias, la hermana mayor no suele hacer demasiadas confidencias a la que todavía cree una chiquilla que acaba de calzarse sus zapatos de tacón alto.

—Pero algo te dijo, ¿no es cierto? —insistió Trisha. —Sí, desde luego. Dijo que iba a pasar una temporada en casa de un eminente biólogo, como ayudante suyo… Vera había terminado la carrera de ciencias biológicas y, a lo que parece, respondió a un anuncio publicado en alguna parte. Ella creía que unos meses trabajando con Yerkes podían servirle de mucho en su carrera y por eso marchó a Black Basin Hall. —¿Y después? ¿Qué sucedió, Olga? La joven se puso una mano en la frente, como si tratase de recordar algo perdido en el fondo de su mente.

—Ella me escribía alguna vez, muy poco, y sin dar demasiados detalles —contestó, algo indecisa—. Un día, de pronto, me escribió, diciéndome que estaba enferma.

—¿Le dijo la clase de enfermedad que padecía? —inquirió Sword ansiosamente.

—No, no mencionaba ninguna clase de dolencia, al menos con su nombre apropiado, pero sí dijo que se trataba de una especie de infección, cuyo tratamiento resultaría bastante largo. Esa enfermedad podía resultar contagiosa para mí y por eso rogaba que no fuese a visitarla, hasta que estuviese segura de hallarse en vías de curación.

—¿Y después?

Los ojos de Olga se humedecieron ligeramente. —La primera

noticia que tuve después de aquella carta fue la de su muerte —respondió.

—Entonces adquirió una enfermedad sin curación posible.

—Eso parece.

—¿Habló con Yerkes?

—No pude. Me dijeron que había salido de viaje, y después ya no lo consideré necesario. ¿Para qué? Vera estaba muerta y ya no se podía hacer nada por ella…

—Eso significa que no creyó que Yerkes tuviera algo que ver con su muerte.

—No estaba tan segura, pero mi hermana ya no podría volver a la vida y desistí de cualquier acción. No tenía sentido entablar un pleito o iniciar unas investigaciones, que tal vez no nos habrían conducido a nada práctico.

—Pero, Olga —intervino Trisha—, ¿cómo es que a tu hermana no se le ocurrió ir a algún médico para ver si podía curarle aquella extraña enfermedad?

—Ya lo hizo… Perdón, dijo que iba a hacerlo, aunque ignoro si llegó a visitarlo. Su muerte me trastornó tanto, que después ya no se me ocurrió ir a hablar con el médico que ella mencionaba en su carta.

—¿Podemos conocer el nombre, Olga? —preguntó Sword.

—Sí, se llamaba Septimus Challis.

Capítulo X

SWORD se sentía desconcertado un buen rato después cuando en compañía de Trisha cenaba en un restaurante de discreta apariencia.

—No acabo de comprenderlo —manifestó—. Tú no me dijiste nunca que tu amigo Challis fuese médico…

—No se me ocurrió, la verdad —respondió la muchacha—. Pero lo daba por sentado…

—Bueno, puede que tengas razón. Muchos científicos empiezan por la carrera de medicina, ya que ello les permite adquirir conocimientos que más tarde les resultarán útiles en sus investigaciones. Si Challis decidió dedicarse después a la biología, encontraría apropiado graduarse primeramente como médico Y eso explica que Vera van Driim quisiera consultar sobre él acerca de su enfermedad.

—Pero no lo hizo, Oliver.

—Disculpa, Trisha. No sabemos si Vera se hizo o no reconocer por tu difunto amigo.

—Y no lo sabremos jamás…

—Quizá sí —dijo Sword.

Ella le miró interesadamente.

—¿De qué forma, Oliver?

El joven se frotó la mandíbula.

—La casa y los laboratorios de Challis quedaron intactos, supongo. Nadie habrá tocado nada después de su horrible muerte.

—Es lo más probable. La policía, sin embargo, habrá hecho un registro…

—Pero, por ejemplo, si Challis reconoció a algún paciente y tomó notas de su dolencia, no se habrán llevado esos documentos

que no tienen interés alguno en el caso.

—Probablemente, así ha sido, Oliver —convino Trisha.

—Muy bien, en tal caso, ¿por qué no hacemos una segunda visita a la casa de tu difunto pretendiente?

La chica se estremeció.

—¿Volver allí?

—Tenemos que hacerlo, Trisha.

—Pero…

—Si tú no te atreves, iré yo solo. No es cosa que me produzca verdadero placer, pero estimo que debo nacerlo.

—De acuerdo, te acompañaré —dijo ella, decidida—. Ahora no, desde luego; pronto será de noche y por nada del mundo querría ir allí a estas horas.

—Creo que estamos en las mismas condiciones —sonrió Sword —. ¿Te parece bien mañana por la mañana?

—De acuerdo, Oliver.

—Pasaré a buscarte. Oye, ¿crees que Challis hubiera podido curar la enfermedad de la hermana de Olga?

—No lo sé, aunque tal vez sí lo hubiera conseguido. Yo opino que Yerkes le recomendó a Vera fuese a ver a mi amigo… aunque ignoro la clase de relación que pudo unir a los dos hombres. Una cosa es segura: Septie jamás me habló de Yerkes.

—¿Septie? Ah, ya, te refieres a Challis… Bien, de todas formas, creo que mañana podremos hacer algo si investigamos a fondo.

—Pero no entraremos donde están las tarántulas ni los escorpiones…

—Tu amigo tenía unas manías más bien extrañas —comentó Sword disgustadamente—. ¿Por qué no se dedicó a criar palomas?

Trisha sonrió.

—Oliver, en este mundo hay animales para todos —respondió.

Sword regresó a su casa bastante más animado, aunque se sentía todavía un tanto deprimido, a consecuencia de saberse sospechoso de una muerte que no sólo no había cometido, sino que había tratado de evitar, pero se dijo esperanzado que un día se aclararía todo y entonces su inocencia en la muerte de Mattie Pequand se demostraría de manera irrefutable.

Abrió la puerta de su casa y tardó algunos segundos en darse cuenta de que ocurría algo anormal. La luz estaba encendida, sin que él hubiese tocado ningún interruptor, pero muy pronto supo las causas.

Los dos hombres que estaban sentados en el diván le miraron críticamente, con expresión nada amistosa. Sword se estremeció.

Había visto a los dos sujetos fugazmente, en unas circunstancias poco agradables, pero los reconoció en el acto. Sin embargo, trató de mantener la calma y esbozó una sonrisa.

—Caballeros, no les voy a preguntar cómo han entrado en mi casa puesto que ya están dentro. Pero me gustaría conocer los motivos de su visita —dijo en tono aparentemente intrascendente.

Gann se puso en pie. Era el más bajo de los dos, pero tremendamente robusto, con unos puños que debían actuar como mazas cuando se enfurecía.

—Usted estuvo a ver a nuestro jefe —manifestó.

—Lo recuerdo perfectamente y siento mucho lo que le pasó, pero pueden creerme si les digo que no tuve la menor culpa de lo ocurrido —respondió el joven.

—Nos gustaría estar seguros de lo que dice —intervino Reely con hosco acento.

Sword enseñó las palmas de sus manos.

—Pueden creerme o no, repito —dijo—, pero yo sé que he declarado la verdad y para mí es más que suficiente. Si han venido a desquitarse conmigo por la muerte del señor Wood adelante, empiecen cuando gusten. Son dos, están habituados a ciertos procedimientos y, además, con toda seguridad están armados. Yo no estoy habituado a las peleas y no tengo armas. No podré oponerles mucha resistencia, pero no por ello conseguirán que admita algo que no es cierto.

Los dos hombres parecieron sentirse desconcertados.

Por la franqueza de las palabras del joven. Gann y Reely cambiaron una mirada, como si se consultasen en silencio.

Al cabo de unos segundos, Gann volvió a hablar:

—Usted pudo no hacer nada personalmente, pero lo encargó a otro —gruñó.

—Podría ser, pero no es cierto, insisto. Además, ¿por qué demonios iba a tener yo que enviar a su jefe una caja llena de

arañas gigantes? Si lo piensan un poco mejor, sabrán que tuvo que ser otra persona, aunque desde luego desconozco su identidad. Era precisamente lo mismo que yo fui a preguntarle, pero él no me quiso responder. Eso es todo cuanto tengo que decirles, amigos.

—¿Quién es esa otra persona? —preguntó Reely.

—Ah, ¿lo ignoran ustedes?

—Wood no nos decía siempre todo lo que sabía o lo que tenía que hacer —declaró Gann malhumoradamente.

—Entonces no vengan a preguntármelo a mí —contestó el joven en el mismo tono—. Busquen al tipo que le envió las arañas, eso es cuanto tengo que decirles. Pero además, ¿qué es lo que piensan? ¿Van a vengar la muerte de Wood? ¡Quieren desquitarse conmigo por haberse quedado sin «trabajo»?

Sword recalcó irónicamente la palabra trabajo, para que los dos tipos entendieran que él sabía a qué se dedicaban. Reely lanzó entre dientes una obscena maldición.

—Apreciábamos a Wood, señor Sword —dijo Gann.

—Lo siento, pero no tuve que ver con su muerte. Ignoro quién le envió las arañas y, créanme, también a mí me gustaría saberlo, porque debió de ser el mismo que le contrató para que enviara a un tal Kerr Halvin para que asesinara al profesor Challis. Supongo que están enterados de esas dos muertes…

Gann y Reely asintieron al mismo tiempo. El primero dijo:

—Para ciertos asuntos, Wood era muy reservado. Nosotros, en realidad nos ocupábamos de conseguir informes de las personas que tenían interés para él.

—Entonces, no hacían ciertos trabajos… sucios.

Reely negó vigorosamente.

—Ninguno de los dos tomamos jamás parte en un asesinato —contestó.

—Eso es muy elástico —dijo el joven sardónicamente—. Si conseguían informes de una persona sobre sus hábitos, actividades, domicilio y demás peculiaridades de su vida, y luego Wood contrataba a un asesino profesional para que eliminase a esa persona, en realidad son tan culpables como el que empuñaba la pistola para eliminar a alguien que estorbaba a otro.

Los dos hampones parecieron impresionarse con, aquellas palabras.

—La verdad, nunca se nos había ocurrido mirar el asunto desde ese ángulo —admitió Reely.

—Nosotros éramos más bien sus guardaespaldas —añadió el otro.

—Pero conseguían informes que él les pedía —dijo Sword.

—Eso sí es cierto…

—Y conocerán a otros tipos que trabajaban para Wood.

Gann hizo un gesto negativo.

—No. En ese aspecto, era muy discreto. Jamás dijo nada sobre el particular. Y tampoco éramos los únicos que le conseguíamos informes, pero no podemos decirle otros nombres.

Sword frunció el ceño.

—Wood tenía una agencia. En toda agencia hay un fichero. ¿Se les ha ocurrido examinarlo, caballeros?

—No hemos encontrado nada de particular. Sólo asuntos sin importancia; informes sobre esposos infieles o empleados defraudadores y cosas así, pero cada informe está firmado con una clave, que suponemos debe de ocultar la identidad del tipo que los consiguió —declaró Reely.

—En tal caso, Wood guardaba en otra parte documentos mucho más importantes, como las claves de esos agentes y los nombres de sus clientes. Búsquenlos y obtendrán respuesta para sus dudas, pero no me pregunten a mí, porque no sé nada.

Reely se volvió hacia su acompañante.

—Harry, creo que el señor Sword tiene razón. No es él quien nos va a resolver el problema —dijo.

Gann asintió.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió.

Sword se sintió visiblemente aliviado al escuchar aquellas palabras. Los temores que había sentido al ver a los hampones en su casa se disiparon en el acto.

—¿Conocían ustedes a Halvin? —preguntó repentinamente.

—Sólo de vista —respondió Reely.

—Yo hablé un par de veces con él, aunque ignoraba que fuese un matón profesional —repuso Gann.

—Ustedes están habituados a conseguir informes. ¿Por qué no investigan las actividades de Halvin? Quizá así consigan averiguar quién contrató a su jefe, para que a su vez contratase a Halvin. Esa

persona, supongo, es la que envió la caja con las arañas y, si tanto les interesa vengar la muerte de Wood, búsquenla y denle su merecido —dijo el joven con cierta vehemencia.

—Lo haremos así, descuide —masculló Gann.

—Y cuando lo sepamos…

Reely se calló de repente. Miró un instante a su compañero y luego prosiguió:

—¿Qué interés tiene usted en este asunto? —quiso saber.

—El profesor Challis era muy amigo de la señorita Hunt, la misma que me acompañó cuando fui a hablar con Wood. Yo aprecio mucho a esa joven y quiero ayudarla, eso es todo —contestó Sword.

En modo alguno les diría lo ocurrido con Mattie Pequand. No le creerían, y además no tenía sentido divulgar algo verdaderamente espantoso, que estaba fuera de la comprensión de personas normales. Incluso él mismo no comprendía aún lo que le había ocurrido a la hermosa Mattie.

—Tendremos que hacer algunos gastos —refunfuñó Reely.

Sword se encogió de hombros.

—Lo lamento, pero yo vivo de mi trabajo y no puedo hacer dispendios. Tendrán que arreglárselas como puedan… o saquear la caja fuerte de su difunto jefe.

—¡La caja fuerte! —exclamó Gann.

—¡Diablos, lo habíamos olvidado! —se sobresaltó Reely.

Sword contuvo una sonrisa. «Pareja de idiotas», pensó.

—El señor Wood, seguramente y además de documentos importantes, debía de guardar ciertas sumas de dinero en su caja fuerte —dijo—. En algunas operaciones, calculo, debía de interesarle el pago en contante y no en cheques. Resulta difícil seguir la pista de unos billetes, pero el que firma un cheque sabe que puede ser descubierto rápidamente.

—Eso es verdad —convino Gann—. Bueno, Butch, tendremos que buscar a alguien para que nos abra la lata del despacho del jefe.

—Eso ya es cuenta suya, caballeros, pero si me lo permiten, añadiría un consejo que puede resultarles útiles —dijo él joven.

Los dos hampones le miraron con curiosidad. Sword sonrió y añadió:

—Alguien llevó la caja con las arañas. Uno de ustedes la recibió para entregársela a su destinatario.

—Yo —exclamó Gann en el acto.

—Entonces tuvo que ver al mensajero.

—Sí, aunque no recuerdo demasiado…

—Haga memoria, hombre; tal vez así consiga algo positivo. Y ahora, caballeros, si no les importa desearía quedarme solo. He tenido un día muy agitado y quiero darme un buen baño antes de meterme en la cama.

Gann y Reely se encaminaron hacia la puerta. De pronto el primero se volvió hacia el joven.

—Señor Sword…

—¿Sí, Harry?

—Si encontramos a… a esa persona, ¿qué nos dará usted?

—No puedo prometerles nada, pero quizá consiga algún dinero como gratificación. Me esforzaré en ello, pero repito que no puedo asegurar nada al respecto.

Gann hizo un gesto afirmativo.

—Lo tendremos en cuenta. Adiós.

Momentos después Sword se quedaba solo. Sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor de su frente.

Había pasado un mal rato. Era joven, robusto, pero ni su fortaleza física ni sus habilidades podían compararse con la de dos sujetos avezados a toda suerte de situaciones violentas.

Una cosa parecía segura: Wood los había empleado más como protección propia que como ejecutores de ciertos trabajos nada honestos. En estos casos utilizaba los servicios de tipos como Halvin, con absoluta discreción.

Pero alguien le había contratado para que eliminase al profesor Challis y esa persona, después, le había enviado una caja con tarántulas, para acallar una boca quizá demasiado parlanchina.

—O tal vez se mostró después excesivamente exigente —dijo a media voz.

De pronto se le ocurrió una idea. Había alguien que podía facilitarle más detalles sobre el caso, y pensó que podía permitirse el lujo de perder unos minutos junto al teléfono.

Capítulo XI

—ESTUVIMOS hablando de Wood la otra noche. Incluso me lo enseñaste a través de la mirilla de tu despacho —dijo el joven poco después, una vez cambiados los primeros saludos con Helen Payle.

—Es cierto —recordó ella—. Leí la noticia de su muerte en los periódicos. Debieron arrojarle por la ventana a la calle, ¿no?

—Estás equivocada, aunque ya te contaré la verdad en otro momento —respondió Sword—. Ahora lo que quiero es que sepas que he recibido la visita de los dos perros de presa de Wood.

—¡Diablos! —se asustó Helen—. ¿Te han hecho daño, Oliver?

—Oh no, en absoluto, aunque sí parece que venían dispuestos a vengar en mí la muerte de su jefe. Sin embargo, pude convencerles de mi inocencia y hasta, diría yo, atraerlos a mi bando.

—¿Cómo es eso? No entiendo…

—Lo primero que debes saber es cómo murió Wood. Alguien le envió una caja llena de tarántulas. Al abrirla debieron saltar sobre él y, asustado, perdió la razón y saltó por la ventana a la calle.

—¡Cielos! —dijo Helen, aterrada—. ¿Quién es el sádico que envía a la gente cajas llenas de tarántulas.

—Eso es lo que tratamos de averiguar. Fue sin duda el mismo que contrató a Wood para que buscase a alguien que se encargase de asesinar a Challis. Pero luego, ignoro los motivos, pensó que Wood estaba mejor muerto y le envió la caja con las arañas gigantes Yo vi una y, créeme, daba miedo.

—Oliver, tú no me estás viendo, pero acabo de santiguarme —confesó la joven—. Eso que dices es aleo horroroso…

—Espeluznante, Helen. Pero sigamos con lo nuestro Gann y Reely estuvieron a verme y conseguí convencerles de que no tenía nada que ver con la muerte de su jefe. Es más, he podido

persuadirles para que investiguen el nombre de la persona que envió esa caja con tarántulas.

—¿Crees que lograrán algo?

—No lo sé, pero pienso que algo sí conseguirán. Hablaron de abrir la caja fuerte de Wood, donde éste suponemos, debía de guardar documentos muy interesantes y algún dinero. Wood tenía a esos dos tipos como empleados, pero había asuntos que no les confiaba.

—Ahora ya voy entendiendo. Sí, conozco un poco a Gann ya Reely y pienso que querrán aprovecharse de lo que haya en esa caja fuerte. Y, si no me engaño querrán continuar ellos el negocio de Wood.

—Vaya pareja de rufianes —masculló el joven—. Deberían ahorcarlos…

—Son otros tiempos, Oliver, no les des más vueltas —dijo ella con sorna—. Pero sí puedo asegurarte una cosa: ninguno de los dos posee, ni de lejos, la inteligencia de Wood.

—Esa inteligencia no le sirvió de mucho, Helen.

—Lo sé, pero, diablos, ¿quién se espera que una caja de aspecto inofensivo esté llena de arañas gigantes?

Preciosa si yo tuviese un negocio como el de Wood no me fiaría en absoluto de nada ni de nadie y haría examinar previamente cada envío que me hicieran —manifestó el joven—. Wood debía de pensar que era invulnerable y que sólo sus víctimas podían morir, y eso fue lo que le perdió.

—Indudablemente, Oliver —concordó ella—. Pero ya no sé qué más puedo decirte… excepto que, si esos dos consiguen abrir la caja fuerte y luego quieren continuar el negocio, acabarán de mala manera.

—El mundo no perderá nada —dijo Sword—. ¿Crees que ellos podrán abrir la caja fuerte de Wood?

—Lo dudo mucho. Son unos brutos, unos «manazas». Lo más probable es que recurran a los servicios de un verdadero experto, como Pack Toomey el Pulga, un tipo capaz de abrir cualquier cerradura por complicada que sea y sin que su dueño se dé cuenta hasta que ya sea demasiado tarde.

Sword se frotó la mandíbula un instante.

—Me gustaría hablar con ese tipo…

—No lo hagas —exclamó Helen vivamente—. Adivino lo que estás pensando y deja que yo me encargue de ello, ¿quieres?

El joven sonrió.

—¿Crees que convencerás a Toomey para que…?

—Déjalo de mi cuenta. Te llamaré en cuanto sepa algo, ¿entendido?

—Gracias, Helen. De verdad que no sé cómo agradecerte…

—Podrías venir otra noche a cenar conmigo —sugirió ella incitantemente.

—No es mala idea —aprobó Sword.

Pese a todas sus preocupaciones, Sword durmió apaciblemente y se levantó con mejor espíritu del que pensaba. Poco después de las diez de la mañana llamaba a la puerta de la casa de Trisha.

La muchacha estaba ya preparada y subió al coche inmediatamente.

—Si no conseguimos nada, utilizaremos los servicios de un experto para abrir las puertas que se nos resistan —dijo Sword, una vez en camino hacia la residencia de Challis.

—¿Un experto? —se asombró Trisha—. ¿Quién, Oliver?

Sword le relató todo lo ocurrido a partir del momento en que se separaron la víspera, sin omitir detalle. Cuando terminó de hablar, ella se quedó pensativa durante unos instantes.

—Oliver —dijo al cabo—, si se necesita dinero, pídeme.

—¿Cómo? ¿Has dicho dinero?

—Bueno, yo poseo ciertos bienes de fortuna… y estoy muy interesada en este asunto. Y a propósito, ¿cuándo me harás una auditoría de mis cuentas?

Sword respingó.

—La verdad, nunca se me había ocurrido…

—Tendrás que hacerlo —dijo Trisha con vehemencia—. Tengo una firma de abogados que se ocupa de mis asuntos y, vamos, no es que desconfíe de ellos, pero he podido captar algunos detalles que no me gustan.

—¿Por ejemplo?

—Poco cuidado en la administración de mis bienes. No creo que me hayan defraudado a sabiendas; más bien pienso que no se preocupan lo necesario, ¿comprendes?

—De acuerdo, haré lo que pueda… en el momento apropiado.

—Tengo algunos miles en mi cuenta. Si es necesario, «untaremos» a alguien para que consiga ciertos datos que no podemos obtener por métodos ordinarios.

—Bueno ya veremos. Por ahora, opino no es necesario gastar tu dinero, aunque si las cosas no nos van bien en casa de Challis recurriremos a los servicios del experto que he mencionado antes.

—Un ladrón, ¿eh?

—Quien roba a un ladrón… —dijo Sword con cierta sorna.

—Bueno, Challis no lo era precisamente.

—Ya lo sé, pero no pude evitar la frase. De todos modos, esperemos a los informes de la señora Payle.

Trisha se volvió de pronto hacia el joven y le miró de reojo.

—¿Es guapa, Oliver?

—Bastante, Trisha.

—¿Y su marido?

—La abandonó. Cosas que pasan.

—Se habrá divorciado, supongo.

Sword se encogió de hombros.

—No se me ocurrió preguntárselo —repuso.

—Esa mujer te aprecia, creo.

—El aprecio es recíproco, pero no hay más que una buena amistad —dijo él, aunque sabía que era una mentira. Había algo más, pero también sabía que no llegaría nunca a convertirse en una relación estable, sin embargo, había ciertos detalles que no parecía discreto mencionar a terceras personas.

—A mí también me aprecias, supongo —dijo Trisha.

—¿Acaso lo dudas?

—Hombre, no te enfades. Sólo quise hacer un comentario…

—Trisha no sé qué nos reservara el futuro, pero si un día dejamos de vernos, créeme, te recordaré siempre con el mayor agrado —aseguró el firmemente.

—Gracias, Oliver. Eres un chico muy simpático y yo me alegro de haberte conocido —sonrió la muchacha.

Poco más tarde avistaron la puerta exterior del recinto de la residencia de Challis. Como en la ocasión anterior, Trisha se apeó para abrir la puerta, pero, apenas lo había hecho, oyeron una voz nada amistosa que brotaba a través de un altoparlante oculto en algún lugar que no podían ver.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué entran en una casa que no es la suya?

Durante unos segundos, Trisha y el joven se quedaron paralizados por el asombro.

Ninguno de los dos alcanzaba a comprender quién era la mujer que les interpelaba con tanta hostilidad. Trisha, desconcertada, se volvió hacia su acompañante.

—No sé quién es… —murmuró.

—Tal vez la asistenta de Challis. Solía venir una mujer a hacerle la limpieza de la vivienda, creo —dijo él.

—Pero no me parece su voz…

La desconocida volvió a hablar.

—No me han contestado —exclamó, impaciente—. ¿Por qué no declaran su identidad?

—Y usted, ¿quién es? —exclamó la chica, furiosa—. Yo soy Trisha Hunt, una buena amiga del profesor Challis, quien me dejó la llave de la verja exterior para que entrase en su casa siempre que me apeteciera. El caballero que me acompaña es Oliver Sword, un nombre de toda confianza para mí. Y ahora, señora, hable de una vez y diga con qué derecho está en una casa que no le pertenece.

—Me llamo Sue Rivers y ahora mismo nos vamos a ver las caras, señorita Hunt —contestó la desconocida.

Trisha hizo un gesto con la mano.

—Entra al coche, Oliver.

Sword pisó el acelerador. Trisha cerró y subió de nuevo al coche.

—La asistenta de Challis se llamaba Rivers y yo la conocía. No sé quién pueda ser la mujer que lleva el mismo apellido —manifestó.

—Pronto saldremos de dudas —contestó Sword.

Momentos después, detenido el coche, se apearon frente a la casa. Entonces una mujer apareció, llevando en la mano el extremo de una cadena metálica, al otro lado de la cual había un grueso collar de cuero.

El collar estaba en torno a la garganta de una enorme pantera negra. Al verles, el felino abrió la boca, enseñando unos colmillos

de aspecto aterrador, a la vez que emitía unos rugidos verdaderamente impresionantes.

—No teman —dijo la desconocida—. Eva es mansa como un gatito. Sólo ataca si yo se lo ordeno y, me parece, ustedes no vienen con intenciones ofensivas a esta casa, ¿verdad?

Aprensivo, Sword fijó la vista en la pantera.

—¿Se… se llama Eva? —murmuró.

—Sí —contestó la mujer—. Yo soy Sue Rivers, la hija de la señora Rivers, quien se encargaba del cuidado de la casa. Ella está enferma de la impresión que le produjo la noticia de la muerte del profesor Challis. Ella me pidió que viniera a cuidar de la casa y yo lo he hecho, acompañada de mi pantera, porque aquí hay cosas valiosas que podrían tentar a los ladrones.

Sword fijó la vista en Sue Rivers, una hermosa mujer de unos treinta y cinco años, de pelo negro y ojos enigmáticos y, sin saber por qué, presintió que ella no decía toda la verdad.

Había algo de cierto en sus palabras, pero también ocultaba algo que no quería conocieran los visitantes. Tal vez unas relaciones muy especiales con Challis, se dijo.

Era una mujer terriblemente seductora. Challis, un hombre de su edad aproximadamente, solterón, acaso tímido, debía de haber caído fácilmente en sus redes, aunque Trisha, ingenua, siguiera pensando que el profesor era su pretendiente.

—¿Y bien? —dijo Sue, después de algunos momentos de silencio.

Trisha adelantó un paso.

—Señorita, deseamos examinar el despacho del profesor. Una conocida nuestra murió en circunstancias poco agradables y tal vez el difunto profesor supiera algo sobre el particular. Le aseguro que no queremos llevarnos nada de valor, ni siquiera un papel desechado, pero estimamos imprescindible un examen de todos los documentos de ese despacho —dijo de una tirada.

—Puedo negarme a permitirles que hagan lo que ha dicho —respondió Sue—. No tienen ningún derecho…

—¿Lo tiene usted, acaso? —preguntó la muchacha belicosamente.

Sue agitó levemente la cadena con la que sujetaba a la pantera.

—¿Qué les parece este argumento? —sonrió, desdeñosa.

—Es el argumento de la fuerza, no de la razón —contestó Trisha.

En aquel momento, Sword se dijo que debía intervenir para suavizar la situación.

—Perdonen las señoras —habló—, pero creo que si discutimos el asunto con calma podemos llegar a un acuerdo. ¿Me permite usted, señorita Rivers?

—Está bien, empiece —accedió Sue.

—Su madre está enferma…

—Ya lo he dicho. Por eso estoy yo aquí.

—Pero no es la dueña de la casa… Oh, perdóneme, no quise ofenderla… Sólo quise decir que… si no se fía de nosotros, puede acompañarnos mientras revisamos los papeles del despacho del profesor. Al terminar nos marcharemos, puede estar segura de ello.

Sue vaciló un instante. Luego, de pronto, movió la cabeza afirmativamente.

—Síganme —dijo con sequedad.

La señora Rivers tiró de la cadena y la pantera la siguió mansamente. Trisha y el joven echaron a andar tras ella, pero muy pronto se dieron cuenta de que Sue no se dirigía a la puerta principal, sino que tenía la intención de dar la vuelta a la casa.

Un tanto preocupado, Sword frunció el ceño. Había algo en la actitud de la mujer que no acababa de gustarle. Le hubiera gustado tener un arma a mano, aunque harto sabía que si la pantera atacaba sólo un disparo certero podría acabar con el animal. Y no había utilizado en su vida un arma de fuego.

—¿Adónde vamos, señora Rivers? —preguntó Trisha súbitamente.

—He estado haciendo limpieza del despacho y he sacado un montón de papeles, que tengo en una caja para incinerarlos, ya que me parecieron carecían de importancia. Examinen primero esos documentos y luego pasaremos al despacho, si les parece bien.

Sword y Trisha se miraron un instante. El joven pensó que Trisha se sentía también muy suspicaz. Caminando tras la mujer, llegaron a las inmediaciones del estanque donde había aparecido el esqueleto del profesor.

—No veo ninguna caja con papeles —dijo Sword al cabo de unos momentos.

Sue abrió la boca, pero Trisha no la dejó hablar.

—Se me está ocurriendo una idea —manifestó—. Señora Rivers, usted era para el profesor algo más que la hija de su asistenta. Nunca me habló de usted, pero estoy captando ciertos detalles que me hacen sospechar la existencia de ciertas relaciones… más intensas que las de una simple amistad. ¿Me equivoco?

Sue se volvió hacia la muchacha, sonriendo de una forma turbadora.

—No, no te equivocas, chica —respondió—. Challis y yo éramos… lo que has dicho, pero no voy a permitir que lo repitas a nadie. Ni tu acompañante tampoco por supuesto.

Sword se puso rígido.

—¿Hemos de presumir que quiere asesinarnos, señora? —preguntó.

—Exactamente —contestó Sue, a la vez que se inclinaba para soltar la cadena con la que sujetaba a la pantera.

Capítulo XII

EN el mismo instante, Sword vio algo que le hizo abrir los ojos desmesuradamente. Pero no tuvo tiempo de expresar su sorpresa; había algo más urgente en que pensar.

La pantera quedó suelta, agazapada en el suelo, moviendo lentamente su negra cola. Desesperado, Sword concibió una idea.

—Apártate, Trisha —dijo, con voz natural—. Yo me encargaré de Eva, no te preocupes.

La joven dio un par de pasos en sentido lateral. Sword retrocedió un poco, con la vista fija en la pantera, y luego agitó una mano ligeramente.

—Anda, gatito, ven…, ven con tu amigo, que te va a dar una sorpresita…

Sue se sentía estupefacta. Había creído que los visitantes estarían aterrados y, al menos uno de ellos, no parecía sentirse demasiado impresionado por ver suelta a la fiera.

La rabia inundó su mente y emitió un fuerte aullido:

—¡Eva, ataca!

La pantera emitió un atroz rugido, a la vez que se incorporaba como una flecha. Lanzándose hacia adelante, dio un salto enorme y luego rebotó para el siguiente, en que esperaba ya conseguir su presa.

Cuando estaba en el aire, Sword, actuando relampagueantemente, se tiró a un lado. El animal, fallado el golpe, continuó su trayectoria y cayó en el estanque, con gran alboroto de espumas.

Sue emitió un demencial alarido de rabia. La pantera se sumergió por completo en el agua, y luego apareció, tratando desesperadamente de ganar la orilla.

Pero en aquel momento atacaron las pirañas.

Durante unos minutos interminables las aguas parecieron hervir, a la vez que enrojecían. Eva emitió unos rugidos indescriptibles y manoteó y mordió furiosamente, pero todo fue inútil.

En muy poco tiempo se consumó la derrota. La pantera, roída por decenas de mandíbulas tan duras como el acero, empezó a hundirse en unas aguas que habían tomado un siniestro color escarlata.

Sword contempló el espectáculo durante unos instantes. Luego, todavía tendido en el suelo, se incorporó un poco y volvió la mirada hacia Sue Rivers.

—¡Trisha, apártate, rápido! —gritó.

La muchacha se fijó entonces en Sue y lanzó un chillido de terror.

—¡Sé está convirtiendo en…!

Le fue imposible concluir la frase. Horripilada, contempló la espantosa transformación que se estaba operando en Sue.

Por su parte, Sword creyó ver de nuevo a Mattie, momentos antes de su trágica muerte. La cara ya hocicuda, los ojillos menudos despidiendo destello? de una infinita perversidad, los dedos delgados y con membranas interdigitales, además de unas uñas como agujas, la piel de color pardusco, con un vello finísimo…

Sue enseñó los colmillos, pequeños relativamente, pero afilados como diminutos puñales. Un extraño sonido, mezcla de voz humana y chillido de murciélago, brotó de una garganta que había perdido su blancura primitiva.

Trisha, aterrada, dio unos traspiés, retrocediendo instintivamente. De pronto tropezó y lanzó un alarido de terror, mientras vacilaba espantosamente al borde del estanque donde nadaban las mortíferas pirañas.

Sword saltó hacia la muchacha y consiguió agarrarla por un brazo, en el momento en que ella se desplomaba hacia atrás. Sin ninguna consideración, dio un fuerte tirón y la arrojó por tierra, a un metro escaso de las aguas donde reinaba la muerte más atroz.

Luego se preparó para enfrentarse con la fiera en que se había convertido Sue Rivers, pero de pronto ocurrió algo totalmente inesperado.

En el hocicudo rostro de la mujer se produjo de repente una

súbita convulsión. Sus ojos rodaron en las órbitas, mientras ella se llevaba ambas manos al pecho, que ya había perdido buena parte de sus atractivos contornos. Sue emitió unos ronquidos inarticulados y luego, bruscamente, dobló las rodillas y se desplomó sobre la hierba.

Sus piernas se agitaron espasmódicamente durante unos segundos. Después, sobrevino una inmovilidad absoluta y Sword pudo apreciar que la señora Rivers ya había dejado de ser un enemigo.

Transcurrieron unos minutos, durante los cuales ninguno de los dos pudo pronunciar una sola palabra. Trisha, aún yacente sobre la hierba, tenía los ojos cerrados y respiraba fatigosamente. Sword permanecía en pie, con la vista morbosamente fija en la inmóvil mujer tendida en el suelo, en la que no se apreciaba el menor signo de vida.

La quietud de Sue Rivers era total. Súbitamente, sin embargo, su cuerpo sufrió una espantosa sacudida, arqueándose con tremenda violencia, sostenida durante una fracción de segundo por la nuca y los talones. Pero el movimiento duró muy poco y, enseguida, volvió a quedar en posición normal, aunque entonces ocurrió algo inesperado.

Fue una transformación rapidísima, en sentido contrario, de muy corta duración. El vello pardusco desapareció como si estuviese siendo lavado por el invisible chorro de agua de una inexistente manguera. Los dedos de las manos recobraron su apariencia normal y el rostro volvió a ser el de una mujer joven, en la plenitud de su hermosura.

Sword se sentía terriblemente desconcertado. «Así pues, ¿es esto mismo lo que le sucedió a Mattie Pequand?», se preguntó en silencio.

Al cabo de unos momentos, se acercó a Sue e, inclinándose, buscó el pulso. Ya no latía su corazón, supo muy pronto.

—¿Por qué ha muerto? —murmuró.

De pronto oyó la voz de Trisha:

—Oliver…

El joven se volvió. Ella estaba todavía tendida a medias en el

suelo, muy pálida, sin dar señales de haberse recuperado del terrible choque sufrido unos momentos antes.

—Sue ha muerto —dijo.

Bruscamente, Trisha lanzó un chillido.

—¡Mira! Ha recobrado su aspecto normal.

—Lo sé —contestó Sword—. Es lo mismo que le sucedió a Mattie. Al morir vuelven a su apariencia de seres humanos.

—Te acusarán también de esta muerte —se aterró la muchacha.

—No lo creo. Pienso que Sue murió por un fallo cardíaco.

—¿De veras?

—Yo no la he tocado ni hay aquí nada que pueda causar una muerte violenta, en el terreno, quiero decir. No sé qué habrá podido pasarle, pero opino que esa transformación en un ser parecido a un megaquiróptero tuvo que ser conseguida mediante un esfuerzo demasiado intenso y su corazón no pudo soportarlo.

El aspecto de Sue era ahora radicalmente distinto. Había incluso dulzura en su rostro y parecía como si hubiese recuperado la paz interna que había perdido de alguna manera que no acababan de entender. Piadosamente, Sword se inclinó sobre la muerta y cruzó los brazos sobre su pecho ya definitivamente inmóvil.

—Trisha —dijo de pronto.

—¿Sí, Oliver?

—Vinimos a hacer algo, recuérdalo.

—¿Crees que será prudente?

—No hay otro remedio. Además… seguramente en el despacho de tu amigo Challis habrá alguna agenda con direcciones.

Encontraremos la de la madre de Sue y le comunicaremos lo sucedido. Ella tiene que saber que su hija ha muerto.

Trisha se puso en pie y arrojó una temerosa mirada al estanque, donde se veían nadar a las pequeñas fieras que hablan devorado en segundos a la pantera negra.

—Esos horribles peces… —dijo.

—Voy a acabar con ellos —exclamó el joven resueltamente—. Es hora ya de terminar con ese peligro para siempre.

—No se puede desecar el estanque, Oliver —alegó ella.

—En el laboratorio, seguramente, habrá alguna sustancia química venenosa. Y si no, en el cuarto donde la madre de Sue guarda los útiles de limpieza encontraremos lejía o algún líquido.

¿Vamos?

Trisha se agarró al brazo del joven para caminar. Cuando entraron en la casa Sword le pidió que le enseñara la cocina, porque suponía que en sus inmediaciones estaría el cuarto de la limpieza.

—Tú puedes registrar el despacho, mientras tanto —aconsejó.

—Está bien, Oliver.

Sword encontró bien pronto un armario donde había elementos de limpieza. Leyó los rótulos de diferentes frascos y, aunque no vio lejía, sí halló detergentes de diversas clases, para lavadora y fregadero. —Esto será suficiente —murmuró. Había dos grandes cajas de detergente en polvo y otros dos botellones con la misma sustancia líquida.

Cargó con todo y fue al estanque, situándose en la cabecera, por donde llegaba el agua del diminuto arroyuelo que mantenía el nivel constantemente.

Los detergentes fueron vertidos de inmediato El estanque tenía desagüe, pero estaba cerrado por una fina red, a fin de evitar que escaparan las pirañas. Cuando hubo terminado, Sword se dio cuenta de que no podría ver nada, debido a la gran cantidad de espumas que se había formado en la superficie de la capa líquida.

Pero las aguas estaban contaminadas y las pirañas no podrían sobrevivir en el estanque envenenado Al cabo de unos momentos regresó a la casa.

Trisha parecía haberse recuperado. Cuando entró en el despacho le enseñó una pequeña agenda.

—Oliver, he encontrado aquí algo que puede resultar interesante —dijo.

—¿Sí?

—Es la dirección de una mujer, con una anotación sobre su tratamiento de una dolencia epidérmica Aquí pone hirsutismo intermitente. ¿Sabes lo que eso significa?

Las cejas de Sword se levantaron.

—¿Era Challis dermatólogo? —preguntó, asombrado.

—No lo sé, pero tenía el título de médico, recuérdalo. Esta mujer padecía, según parece, de hirsutismo, esa enfermedad que provoca aumento del vello en la epidermis. Como algunas mujeres que tienen un bigote de sargento de granaderos.

—Sí, eso ya lo sé —contestó el joven.

—Por lo visto, se trata de una dolencia intermitente, esto es, el vello aparece y reaparece… Debería resultar desagradabilísimo, ¿no crees?

—Para cualquier mujer, por supuesto —convino él—. Sin embargo, no veo la relación que pueda tener esa enferma con el asunto que tantos quebraderos de cabeza nos está dando.

—Yo lo veo muy claro, Oliver. A Sue le salió el vello casi repentinamente. ¿No puede suceder algo parecido a esta dama?

Sword se acarició la mandíbula.

—Bien, hablar con ella no nos perjudicaría demasiado. ¿Cómo se llama?

—Greta Ritten y vive en el seis mil trescientos de Long Road. ¿Te parece que vayamos a verla?

—Sí, pero en otro momento. Antes tenemos cosas inaplazables que hacer, Trisha. ¿Has encontrado la dirección de la señora Rivers?

—Desde luego. La tengo aquí y también su número de teléfono. Debo llamarla inmediatamente, supongo.

Sword se percató de que Trisha se sentía indecisa, probablemente porque no le gustaba tener que comunicar una noticia muy desagradable, y movió la mano en un gesto de petición.

—Dame la agenda, por favor.

Ella se la entregó. Sword leyó el número de teléfono de Sue Rivers y luego marcó las cifras correspondientes.

Segundos más tarde, oyó una voz de mujer:

—Diga…

—¿Señora Rivers, por favor?

—Sí, yo misma. ¿Quién es?

—Discúlpeme, señora. Soy… el profesor Sword, buen amigo del profesor Challis. Tengo entendido que usted se ocupa de la limpieza de su residencia.

—Lo hacía hasta el día de su muerte, profesor —contestó la mujer—. Era un empleo que no me gustaba demasiado, pero el difunto señor Challis me pagaba generosamente y, por otra parte, yo no tenía necesidad de entrar en los cuartos donde guardaba sus horribles animales. Sin embargo, ya no voy a aquella casa; al día siguiente, la prima del profesor me despidió y me dijo que ya no eran necesarios mis servicios.

—¿Ha dicho la prima del profesor Challis? —se asombró el

joven.

—Sí, la señora Rubbin. Sheila se llama, creo. Esa mujer me echó poco menos que a patadas, aunque, desde luego, me pagó lo que se me debía. En el fondo, créame, me alegro de haber dejado ese horrible lugar, profesor Sword.

—Lo siento muchísimo, señora. ¿Puede darme la dirección de la señora Rubbin?

—Claro. Anote, por favor… Número ochocientos treinta y cuatro, Beamington Place, Apartamentos Golden Class.

Sword repitió las señas, que Trisha anotó puntualmente en una hoja de papel. Luego, el joven pensó que tenía que enfrentarse con lo más desagradable del momento.

—Señora Rivers… —¿Sí, profesor? —Su hija Sue…

—¿Cómo ha dicho, señor? —preguntó la mujer casi a gritos.

—Disculpe, señora. He dicho: «Su hija Sue…», pero usted no me ha dejado continuar. Tengo que decirle que…

—Oiga un momento, amigo, sea usted quien sea.

Puede ser amigo del profesor Challis, pero eso no le autoriza a burlarse de mí. Yo no tengo ninguna hija, llamada Sue ni de ninguna otra manera. Me casé, enviudé y no tuve hijos de mi matrimonio, ¿lo entiende usted?

Sword, atónito, no supo qué responder, aunque de todos modos no habría podido decir nada, porque Sue Rivers colgó secamente, cortando la comunicación de forma definitiva.

Desconcertado, se volvió hacia la muchacha.

—Trisha, la mujer a la que hemos visto morir ahí afuera hace unos minutos no era hija de la señora Rivers —anunció.

La muchacha se quedó con la boca abierta.

—Asombroso —calificó.

—Mucho —convino el joven—. Pero si no era hija de la señora Rivers, ¿por qué nos engañó?

—Seguramente porque en el primer momento pensó que nuestra visita le resultaría inofensiva. Ella vino aquí a hacer algo que ignoramos, y la sorprendimos antes de que hubiese terminado su tarea, cualquiera que fuese. No se lo permitimos, aunque involuntariamente, y cuando tú mencionaste sus relaciones con

Septie, se enfureció y quiso matarnos.

Sword hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí, eso debió de ocurrir —repuso—. Pero ¿a qué había venido ella a esta casa?

—Temo que no lo sabremos nunca, Oliver —dijo Trisha.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego la muchacha miró a su acompañante.

—Y ahora, Oliver, ¿qué hacemos? —consultó.

—No creo que nadie se haya dado cuenta de nuestra presencia en esta casa —dijo el joven—. Lamentablemente, y para evitarnos complicaciones, hemos de dejar el cadáver de la desconocida en el lugar en que está. Alguien la encontrará y… Bien, hablando con egoísmo, eso ya no es cuenta nuestra.

—De acuerdo. ¿Y después?

—Convendría que hablásemos con la señora Rubbin, ¿no te parece?

Trisha parecía sentirse intrigada.

—Es curioso —dijo—. Yo conocía mucho a Septie, pero él jamás me habló de su prima Sheila. No lo entiendo, te lo aseguro.

—Quizá no se presentó la ocasión…

—Podría ser, aunque lo dudo. En los años que llevábamos de conocernos, ¿no surgió nunca la ocasión de mencionar a su prima alguna vez, aunque sólo fuera de pasada?

—Trisha, me parece que saldremos de dudas cuando hablemos con la señora Rubbin. Mientras, si te parece, yo voy a hacer algo antes de abandonar esta casa.

—¿Qué es, Oliver?

—Matar a todos los bichos que hay aquí. Me refiero a las arañas y escorpiones…

—Hay también murciélagos, pero no los puedes soltar. Quizá padecen alguna enfermedad contagiosa y si muerden a algún animal y éste propaga luego la enfermedad…

—Entonces, los asfixiaré.

—¿Cómo, Oliver?

—Encenderé un fuego en el centro, de modo que no se extienda al resto de la habitación. Las llamas consumirán el oxígeno y los murciélagos morirán. —¿Qué me dices de los otros bichos? —También tengo la solución, no te preocupes.

Trisha siguió al joven cuando éste se encaminó hacia la salida. Oliver buscó en el laboratorio y encontró un botellón con alcohol, parte del cual puso en una ancha cazuela, que llevó después al cuarto donde dormían los murciélagos.

Dejó el alcohol preparado y luego buscó insecticidas en el cuarto de la limpieza. Encontró dos tubos y fue con ellos a la estancia donde se hallaban las arañas y los escorpiones.

Menudos ojillos le miraron con malignidad, como si presintieran su próximo fin. Sword situó los dos tubos de pulverizador en el suelo y luego colocó encima sendos pesos, a fin de que resultara presionada la válvula de escape, hasta que se agotara su contenido.

—Un simple chorro de gas no les haría nada, pero sí el contenido de los dos tubos —dijo, cuando ya cerraba la puerta—. Son muchos metros cúbicos de gas y hasta una persona podría morir.

A continuación fue al cuarto de los murciélagos y arrojó un fósforo encendido al recipiente del alcohol, que se inflamó de inmediato. Cerró la segunda puerta y se volvió sonriendo hacia la muchacha.

—Ahora me falta sólo un poco para sentirme descargado por completo de un gran peso —dijo.

—¿De veras, Oliver?

—Voy a ver si las pirañas han muerto.

Sword salió de la casa y cruzó el trozo de prado que había hasta el estanque. Las aguas, aunque parcialmente enturbiadas todavía, permitían ver sin embargo algunas manchas plateadas inmóviles, que flotaban en la superficie.

Algunas pirañas ascendieron lentamente, debatiéndose con los últimos espasmos de su agonía. Sword retiró la rejilla, para que fuesen arrastradas por la corriente de agua. Los huesos de la pantera, sin embargo, yacerían en el fondo durante mucho tiempo, se dijo.

Luego giró sobre sus talones y emprendió el regreso, pero no había dado media docena de pasos cuando se detuvo en seco, porque notaba algo extraño y no acababa de saber de qué se trataba.

Tuvo la solución unos segundos más tarde, cuando se dio cuenta de que el cuerpo de la fingida hija de la señora Rivers había

desaparecido.

Capítulo XIII

CAMINABA de un modo especial, casi a saltitos, y además era menudo y algo regordete, lo que le había valido muy justificadamente el apodo con el que se le conocía en ciertos ambientes. Pack Toomey, alias el Pulga, se acercó al lugar donde se hallaban los dos hombres, bebiendo con aire preocupado, y les dirigió una amistosa sonrisa.

—Vosotros necesitáis algo —dijo.

Harry Gann se volvió y miró reticentemente al menudo individuo.

—Lárgate y déjanos en paz, ¿quieres? —dijo, desabrido.

Reely extendió una mano.

—Aguarda un momento, Harry —dijo—. Creo que El Pulga es el hombre que necesitamos.

—Sí, me necesitáis —sonrió Toomey.

Gann frunció el entrecejo.

—Tú sabes algo, Pack —gruñó.

—Si piensas preguntarme quién me lo ha dicho, ahorra saliva; no te lo diré. Tampoco diré a nadie que vais a saquear la caja fuerte de vuestro difunto jefe.

Los dos hampones cambiaron una mirada.

—El tipo sabelotodo… —masculló Reely.

—Debieran llamarme El Orejas, en lugar del otro apodo —rio Toomey—. Oigo todo, pero mi lengua no se despega para «chivarme» de nadie. Eso sí deberíais saberlo vosotros dos.

Gann asintió.

—Has dicho la verdad —admitió—. Podemos confiar en ti…

—Si me dais un buen pico de lo que haya en la caja —pidió Toomey con toda desenvoltura—. No me interesan papeles ni libros

secretos ni porquerías de ésas; sólo buenos billetes de banco. Lo demás, para vosotros.

—¿Cuánto pides, Pack? —inquirió Reely.

Los ojos del hombrecillo se entornaron.

—Wood debía de guardar cosas muy interesantes, que a vosotros os pueden rendir un buen montón de «pasta». Y dinero, naturalmente, porque, en ocasiones no podía firmar un cheque.

—Lo sabemos —dijo Gann, impaciente—. ¿Cuánto, Pulga?

—El cuarenta por ciento.

Hubo un instante de silencio. Los dos hampones se consultaron con la mirada.

Reely torció el gesto.

—Es demasiado —rezongó—. Cuarenta dólares de cada cien…

—Si hubiese diez mil, me tocarían cuatro mil. Pero os haré una rebaja.

—¿El diez por ciento? —dijo Gann ávidamente.

Toomey le miró con ojos llenos de desprecio.

—Dos mil quinientos ahora, al contado; y todo lo que haya en la caja, para vosotros, aunque contenga un millón de dólares.

Hubo un momento de silencio. Toomey soltó una risita burlona.

—Estáis sin blanca, con los bolsillos llenos de pelusillas —dijo ofensivamente—. Por tanto, tenéis que aceptar el trato o buscar a otro… pero ese otro quizá pida más o no sea tan seguro como yo. Está bien, muchachos; cuando hayáis tomado una decisión, venid a buscarme en el local de Helen Payle.

Toomey dio media vuelta, pero antes de haber dado cuatro pasos, Reely saltó hacia él y lo agarró por un brazo.

—Conforme, Pulga. El cuarenta por ciento, pero sólo de billetes. Si hay objetos de valor…

—Los relojes de oro, las sortijas y las pulseras con diamantes, atraen la atención de los polis —contestó el hombrecillo—. Todo para vosotros, menos cuarenta «pavos» de cada cien.

—¡Trato hecho! —aceptó Reely.

—No me engañéis —dijo Toomey—. Soy pequeño y parezco inofensivo, pero si sólo hubiera cien dólares en esa «lata» y me pagarais treinta y nueve con noventa y cinco, lo ibais a pasar verdaderamente mal. ¿Está claro, Butch?

—No te engañaremos, Pack —prometió el hampón con aire

solemne.

—De acuerdo, pues. ¿Cuándo?

—Esta noche, después de cenar. Tenemos la llave de la casa.

—Y yo me encargaré del resto, Butch.

Sword dejó el teléfono sobre la horquilla y se encaró con la muchacha.

—Lo siento, la señora Rubbin no contesta —dijo.

—Habrá salido —apuntó Trisha.

—Tal vez, aunque me hubiera gustado más saber si la dirección es correcta.

—¿Pensabas decirle algo, si hubiese estado en su casa?

—No, simplemente oír su voz. Pero ya llamaré otro rato.

Acababan de llegar a la casa del joven y Sword había querido hacer la llamada sin pérdida de tiempo. Una vez convencido de que Greta Rubbin se hallaba ausente, se dirigió a la cocina, para volver a los pocos momentos con una bandeja en las manos.

—Un poco de café nos sentará bien —sonrió.

Trisha asintió en silencio. Sword llenó las tazas y luego se sentó frente a la chica. Ambos tomaron el café en silencio, que duró un buen rato, hasta que el joven se decidió a hablar el primero.

—Estaba pensando si la falsa hija de la señora Rivers habrá resucitado, como hizo Yerkes —dijo.

Trisha se irguió en su asiento.

—Yerkes no resucitó —exclamó—. No murió, que es muy diferente.

—Bueno, yo quería decir… Tal vez me engañé y pensé que esa mujer estaba sólo desmayada.

—Pero le tomaste el pulso y su corazón no latía.

—Trisha, yo no soy médico y puede que me haya equivocado —manifestó el joven—. Acaso lo que creí una defunción por un ataque cardíaco era sólo un simple desmayo.

—Pudo ser una pérdida de conocimiento muy profunda, incluso con momentánea suspensión de constantes vitales. Luego se recuperó y… ¡o se la llevó alguien, Oliver! —exclamó ella de pronto.

—No, no lo creo —rechazó él la sugerencia.

—¿Por qué? —quiso saber Trisha.

—Tendría que haber visto rastros de otras pisadas en la hierba y no encontré nada, a pesar de que estuve buscando esos rastros durante un buen rato. Si otra persona hubiese cargado con el cuerpo de aquella mujer, sus pisadas se habían marcado con más fuerza en la hierba, y no había pasado tanto tiempo como para que el suelo recobrase su aspecto normal.

—Si fue ella la que se marchó por su propio pie, los tacones de sus zapatos…

—Pudo haberse descalzado para evitar dejar señales.

De pronto Trisha hizo un gesto de impaciencia.

—Estamos hablando aquí de tonterías, o poco menos, sin adelantar nada —exclamó, irritada—. Tenemos cosas más importantes que ocuparnos de lo que hizo esa mujer, ¿no te parece?

—También eso es importante —contestó Sword gravemente—. Pero pienso que estás un poco nerviosa y que convendría de tranquilizases. Lo mejor que puedes hacer es irte a casa y meterte en la cama, después de haber tomado un sedante. Mañana te sentirás como nueva, créeme.

La muchacha vaciló un momento.

—Oliver, no sé por qué, pero esta noche no me gustaría estar sola en mi casa —dijo al cabo.

Sword arqueó las cejas.

—¿Temes algo? —preguntó.

—Me siento muy aprensiva —confesó ella—. Tal vez no sean más que temores infundados…, pero prefiero tener compañía durante la noche.

El joven respingó.

—¡Trisha!

—¡No seas mal pensado! —le apostrofó ella—. Quiero decir que me gustaría saber que tú estás cerca de mí, pero no tanto como si ambos durmiésemos en la misma cama.

—Pues mira, no sería mala idea —sonrió Sword.

Trisha le miró fijamente.

—¿Serías capaz…?

—Soy un hombre, y no te enojes, porque tú misma has provocado el tema —respondió él—. De todas formas puedes quedarte aquí, tan segura como si estuvieses en tu propio

dormitorio.

Trisha volvió a dudar, pero acabó por sonreír.

—Está bien, me quedo —dijo—. ¿Hay algo en el frigorífico para preparar una buena cena?

Sword se echó a reír. Agarró el brazo de la muchacha y la empujó hacia la cocina.

—Algo encontraremos, no te preocupes —contestó.

Poco después, mientras trasteaba en la cocina, Trisha hizo una pregunta al joven:

—Oliver, ¿cuándo tendremos noticias de tus amigos?

—¿Qué amigos? —se sorprendió él.

—Oh, los guardaespaldas de Wood…

—Ah, ya recuerdo. Bueno, no sé nada aún, pero puede que mañana alguien me dé noticias de lo que ha conseguido un tipo llamado Pack Toomey —contestó Sword—. Es el tipo que abrirá la caja fuerte de Wood —aclaró.

Los hábiles dedos de Toomey actuaron delicadamente sobre la pulida superficie de la caja fuerte. Al cabo de unos momentos percibió el leve chasquido que le indicaba había acertado con la combinación.

Entonces agarró la manija y se dispuso a abrir. Pero antes de que la puerta se hubiese movido un centímetro, una mano se apoyó sobre la suya.

—Deja eso de nuestra cuenta, Pack —ordenó Gann.

Toomey se volvió hacia el sujeto.

—Quiero ver lo que hay en la caja —exclamó.

—No —prohibió Gann—. Puedes estar seguro de que no te engañaremos con respecto al dinero, pero no vas a ver nada de lo que hay en la caja.

—Parece que no os fiáis de mí —dijo El Pulga, dolido—. Sabéis de sobra que soy mudo como una rumba…

—Oh, eso no nos preocupa —respondió Reely displicentemente —. Tú no dirías nada a otros, pero algún día podrías sentir la tentación de aprovechar personalmente tus conocimientos y no nos gustaría tener que taparte la boca de mala manera.

Toomey vaciló un instante, pero acabó por ceder.

—Está bien —dijo al cabo, a la vez que apuntaba sucesivamente a los dos sujetos con el dedo índice—. Aguardaré en la habitación de al lado, pero si un día llego a enterarme de que me habéis jugado sucio, os daré motivos para arrepentiros de la trampa. Soy más peligroso de lo que parece, ¿entendido?

—Un trato es un trato —dijo. Gann—. ¿O no has oído hablar del honor entre ladrones? —añadió, cínico.

—Eso no existe hoy día, ni entre las personas decentes —respondió Toomey no menos desvergonzadamente, a la vez que giraba en redondo y se encaminaba hacia la salida del despacho.

La puerta se cerró instantes más tarde. Gann y el otro cambiaron una mirada de inteligencia.

—¿Abrimos? —murmuró el primero.

Reely asintió.

—De todos modos, con lo que Wood guardaba ahí dentro podemos ganar mucho dinero, aunque, eso sí, conviene que seamos cautos y no tener prisa en actuar.

—Conforme, Butch.

Gann abrió la puerta de golpe. Ansioso de conocer el contenido de la caja fuerte, Reely se había situado a su lado. Las dos cabezas estaban muy juntas y ambos recibieron en el rostro el violento chorro de gas que brotó instantáneamente del interior de la caja.

Los dos hampones tosieron y se agitaron espasmódicamente, llevándose las manos a la garganta, como si quisieran encontrar oxígeno para una respiración que se les había cortado casi súbitamente. Manotearon un poco y acabaron cayendo al suelo. Sus movimientos cesaron a los pocos momentos.

En la habitación contigua Toomey aguardaba pacientemente. No oyó ningún sonido, pero no le extrañó, porque sabía que el difunto Wood tenía insonorizado su despacho a fin de evitar cualquier indiscreción en sus conversaciones con los visitantes. Pero cuando el tiempo empezó a pasar sin ver aparecer a los dos hampones, se puso nervioso.

Transcurrió casi media hora.

—Demasiado —gruñó Toomey.

Dispuesto a afrontar cualquier reconvención, se acercó a la puerta y la abrió. En una fracción de segundo, apreció dos cosas: los cuerpos tendidos en el suelo y el olor que se percibía en el

despacho.

Una ráfaga de gas salió y le hizo toser con violencia. Toomey cerró de golpe y corrió hacia una ventana. Respiró con la boca abierta, buscando oxígeno con avidez, mientras veía ante sus ojos una multitud de luces que danzaban frenéticamente.

Al cabo de un rato recobró la normalidad. No tardó en deducir lo ocurrido.

Inspiró con fuerza. Tenía algo que hacer y pronto encontró la solución. Sabía dónde estaba el baño, fue allí, mojó un pañuelo y se lo puso ante la cara, dejando los ojos libres para poder ver.

A continuación entró en el despacho y, con una sola mano, abrió las dos ventanas. La atmósfera se aclaró de inmediato.

Con el pañuelo todavía sobre la cara, Toomey contempló los dos cuerpos inmóviles en el suelo. No había dudas posibles: Gann y Reely habían muerto poco menos que instantáneamente.

—¿Gas cianuro? —murmuró.

El olor residual era muy peculiar. Pero a Toomey no le importaba tanto el gas que había causado la muerte de los dos hampones, como el contenido de la caja fuerte.

Acercándose a la pared miró al interior. Una exclamación de rabia brotó inmediatamente de sus labios.

Había unos cuantos billetes de distintas denominaciones, esparcidos en desorden por el suelo de un cofre fuerte, que había sido desvalijado con gran apresuramiento, según podía apreciarse a primera vista. Toomey contó los billetes, mascullando imprecaciones contra el individuo que se le había anticipado, con notable éxito según parecía.

La suma total no alcanzaba a los cien dólares. Resignado, Toomey se echó el dinero al bolsillo y lanzó una última mirada a los dos muertos.

—Lo siento, muchachos —dijo, como si ellos pudieran escucharle—. La culpa no ha sido mía.

Antes de marcharse, Toomey borró cuidadosamente las huellas dactilares, a fin de evitar que se conociera su presencia en aquel lugar. Para mayor seguridad, avisó a la policía muy de madrugada, cuando ya habían pasado bastantes horas y no podrían relacionarle con el suceso.

Capítulo XIV

ESPERÓ apaciblemente a que Trisha hubiera terminado de arreglarse y sonrió al verla aparecer con mejor aspecto del esperado.

—Te encuentras bien, supongo.

—No puedo quejarme —respondió ella—. ¿Vamos a hablar con Greta Ritten?

—Si no tienes inconveniente…

—Oliver, antes me gustaría pasar por casa para cambiarme de ropa —dijo la muchacha.

—Claro, Trisha, lo que tú quieras.

Ella emitió un hondo suspiro.

—A veces me pregunto qué haremos si encontramos a Yerkes —murmuró mientras cruzaba el umbral de la puerta, que el joven sostenía abierta con una mano.

—Lo que interesa es encontrarle —contestó él—. Cuando eso haya sucedido, tomaremos las decisiones más convenientes.

Trisha se cambió de ropa con relativa rapidez, para gran satisfacción de su acompañante. Luego se encaminaron a la casa de Greta Ritten, pero se llevaron una decepción.

La amiga de Trisha no estaba en su casa. Después de llamar a la puerta infructuosamente varias veces, decidieron volver sobre sus pasos. Sin embargo, cuando llegaban al vestíbulo, Sword concibió una idea y se acercó al mostrador tras el cual se hallaba parapetado un conserje de imponente aspecto.

—Perdone —dijo cortésmente—. Somos amigos de la señora Ritten y no la hemos hallado en su casa.

Sabe usted cuándo volverá, aproximadamente? O, en otro caso, dónde podríamos encontrarnos con ella…

—Es muy urgente —añadió Trisha—. Necesitamos ver cuanto antes a la señora Ritten.

—Lo siento, señorita —respondió el conserje—. Pero no puedo darles buenas noticias sobre la señora Ritten.

Trisha se puso una mano en el pecho.

—¿Le ha ocurrido algo malo? —preguntó.

—Oh, no, en absoluto. Es decir, no lo creo, porque no he tenido noticias suyas desde hace un par de semanas. Simplemente, se fue de viaje, aunque no dejó su dirección.

Sword hizo un gesto de contrariedad.

—Tampoco dijo cuándo pensaba regresar —exclamó.

—Lo siento, señor; la señora Ritten sólo dijo que iba a pasar una temporada de descanso en un pequeño pueblo llamado… Dejen que lo recuerde, por favor. Era algo así como Kithmoore…

Trisha se puso rígida.

—¡Shithmore! —dijo, casi a gritos.

El conserje movió una mano.

—Eso es, señorita, Shithmore; ahora lo recuerdo perfectamente. Sin embargo, no dejó otra dirección…

—Es igual —exclamó la muchacha—, nosotros sabremos encontrarla. Porque iremos allí, ¿no es cierto, Oliver?

Sword torció el gesto, porque lo que menos entraba en sus planes era hacer un viaje con el que no había contado en absoluto. Pero, se dijo, estaba metido hasta el cuello en el asunto y no podía defraudar a Trisha.

—Está bien, iremos —accedió de mala gana.

—Bueno, si no te sientes a gusto no vengas —dijo Trisha, adivinando lo que pensaba su acompañante—.Iré yo sola y…

—Iremos juntos —contestó él con firmeza—. Y no se hable más, ¿estamos?

Trisha sonrió.

—Gracias, Oliver; sabía que no me dejarías en la estacada.

—Si yo estuviera en su puesto, señor, no dejaría uní momento sola a esta encantadora señorita —dijo el conserje.

Sword puso un billete de cinco dólares en las manos del conserje y, acompañado de la muchacha, salió a la calle. Fuera del edificio, se plantó frente a ella y la miró penetrantemente.

—Estás decidida, supongo, a viajar a Shithmore —dijo.

—Sola, si es preciso —respondió Trisha resueltamente.

—Te acompañaré…, aunque es algo que no me gusta —rezongó él.

—Nadie te obliga a venir conmigo, Oliver —exclamó la muchacha, picada.

—No puedo dejarte sola, compréndelo…

—Machista —le apostrofó Trisha—. ¿Acaso crees que una joven no sabe desenvolverse sola en estos tiempos? ¿Te gusta el papel de guardaespaldas?

—Me gustaría más otro papel.

—¿Por ejemplo?

—No puedo decírtelo; te pondrías colorada.

Trisha soltó un bufido.

—¡Los hombres! Siempre pensando en lo mismo…

—Es algo que no se puede evitar, aunque existen hombres que no piensan en eso.

—¿No, eh? Ponme un ejemplo de hombre que no piense en… eso.

—Claro, mujer, es sencillísimo. Hay hombres que sólo piensan en otros hombres…

Trisha elevó los brazos al cielo y echó a andar hacia el automóvil estacionado en la acera.

—¡Lo que me faltaba por oír! —clamó, indignada.

Sword se echó a reír.

—Eres encantadora, Trisha —dijo, cuando ya estaban en el coche—. ¿Cómo no te has casado hasta ahora?

Ella hizo una mueca.

—No lo sé, y es algo que no me preocupa.

—Algún día te preocupará, Trisha.

—¿Cuándo, Oliver?

—El día en que sientas el flechazo. Entonces no pensarás en otra cosa.

Trisha quedó silenciosa de repente.

Al cabo de unos momentos, dijo:

—Septie me gustaba muchísimo y, aunque había cierta diferencia de años, quizás hubiera acabado casándose con él.

Pero las cosas han rodado de un modo completamente distinto y no pienso en amoríos por ahora. Hay algo más urgente, me parece,

Oliver.

Sword se puso serio también.

—Es muy serio, en efecto, porque no sabemos a qué diablos ha podido ir Greta Ritten a Shithmore, ni tampoco sabemos dónde se aloja.

—Y, ¿a qué ha ido allí?

Era una pregunta para la cual ninguno de los dos tenía respuesta, aunque Sword pensó que sí la encontrarían cuando llegasen a Shithmore.

Habían acordado que emprenderían la marcha al dial siguiente, muy temprano, y después de separarse Sword se encaminó a su casa, para hacer algunos trabajos que eran indispensables antes de iniciar un viaje cuya duración era imposible de calcular. Cuando llegaba a la puerta, vio parado a un individuo frente a la misma, al lado de una gran caja de cartón envuelta en papel fuerte de color claro.

El sujeto era bajo, menudo, algo regordete y parecía muy aprensivo. Apenas le vio, dijo:

—¿Señor Sword?

—Sí —contestó el joven—, yo mismo, señor…

—Pack Toomey el Pulga por mal nombre, aunque puede llamarme así, que no me ofenderé. Ya estoy acostumbrado, ¿sabe?

—Ahora recuerdo —exclamó Sword—. La señora Payle me habló de usted…

—Y ella es quien me ha aconsejado que venga a verle personalmente —declaró Toomey—. Necesito hablar con usted, señor.

—Muy bien. —El joven sacó la llave—. Hablaremos todo el tiempo que sea necesario.

De pronto se fijó en la caja.

—¿Quién ha dejado esto aquí? ¿Es suyo, Pack?

Toomey negó con la cabeza.

—No tengo la menor idea —contestó—. Ya estaba aquí cuando yo llegué, hace unos minutos…

Sword examinó la caja, en la que se veía una etiqueta con su nombre y dirección. La caja medía casi un metro de alto por algo

más de medio de lado y, aunque estaba muy bien embalada, no se advertían en la envoltura signos ni indicaciones de lo que podía contener, tal como sucedía en los envíos comerciales.

—Pack, tendrá que ayudarme a entrarla en la casa —solicitó.

—Claro, con mucho gusto.

Los dos hombres se dispusieron a cargar con la caja. Al levantarla, Toomey lanzó una exclamación de asombro:

—¿Qué diablos hay aquí? ¡Esto no pesa nada!

Sword frunció el ceño. De pronto, sin saber por qué, había recordado cierta caja que había visto llegar a poder de Dennis Wood. Era una caja mucho más pequeña, pero, aun así, le pareció que la envoltura de la que acababan de entrar en su casa era idéntica.

—Pack, aquí dentro hay algo que no me gusta —dijo—. Antes de abrirla haremos algo que nos permita luego examinar su interior sin peligro.

Toomey dio un respingo.

—¡Demonios! ¿Acaso se trata de una bomba?

—No —sonrió el joven—. Una bomba pesaría mucho más, seguramente. Pero aquí hay algo aún peor, créame. ¿Recuerda lo que le pasó a Wood?

—Sí, se tiró por la ventana…

—Porque alguien le había enviado una caja llena de arañas gigantes. Se asustó, perdió el control de sí mismo y cayó a la calle.

El hombrecillo retrocedió un paso.

—Yo me voy —dijo—. Las arañas me dan un miedo espantoso…

—Aquí hay algo de mayor tamaño que las arañas, aunque quizá no menos peligroso. Pero de todos modos tengo el remedio para eliminar el bicho. Vamos a llevar la caja a la cocina, Pack.

—Sí, señor, como usted diga…

Una vez en la cocina, Sword buscó un cuchillo y practicó un agujero en la parte superior. Apenas lo había hecho se oyó un extraño sonido que procedía del interior de la caja.

—Eso parece un pájaro —exclamó Toomey.

—Vuela, pero no es un pájaro, Pack.

El Pulga le miró extrañado, pero Sword no quiso entrar en explicaciones. Sacó la goma del gas y aplicó el extremo al agujero. Luego abrió la espita.

Toomey, muy nervioso, se puso un cigarrillo en la boca.

—¡No lo encienda, rayos! —gritó Sword—. ¿Quiere que volemos por los aires?

El menudo individuo se quitó de la boca el cigarrillo instantáneamente.

—Dispense, señor. No me había dado cuenta…

Sword dejó que el gas inundase el interior de la caja. Luego cerró la espita y a continuación tapó el agujero con un plato invertido.

—Vamos a la sala; debemos dejar pasar un rato antes de que el gas haya obrado sus efectos en el bicho —dijo.

—Un bicho que vuela, pero no es un pájaro. ¿Quién entiende eso?

—Los murciélagos también vuelan, Pack.

Toomey abrió la boca, estupefacto. Pero Sword había echado ya a andar y no dijo nada hasta que tuvo un vaso mediado de licor.

—Beba, Pack; lo está necesitando —sonrió.

Toomey tomo un buen sorbo y luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

—No sabe lo cierto que es, señor —contestó.

Sword hizo un gesto de asentimiento. También él se había servido un poco de whisky y, después de tomarlo, miró a su visitante.

—Y bien, Pack, ¿qué le ha traído por mi casa? —preguntó.

—Tengo que contarle algo muy desagradable, señor. Gann y Reely están muertos.

Sentado en el diván, Sword escuchó en completo silencio el relato que Toomey le hizo de la aventura corrida la noche anterior. Cuando el hombrecillo hubo terminado, movió la cabeza con gesto apesadumbrado.

—Wood debía de ser un tipo muy precavido —comentó.

—No, señor, él no lo hizo. Tenía otra clase de alarmas, pero no funcionaron.

—Usted las desconectó…

—Estaban desconectadas ya.

—¿De veras? —se asombró el joven.

—Yo no dije nada, porque a pesar de todo no me fiaba de aquella pareja, aunque tal vez lo hicieron ellos antes de buscarme. Seguramente sabían dónde estaban las alarmas, pero no eran capaces de abrir la caja fuerte.

—Y usted, sí —sonrió Sword.

—Tengo esa habilidad —contestó Toomey—. Pero yo opino que la trampa del gas fue puesta por el mismo que vació la caja de Wood.

—Una trampa infernal, todo hay que decirlo.

—Sí, señor. No tuvieron tiempo de quejarse siquiera; el gas, por lo visto, salió con gran potencia. Había pasado casi media hora cuando yo me asomé y, aunque respiré sólo un poco de gas, creí que me moría.

Sword entornó los ojos.

—De modo que la caja había sido desvalijada.

—Por completo, aunque, eso sí, con muchas prisas. El tipo se dejó olvidados unos cuantos billetes, una miseria, créame; noventa y dos dólares…

El joven sonrió para sí. Toomey había esperado «forrarse» con el golpe y sus ilusiones se habían visto disipadas de forma harto poco agradable.

—Lo siento, pero yo no soy precisamente rico —manifestó—. Vivo de mi trabajo, Pack.

—Oh, no lo decía por eso, señor Sword. Hablé antes con la señora Payle y ella me recomendó que viniera a verle directamente. No se preocupen; son gajes del oficio y, a fin de cuentas, Gann y Reely están mucho peor que yo. Y no digamos Wood y el tipo que contrató y al que mordió una serpiente venenosa…

—Kerr Halvin —sonrió el joven.

—Sí, el mismo. Es curioso, pero no he visto a Dude Mows. Me pregunto qué habrá sido de ese tipo. El y Halvin iban siempre juntos; solían hacer los trabajos «en sociedad»…, aunque quizá Dude se asustó tanto que no quiere dejarse ver.

—¿Debo deducir que Wood envió a dos hombres para que asesinaran al profesor Challis? —se sorprendió Sword.

—Bueno, él quizá contrató a Halvin, dejándole las manos libres, y Halvin, para mayor seguridad, buscó la ayuda de su socio… Si averiguo dónde está ya se lo diré, porque imagino que a usted le

gustaría hablar con Mows, supongo.

—No sé si me será posible, Pack; mañana salgo de viaje, pero ya le avisaré a mi vuelta, por medio de la señora Payle. Y ahora, ¿qué le parece si vemos el bicho que hay dentro de la caja?

Toomey hizo un gesto de repugnancia.

—¿Lo cree necesario?

—Usted, no sé; yo sí, Pack —respondió el joven, a la vez que se ponía en pie.

A pesar de sus aprensiones, Toomey siguió a Sword hasta la cocina. Una vez allí, Sword abrió las ventanas para que se disipase el gas contenido en la caja y que empezó a salir apenas quitó la tapa improvisada.

Con la ayuda de un cuchillo, rasgó la envoltura y el fuerte cartón del embalaje. Una cosa que parecía un montón de trapos sucios cayó al suelo inmediatamente.

Toomey dio un salto hacia atrás, a la vez que lanzaba una gruesa interjección. Sword, por su parte, contempló estupefacto el enorme quiróptero, muerto asfixiado gracias a las precauciones tomadas.

Buscó unos guantes para protegerse las manos y extendió las alas del vampiro. Era un ser enorme, casi de dos metros, y su boca relativamente diminuta emitía «na ya impotente amenaza de muerte.

Sword vio también en las uñas de las patas una sustancia oscura, de color ligeramente rojizo, viscosa, y se estremeció al pensar lo que podía haberle sucedido de recibir un simple arañazo.

Al cabo de unos momentos consiguió recobrarse.

—Tengo un amigo que entiende de estos animales —dijo escuetamente.

—Se lo va a llevar para que lo examine —adivinó El Pulga.

—Eso es lo que pienso hacer ahora mismo —respondió el joven con firme acento.

Capítulo XV

—HAY alguien que no me quiere bien —dijo Sword a la mañana siguiente} mientras conducía el coche de Trisha, vehículo que habían decidido utilizar para el viaje.

—Te refieres a Yerkes, sin duda —apuntó la mu chacha.

—Supongo que sí, aunque, ¿cómo puede estar enterado de tantas cosas con respecto a mi personalidad?

—Yo creo que la respuesta es muy sencilla, Oliver.

—¿Quieres dármela? —sonrió él.

—Yerkes contrató a Wood, para que a su vez buscase a un hombre que quisiera matar a Challis.

—Fueron dos. Uno ha desparecido, Trisha.

—Bueno, lo mismo da. El caso es que Yerkes mató luego a Wood, enviando le la caja con las arañas. Más tarde fue a su casa y preparó la trampa del cianuro, para el que quisiera abrir la caja después de él. Y así, por los documentos que encontró allí, pudo darse cuenta de que tú constituyes un peligro que es necesario eliminar.

Sword meneó la cabeza, no demasiado convencido por los argumentos de la muchacha.

—No sé —dijo—. Puede que tengas razón, pero hay algo en este asunto que no acaba de quedar claro del todo. Para empezar, ¿qué diablos pasó con la falsa hija de la señora Rivers, Sheila Rubbin?

Trisha se quedó muy pensativa.

—No lo entiendo —contestó—. Ella parecía muerta…

—Pero se marchó.

—O se la llevaron.

—El matiz poco importa; el caso es que ella desapareció; por sí misma o porque alguien se llevó su cuerpo. ¿Adonde? Y ¿con qué

objeto?

—Creo que tienes razón, Oliver —suspiró la muchacha—. Todo esto es tan endemoniadamente complicado… A veces dudo si algún día podremos resolver este enigma.

—Costará, pero confío en lograrlo —respondió él—. De todas formas, creo que pronto sabremos algo.

—¿Por qué lo dices?

—Llevé el vampiro a un amigo que estudió conmigo en la secundaria y ahora trabaja como biólogo en un centro de investigación particular. Sospecho que las uñas del quiróptero estaban untadas de algún veneno y le pedí que hiciera un análisis. Mañana le llamaré desde Shithmore, para saber qué ha averiguado.

—No ha sido mala idea —aprobó ella—. Pero no entiendo por qué tuvieron que enviarte un murciélago gigante…

—Yerkes es un tipo sádico y no querría verme morir de un simple balazo, eso es todo. ¿No hizo algo parecido con Wood?

—Es posible, Oliver. Cuando le vea le preguntaré por qué tuvo que asesinar al pobre Septie. Qué daño le había hecho, vamos a ver, ¿eh?

Sword se mordió los labios. Empezaba a notar que había algo que no encajaba con lógica en el conjunto de los acontecimientos y, aunque todavía quedaban muchos enigmas por solucionar, tenía la sensación de que estaba viendo algo que tenía prácticamente delante de los ojos, pero no conseguía saber de qué se trataba.

Durante unos minutos permaneció callado. Bruscamente, creyó haber hallado la solución para un problema que les mortificaba enormemente.

—¡Trisha, me parece que ya lo tengo! —exclamó.

Ella se volvió, muy intrigada.

—¿A qué te refieres, Oliver?

—A tu amigo, el profesor Challis, naturalmente.

—¿Crees saber lo que pasó? El pobre murió de una manera verdaderamente espantosa…

—Trisha, Challis no ha muerto. Está vivo.

La chica respingó.

—Oliver, de Yerkes no se encontró el menor rastro, lo que abona la hipótesis de su supervivencia. ¡Pero vimos el esqueleto de Septie y eso no deja lugar a la duda!

—Estás equivocada —insistió él—. Lo que vimos fue el esqueleto de un hombre, ciertamente, pero no era el de Challis.

Ella creyó comprender.

—¿Piensas que Septie mató a otra persona y que luego arrojó su cuerpo al estanque de las pirañas?

—Exacto, eso es lo que sucedió.

—En el esqueleto encontramos su reloj, un anillo…

—Se los puso después de matarlo, Trisha.

—Si fue como dices, ¿por qué lo hizo? ¿Qué interés tenía en desaparecer?

—Hay dos posibilidades, Trisha. Una de ellas es que está metido hasta el cuello en este asunto. La otra es que fue raptado y sus secuestradores dejaron dos cuerpos, uno de ellos inidentificable, a fin de hacer creer en su muerte.

—¿Con qué objeto, Oliver?

—No lo sé, pero ésa es una pregunta a la que tendrá que responder Yerkes.

—Si quiere —dudó ella.

—Le obligaremos, Trisha.

—Confío en que sea como dices. Y ahora, contéstame, por favor: si Septie está vivo, ¿quién ocupa su lugar en el cementerio?

—Dude Mows, el socio de Kerr Halvin —contestó Sword, firmemente convencido de lo que decía.

Cuando llegaban a las inmediaciones de Shithmore, Trisha dijo que le gustaría volver a ver Black Basin Hall antes de hospedarse en el motel que había a la entrada de la población.

—Muy bien —accedió el joven—. Vamos a Black Basin.

Sword tomó la desviación que conducía a la casa que había visto arder cinco años antes. A los pocos momentos contemplaron las quietas aguas del estanque, en el que se reflejaban el azul del cielo y algunas blancas nubes que se movían perezosamente a impulsos de una débil brisa.

Poco después alcanzaban la entrada del puentecillo de madera. Sword frenó, porque había visto algo que no acababa de gustarle.

—¿Por qué te paras? —inquirió Trisha, extrañada.

El joven se apeó, a la vez que hacía signos con una mano.

—Ven —llamó.

Ella le siguió. Sword le enseñó las tablas del puente, que

ofrecían un aspecto realmente miserable.

—En cinco años nadie lo ha cuidado —dijo—. Hay una humedad constante, ha llovido durante los inviernos y no se ha repuesto un solo madero. Dudo mucho de que pudiera soportar el peso de tu automóvil.

—Entiendo —murmuró Trisha, sintiéndose llena de aprensiones.

—Además, la casa no está ya demasiado lejos —arguyó Sword.

—¿Qué casa? Se quemó hace cinco años, Oliver.

—Yo me refiero a la que se ve apenas entre los árboles del otro lado, a muy poca distancia del solar que ocupaba la antigua residencia de tu tía.

Trisha miró en aquella dirección y abrió la boca, estupefacta.

—Increíble —dijo—. No tenía la menor noticia de que alguien hubiera construido aquí otra casa.

—¿No te dijo nada tu tía?

—No, en absoluto. Claro que tampoco mencionábamos este lugar, ni hablábamos apenas de sus bienes y sus propiedades…

—Bueno, ahora podemos salir de dudas y ver quién vive en esa casa, ¿no te parece?

—Sí, pero habrás de permitirme que te diga que me siento absolutamente desconcertada, Oliver.

El joven se echó a reír.

—Estamos en la misma situación —dijo—. Anda, vamos —añadió, a la vez que se apoderaba de su mano.

Sword inició el paso del puente con verdadera aprensión. Las maderas estaban podridas y ofrecían una seguridad muy precaria. Precavido, tanteó el suelo antes de afirmar el pie en cada paso, separándose un poco de la muchacha a fin de evitar que sucediera algo desagradable por un exceso de peso.

El puente tenía un trazado ligeramente curvo, de modo que la parte central quedaba a cosa de metro y medio de las aguas. Cuando había rebasado el punto más alto, se oyó un fuerte chasquido.

Trisha lanzó un agudo grito de terror al ver a Sword hundirse en el agujero causado por el peso de su cuerpo. El joven, ágilmente, consiguió, sin embargo, agarrarse a un madero resistente y quedó colgando, con los pies colgados en el interior del estanque.

De pronto notó como una picadura en la puntera del zapato.

Instintivamente encogió los pies. Una cosa plateada saltó fuera del agua durante una fracción de segundo, para volver a hundirse de inmediato, con leve chapoteo.

—¡Una piraña! —chilló Trisha, aterrada.

Muy impresionado, Sword consiguió trepar a lugar seguro y se sentó en el suelo.

—Has salvado el pie de milagro, Oliver —dijo ella.

Sword se miró el zapato un instante y luego, sonriendo, meneó la cabeza.

—Si hubiera sido una piraña me faltaría entera la puntera del zapato —contestó—. Ha debido de ser un lucio, simplemente.

Ella se puso una mano en el pecho.

—Me he llevado un susto de muerte, créeme.

—No seas tétrica —dijo él, a la vez que se ponía en pie y señalaba un trozo del puente, intacto todavía—. Pasa por aquí, pero agárrate a la barandilla.

—Sí, Oliver.

La travesía se consumó al fin sin demasiados problemas. Poco después pisaban terreno firme. Avanzaron unos metros, rebasaron una pequeña curva y entonces vieron la casa que se había edificado a menos de cincuenta metros del solar donde había estado la que ardió cinco años antes.

Era un edificio de aspecto corriente, de dos plantas, aunque relativamente grande. Estaba construido con mampostería y su estructura parecía bastante sólida.

Más cerca se veían los rastros dejados por el incendio: escombros cubiertos en su mayor parte por plantas y matojos que habían crecido ubérrimamente. En algunos puntos se veían todavía pequeñas manchas negras, que el paso del tiempo no había podido borrar por completo.

Sword recordó la trágica noche del incendio y rememoró el instante en que pareció que Yerkes se hundía con la casa. Era algo que jamás olvidaría, por muchos años que pasaran; la escena culminante de una tragedia cuyo desenlace había sido marcado por el destino. Pero el protagonista había sabido burlar al destino, engañando a los espectadores al hacer creer que estaba muerto,

cuando en realidad había conseguido escapar, escondiéndose en algún lugar desconocido.

¿Estaba Yerkes en aquella casa cuya existencia ignoraban hasta aquel momento?

Irresoluto, avanzó unos cuantos pasos, seguido por la muchacha, hasta detenerse a poca distancia de la entrada. La puerta y las ventanas aparecían cerradas y no se apreciaba en el edificio el menor signo de vida.

De pronto se volvió hacia Trisha.

—Debemos ir antes a Shithmore —propuso.

—¿Por qué? —se extrañó la muchacha—. Ya que estamos aquí…

—Quiero hablar con los Masters. También conozco a otras personas en el pueblo. Creo necesario adquirir informes acerca de las personas que habitan esta casa.

—Está bien. Si te parece que eso es lo que más nos conviene, lo haremos, Oliver. Pero eso de pasar por el puente de nuevo…

—Ya sabemos los puntos débiles y ahora no hay peligro.

—Me pregunto por dónde vienen a esta casa. El puente no parece un camino seguro y no se ve que dejen los coches antes de cruzarlo.

Sword señaló con la mano un camino prácticamente oculto por la espesa vegetación del otro lado.

—Hay otra ruta y ni siquiera necesitan entrar en Shithmore. Cualquier persona puede venir aquí, sin necesidad de que nadie se entere de que está en esa casa.

—Si actúan así es que hacen algo *non sancto*, lo cual significa que no les gusta que se sepa lo que pasa aquí.

—Es lo más probable —convino el joven—. Anda, vámonos.

Regresaron por el mismo camino y subieron al coche. Sword maniobró para dar la vuelta y luego, una vez en la carretera, buscó el desvío que conducía a la granja de los Masters.

—Dejando a un lado lo que sucedió aquella noche, lo pasé muy bien cuando trabajaba en la granja —comentó el joven, al avistar el edificio donde vivían los Masters—. Fue una época muy agradable de mi vida.

—Y te gustaría repetirla, claro —sonrió Trisha.

Sword hizo un gesto negativo.

—Ya no sería como entonces. Hay cosas que pierden su encanto

cuando se quieren repetir. Resulta mejor acordarse de lo que se hizo en determinada época; querer hacerlo de nuevo resulta casi siempre un poco amargo.

—Filósofo estás, Oliver —bromeó ella.

—Es mi forma de pensar. Puedo equivocarme, pero…

Sword lanzó un profundo suspiro. Trisha hizo un gesto de asentimiento.

—Tienes razón —admitió—. Si ahora quisiera hacer alguna de las cosas que hacía cuando era una chiquilla, no me sabrían lo mismo que entonces. Es preciso actuar acomodándose a cada época lo mejor posible, ¿no te parece?

—Es la única solución —afirmó él, mientras maniobraba para detenerse frente al edificio principal de la granja.

Capítulo XVI

TABITHA MASTERS puso delante de la muchacha un enorme tazón repleto de leche y la miró con la sonrisa en los labios.

—Pruebe, señorita Hunt —invitó.

Trisha tomó un par de sorbos y se puso colorada casi en el acto.

—Es… algo difícil de describir. ¿Tiene una vaca mágica, señora Masters?

Tabitha se echó a reír.

—Son vacas normales y Oliver puede dar fe de ello —contestó.

—De lo más normal que existe —sonrió el aludido—. Lo que pasa es que la leche está recién ordeñada y nadie ha manipulado en ella. Además, hay buenos pastos y… ¿Dónde está el jefe, señora Masters?

—No tardará en venir —contestó Tabitha, sentándose frente a los visitantes—. Oliver, ¿qué le ha traído por aquí, después de cinco años? —inquirió.

Sword bajó la vista un momento.

—Han ocurrido cosas muy… desagradables —contestó—. Una amiga de Trisha estuvo algún tiempo en la casa que se quemó y luego murió misteriosamente.

—He oído algo de ello, pero estaba en manos de un médico. Yerkes lo era, creo recordar.

—Algunos dicen que esa joven murió mordida por un puma. No es cierto; fue algo… ¿Recuerda lo que le pasó a Mattie Pequand?

Tabitha asintió.

—Horrible. La pobre chica fue atacada por unos murciélagos rabiosos, pero curó, tengo entendido.

—Sí, curó, y luego murió, no hace mucho. De todas formas es muy largo de explicar, señora Masters.

—Demasiado fantástico —añadió Trisha.

Edgar Masters entró en aquel momento y saludó al joven con verdadera efusión. Sword le presentó a la muchacha y el granjero se sentó a continuación junto a su esposa quien en pocas palabras le puso en antecedentes de lo que sucedía.

—La señora Masters ignora todavía algo muy importante, pero es porque no hemos tenido tiempo de decírselo —manifestó Sword, cuando Tabitha hubo terminado de hablar—. Yerkes no murió en el incendio.

—Está vivo —afirmó Trisha.

Masters se disponía a cargar su pipa y miró sorprendido a los dos jóvenes.

—Le vimos morir —dijo.

—Fue un truco —manifestó la muchacha—. Saltó al cobertizo que había al otro lado, cuando se hundía el edificio. Aunque no hubiera saltado se habría mantenido todavía allí unos momentos, ya que estaba en el muro que tardó luego más en desplomarse. Por eso todo el mundo creyó que había perecido en el incendio, cuando lo que hizo fue desaparecer y dejar así que se creyese en su muerte.

Los Masters se sentían desconcertados.

—Pero ¿por qué lo hizo? ¿Acaso tenía algo que ocultar? —preguntó el granjero.

—Debió de ocurrir algo muy desagradable y, sin duda temió que Mattie hablase —opinó el joven—. O quizá pensó que habiendo escapado Mattie la policía podría investigar y no quería que se supiera lo que sucedía en la casa. Si había algo horrible, y yo pienso que sí, el fuego lo consumió todo y nadie pudo encontrar pruebas de actividades delictivas.

—La ciencia nunca ha sido una actividad delictiva, Oliver —arguyó Tabitha.

—Salvo cuando se aplica deliberadamente al mal —dijo Trisha.

—No sabemos lo que hacía Yerkes…

—Por eso estamos aquí —declaró Sword—. ¿Qué saben de la casa del otro lado del estanque? ¿Quién la construyó? ¿Quiénes la habitan?

Masters comprobó el buen tiro de su pipa y luego, sujetándola con los dientes, miró al joven.

—Empezaron a construirla hará un año, aproximadamente, y fue

terminada en menos de tres meses. Pero todos los trabajadores eran forasteros y, además, ninguno de ellos pisó el pueblo un solo día. El alcalde fue a inspeccionar las obras y a enterarse por qué se trabajaba allí, sin permiso municipal, y el encargado le enseñó un plano. La casa está justo fuera de los límites de este municipio.

—Tipo astuto, Yerkes, si es él quien la hizo construir. ¿Qué más averiguó el alcalde?

—Nada. El encarado, cortés pero firmemente, le hizo ver que no tenía derecho a preguntar nada y no quiso darle ningún detalle. Y puesto que la casa no está dentro de su jurisdicción, se ignora absolutamente lo que sucede allí.

—¿No se le ha ocurrido a nadie curiosear alguna noche? —preguntó Trisha.

Masters sonrió críticamente.

—Hay perros feroces —respondió—. Un amigo mío fue a cazar, se le hizo un poco tarde y oyó los ladridos. Luego los vio de lejos y dijo que daban miedo, y eso que estaban atados. No, nadie va por allí, ni sentimos el menor deseo de saber qué hacen unas personas que, por otra parte, tampoco quieren comunicarse con nosotros.

—Pero necesitarán comida, provisiones, utensilios… —exclamó la muchacha—. Todo lo que hace falta en una casa.

—Deben de comprarlo en Arvidstown, que está a unas veinte millas, o quizá vayan aún más lejos para evitar compromisos —terció la señora Masters—. Una cosa es segura: en Shithmore se les desconoce por completo y nadie sabe si hay una persona o cien en aquella casa.

Sword se volvió hacia Trisha.

—Nosotros vamos a averiguarlo, ¿no es cierto?

La muchacha asintió.

—No pasará mucho tiempo sin que sepamos lo que sucede allí —respondió firmemente.

Masters hizo un gesto de aprensión.

—Tenga cuidado, Oliver; no cometa imprudencias —aconsejó.

—Edgar yo he visto morir a Mattie Pequand y no resultó nada agradable. Por si fuese poco, llegaron a considerarme sospechoso de su muerte, cuando el autor fue Yerkes, aunque indirectamente. Pero todavía han ocurrido cosas más horribles y es preciso que pongamos en claro ese misterio —dijo el joven con acento lleno de resolución.

—Tengo una escopeta; si la quiere… —propuso el granjero.

—No, sólo me crearía más problemas y, además, no tengo la menor idea del manejo de las armas de fuego. Gracias de todos modos, Edgar.

Sword se puso en pie.

—¿vamos, Trisha?

—Podrían quedarse en casa —apuntó Tabitha—. Tenemos habitaciones de sobra…

—No queremos darles más molestias —sonrió la muchacha—. Señora Masters, no volveré a probar jamás la leche de sus vacas. En un par de semanas me pondría como un tonel.

Tabitha se echó a reír.

—Usted es de las que podrían comerse un buey entero y no aumentaría de peso un solo gramo —contestó.

—Nos alojaremos en el motel —indicó Sword—. Si sucediera algo o recuerdan algún detalle, allí nos tendrán.

—El dueño es un buen amigo —manifestó Masters—. Hablaré con él para que les dé las mejores habitaciones.

Momentos después Sword y Trisha abandonaban la Granja.

—De modo que Yerkes construyó la casa en un lugar situado fuera de los límites municipales de Shithmore —dijo él, cuando ya encaminaba el coche hacia el motel, donde iban a hospedarse aquella noche.

—Por lo visto, así es, y yo creo que si el alcalde hubiese tenido la menor duda habría obrado en consecuencia. Pero si piensas preguntarme por los terrenos de mi tía, te diré que estoy absolutamente ignorante de su extensión y de sus límites. Es algo que nunca me preocupó, aunque ahora tendré que enterarme a fondo.

—Si lo hubiéramos sabido antes…

—Ignorábamos que Yerkes había hecho construir otra casa. Creíamos que Greta Rutten habría ido a parar a alguna parte cerca de Shithmore y, aunque realmente es así, no se nos ocurrió que Yerkes podía haber ordenado la construcción de otro edificio.

Sword meneó la cabeza con aire apesadumbrado.

—Me pregunto si tu amigo, el profesor Challis, estará allí, en la casa de Yerkes —dijo.

—Eso es algo que podremos saber muy pronto, Oliver.

—¿Hoy?

Trisha se estremeció.

—Mañana, de día. Por la noche no iría allí ni por todo el oro del mundo. Si me consideras miedosa, no me ofenderé, te lo aseguro.

El joven sonrió, a la vez que apretaba suavemente la mano de su acompañante.

—Somos dos en el mismo caso —declaró.

Durante largo rato, ya en la cama, Sword estuvo pensando en la serie de enigmas que aún no tenían una explicación razonable. Luego, poco a poco, se sintió invadido por el sueño y deseó dormirse plácidamente, lo que sucedió a los pocos minutos.

Mucho tiempo después le despertó el ruido de un coche que se detenía frente al edificio de la recepción. Eran dos personas, hombre y mujer, y él parecía bastante achispado, a juzgar por su forma de hablar y no precisamente en tono bajo.

Ella quería hacerle guardar silencio, lo que consiguió no sin esfuerzo. Sword maldijo entre dientes al sujeto y le deseó perversamente un buen dolor de cabeza para cuando se despertara.

—Así aprenderás a no empinar el codo —masculló, mientras daba media vuelta en la cama.

Pero de pronto supo que le costaría conciliar el sueño nuevamente. Se había puesto un poco nervioso y ello le iba a proporcionar un insomnio nada agradable.

Primero encendió un cigarrillo, pero lo apagó a los pocos momentos. Luego fue al baño, bebió un poco de agua y se dispuso a regresar al dormitorio.

Apagó la luz del baño y, al salir, tropezó con la puerta, haciéndose daño en una rodilla. Maldiciendo entre dientes, buscó el interruptor de la luz para ver mejor, ya que se encontraba en un lugar cuya disposición interior no le resultaba familiar. Cuando las tinieblas se disiparon, avanzó un par de pasos, pero entonces notó que las cortinas de la ventana se agitaban a causa del viento.

Frunció el ceño. Estaba seguro de haber cerrado la ventana al acostarse y ahora la veía abierta, con el bastidor levantado.

—Quizá no la cerré… —se dijo, dubitativo.

Pero de repente se había sentido muy aprensivo. Tenía la seguridad de haber cerrado la ventana. Las voces del borracho habrían sonado mucho más fuertes, recordó de pronto.

Sus aprensiones aumentaban por segundos. De pronto miró hacia la cama.

Las ropas estaban en posición normal. Al levantarse él las había echado a un lado, sin cubrir la cama nuevamente. En aquel instante, adquirió la seguridad de que alguien había estado en la habitación, durante los pocos minutos que había permanecido en el baño. ¿Qué había ahora dentro de la cama?

Algo corrió por su espalda y tardó algunos segundos en darse cuenta de que era un hilillo de sudor. Sí, sudaba copiosamente, pero sentía un frío inexplicable.

Si había algo en la cama, tendría que buscar un arma para defenderse. Casi lamentó no haber aceptado la propuesta de Masters para llevarse su escopeta.

De todos modos, no podía permanecer inactivo. Algo tenía que hacer para averiguar qué se escondía en el lecho. Recordó la tarántula que había salido de las ropas de Wood y sintió miedo.

Pero tenía que esforzarse y respiró profundamente, pensando en la mejor solución para aquel problema que se le había presentado de forma tan inesperada. De pronto creyó haber encontrado la solución.

La cama tenía colcha, una manta y la sábana superior. Con gran cuidado, apartó las dos primeras prendas, dejando sólo la sábana.

Algo se agitó frenéticamente debajo del lienzo. Una cosa puntiaguda, muy pequeña, atravesó la tela y dejó una diminuta mancha circular de color oscuro.

Sword supo entonces que tenía un escorpión en la cama. El animal, furioso, había atacado con la uña de su aguijón, aunque su acción había resultado infructuosa.

Por un instante pensó en lo que podría haberle sucedido si se hubiese metido en la cama sin más. Ahora estría retorciéndose de dolor, padeciendo un tormento insufrible…

De pronto fijó la vista en la mesilla. Había una Biblia, como en todos los hoteles.

—Puede servir —murmuró.

Agarró el libro y se acercó a la cama. Luego, de pronto, tiró la sábana a un lado.

El escorpión agitó sus pequeñas tenazas. Utilizando el libro como unas pinzas, Sword cogió al animal y lo sujetó con fuerza.

Luego corrió al inodoro, abrió el libro e inmediatamente soltó la válvula del agua de la cisterna.

Tuvo que apoyarse con una mano en la pared, mientras respiraba afanosamente. Era terrible pensar en el miedo que podía causar un animal que no medía más de diez centímetros de largo. Pero aquella diminuta fiera podía matar a una persona, se dijo.

Para refrescarse un poco se lavó la cara con agua fría. Al terminar, se secó y ya se disponía a regresar una vez más al dormitorio, cuando, de pronto, vio algo que le dejó petrificado de horror.

Inexplicablemente, el escorpión no había sido arrastrado al desagüe. Sus pinzas delanteras asomaban por el borde, agitándose furiosamente. Un momento después consiguió escapar y saltó al suelo.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, como aturdido por una situación que le resultaba completamente nueva. Luego se movió torpemente, sin sentido de la orientación.

Sword supo reaccionar, sin embargo. Cuando lo cogió por segunda vez, con ayuda de la Biblia, se dio cuenta de que le estaba perdiendo el miedo. Ahora ya conocía la forma de eliminar a aquel peligroso artrópodo.

—Esta vez no escaparás —dijo entre dientes. • El escorpión fue a parar a la bañera. Intentó escapar, pero resbalaba una y otra vez por las lisas paredes del recipiente. Sword abrió el grifo del agua caliente y descolgó la ducha de teléfono.

El agua salía a setenta grados, calculó. Aquel chorro de líquido casi hirviente, acabó con el escorpión en pocos momentos.

—Pero ya no podré dormir —murmuró tristemente.

Capítulo XVII

—DIRÍA que has tenido pesadillas —sonrió Trisha, mientras desayunaban en el bar del motel—. ¿Has soñado algo desagradable?

Sword se entretuvo unos instantes en perseguir medio huevo frito con el tenedor y una tostada.

—La pesadilla fue real —dijo al cabo.

—Oliver, no hay sueños reales. Sólo son… sueños…

—Excepto cuando uno ve las cosas despierto.

—¿Por ejemplo?

—Un escorpión en la cama.

Trisha se quedó atónita.

—Bromeas —dijo.

—Hablo en serio. Alguien me metió anoche un escorpión en la cama, encanto.

Ella tenía la boca abierta.

—No, no me lo puedo creer —manifestó—. ¿Cómo no te picó, Oliver?

—Tengo que dar las gracias a un tipo que llegó anoche con unas cuantas copas de más. Me despertó, le maldije un rato y luego me levanté para ir al baño. Cuando volví, ya estaba el escorpión en mi cama.

—Entonces lo pusieron durante tu ausencia. ¿Cómo supiste que estaba allí?

—Vi la ventana abierta…

Sword explicó detalladamente todo lo ocurrido.

Cuando terminó, la muchacha se sentía muy impresionada.

—Dios mío. Ahora podrías estar muerto…

—Por lo menos en un hospital y bajo tratamiento, nada

agradable, por supuesto. Tengo entendido que la picadura del escorpión rara vez es mortal para las personas, aunque, desde luego no se pasa nada bien hasta que el veneno queda eliminado del organismo. Y ya que hablamos de veneno, eso me recuerda que tengo que hacer una llamada telefónica al doctor Wilkes.

—¿Quién es el doctor Wilkes, Oliver?

—Mi amigo el biólogo, el hombre al cual encomendé analizar las uñas del murciélago gigante. —Sword meneó la cabeza—. Parece que en los últimos tiempos me estoy convirtiendo en un polo de atracción para determinados bichos nada amistosos —añadió.

Trisha se sentía muy preocupada.

—Me pregunto quién pudo hacer una cosa semejante —manifestó.

—Yo tengo varios nombres en la mente —dijo él.

—¡Pero si no saben que estamos aquí, Oliver!

—Creemos que no lo saben, pero lo que me ocurrió anoche demuestra todo lo contrario.

—Se han enterado muy rápido —alegó la muchacha.

—Estuvimos parados unos minutos delante de la casa. Ellos nos vieron desde alguna ventana.

—¿Ellos? ¿Quiénes, por favor?

—Yerkes, por ejemplo.

—No nos conoce, Oliver.

—Entonces, Greta Ritten.

—Tampoco nos conoce.

—La falsa hija de la señora Rivers, la falsa prima de tu amigo el profesor Challis, Sheila Rubbin, en una palabra.

—Está muerta.

—No podemos asegurarlo, Trisha. Pero aún queda otro nombre.

—Dímelo, te lo ruego.

—Septimus Challis.

Trisha calló unos momentos.

—No murió —dijo al cabo.

—¿Y no te alegras de que esté vivo?

—Debería contestar afirmativamente, pero no me atrevo.

—Piensas, sin duda, que tiene alguna relación con lo ocurrido —adivinó el joven.

—Sí, Oliver. —Trisha dudó un segundo para añadir—: Desearía

no sospechar de Septie, pero no puedo evitarlo.

Sword agarró la cafetera y llenó la taza de la muchacha.

—Creo que muy pronto saldremos de duda —dijo.

—¿Iremos a la casa del estanque?

—¿Vas a echarte ahora atrás?

—No, en absoluto. Quiero salir de dudas de un vez, Oliver.

—Muy bien, eso es lo que vamos a hacer hoy mismo. Pero antes hablaré con el doctor Wilkes.

Momentos después Sword entraba en una cabina telefónica. Trisha esperó fuera, nerviosa e impaciente durante casi cieno minutos. Al fin, Sword salió de la cabina y la miró fijamente.

—Había veneno en las uñas del vampiro, un veneno mortal —dijo.

Ella se estremeció.

—Tu amigo lo ha averiguado —murmuró.

—Sin lugar a dudas. Era curare. Un solo arañazo me habría causado la muerte en menos de dos minutos.

Trisha cerró los ojos un momento. Temblando de indignación, exclamó:

—Oliver, ¿por qué lo hacen?

La mano del joven se aferró fuertemente en torno a su brazo.

—Si te parece, es hora de que empecemos a hacer lo necesario para encontrar la respuesta adecuada a esa pregunta —dijo.

Momentos después subían al coche y arrancaban en dirección a Black Basin. Un cuarto de hora más tarde Sword detuvo el automóvil en las inmediaciones del puente.

La casa era apenas visible entre la espesa vegetación del otro lado. Durante unos segundos, Sword estuvo muy ocupado maniobrando para dejar el automóvil en buena posición, con la zaga vuelta hacia la casa del otro lado.

—Si tenemos que salir corriendo, no podemos perder tiempo —explicó, al cortar el encendido.

Luego se apeó y ella lo hizo por su lado. Entonces, al volverse, Trisha lanzó un grito de terror y se agarró con ambas manos al brazo del joven.

—¡Oliver! —chilló.

Sword tendió la vista hacia el puentecillo y sintió un escalofrío

al ver las dos fieras que les cortaban el paso hacia el objetivo.

Eran dos enormes perros negros, de orejas enhiestas, de la raza «Dóberman» cuyos colmillos lucían amenazadoramente contra el fondo rojo de las fauces. Plantados a la entrada del puente, parecían sendos centinelas dispuestos a impedir el paso a cualquiera que intentase continuar su camino por aquel punto.

Sword, reponiéndose de la sorpresa, extendió una mano.

—Trisha, al coche. Muy despacio; no los pierdas de vista un segundo —dijo a media voz—. No haga gestos raros; podrías provocarlos y se lanzarían al ataque.

—Dios mío… Esas fieras pueden destrozar a una persona… Oliver, si no podemos pasar por ahí, ¿cómo llegaremos a la casa?

—Por alguna parte se ganará el otro camino. Iremos en coche y les obligaremos a que nos abran, sea como sea. Vamos, retrocede.

Trisha empezó a caminar hacia atrás, sin perder de vista a los canes. De pronto el tacón de uno de sus zapatos se enganchó con una raíz saliente y cayó hacia atrás.

Un grito se escapó instintivamente de sus labios. La voz de la muchacha pareció enfurecer a los perros.

Inmediatamente se lanzaron al ataque, aullando de modo desaforado. Sword, desesperadamente, se inclinó sobre la muchacha, para ayudarla a levantarse y alcanzar el refugio del coche. En el mismo instante ocurrió algo insospechado.

Uno de los perros marchaba adelantado respecto de su pareja, dando unos enormes saltos en su veloz carrera. Llegó al centro del puente y entonces su peso hizo crujir las tablas podridas, que se quebraron con gran estrépito.

El animal cayó al agua, con un aullido de pánico. El otro, amedrentado evidentemente, se detuvo en seco, sin dejar de gruñir en forma amenazadora.

El perro que había caído al agua nadaba frenéticamente en busca de la salvación de la tierra firme. Sword apreció satisfecho que el animal se iba hacia el otro lado.

De pronto, el perro que estaba en el puente volvió grupas y se alejó corriendo hacia la casa. Su compañero salió del agua, se

sacudió con fuerza y luego escapó de aquel lugar, desapareciendo de la vista de ambos jóvenes en pocos momentos.

Trisha se reincorporó y escondió el rostro en el pecho de Sword.

—Oliver, he pasado un miedo horrible… Esos perros estuvieron a punto de atacarnos por mi culpa… No debía haber gritado, pero no pude contenerme…

Sword procuró tranquilizarla, dándole unas palmaditas en la espalda.

—La culpa no fue tuya. Una persona grita siempre en semejantes circunstancias. Eso le habría pasado a cualquiera, incluso a mí, de modo que no tienes por qué hacerte reproches.

—El perro ha caído al agua. Eso nos ha librado de un disgusto…

—Esos animales pesan sesenta kilos, por lo menos, y además venían saltando, lo que ha aumentado la presión sobre un suelo en malas condiciones.

—Pero luego se han marchado, como si alguien les hubiese llamado.

—Tal vez usaron un silbato para perros. Emiten ultrasonidos y las personas no podemos oírlos. —Sword torció el gesto—. Lo peor de todo es que ya no podemos cruzar el puente, Trisha —agregó.

—Hay otro medio —dijo ella vivamente.

—¿Sí?

—Abundan los pescadores. Encontraremos un bote, si caminamos por la ribera, te lo aseguro.

Sword sonrió.

—Es una buena solución —convino—. Vamos a empezar esa búsqueda ahora mismo, encanto.

Asió de nuevo el brazo de la chica y la empujó adelante. Tal como Trisha había anunciado, a poco más de trescientos metros del puente encontraron un bote amarrado a un pilote hincado en la orilla.

Sword suspendió la boga, dejó que la barquilla se moviese por sí sola y, volviéndose en la proa, saltó a tierra firme en el momento apropiado, llevando en una mano el cabo de amarre. Tendió la otra hacia Trisha y la hizo saltar fuera, tirando de ella con firmeza.

El bote quedó sujeto a las ramas bajas de un arbusto Sword miró a todos los lados, buscando un camino que les permitiese salir de aquel lugar sin demasiadas incomodidades.

—La casa está hacia allí —señaló ella con un brazo.

—Muy bien, en marcha.

Durante unos minutos caminaron a través de una zona abundante en vegetación. Casi de repente se encontraron al borde de un camino de tierra, cuya dirección resultaba fácil de adivinar.

—Ha resultado mejor de lo que esperábamos —dijo él, sonriendo.

Continuaron la marcha. El camino describía una curva un poco más allá y, al salir de ella, encontraron cerrado el paso por una fina cadena, sostenida por dos viguetas de hierro sujetas al suelo a ambos lados.

En el centro, sujeto a un poste sostenido por una base de cruceta, había un cartel:

PROPIEDAD PRIVADA PROHIBIDO EL PASO

—Podíamos esperar algo parecido, ¿no te parece, Oliver?

—Sí, claro; resulta lógico que no quieran visitas imprevistas.

—Pero podemos pasar por el borde del camino —dijo ella, a la vez que reanudaba la marcha.

Súbitamente, Trisha sintió una mano que se crispaba en torno a su brazo.

—Quieta —dijo él a media voz.

Ella se paró instantáneamente.

—Oliver… —dijo, temerosa.

El índice del joven señaló un hilo brillante que partía de uno de los postes que sujetaban la cadena y que se perdía en el bosque cercano.

—Mira lo que hay en el suelo —indicó él.

Trisha vio un pájaro muerto y se sintió aterrada.

—¿Qué le ha pasado?

—Electricidad.

—¡Pero los pájaros se posan en los cables de alta tensión y no les ocurre nada! —exclamó la muchacha.

—Porque no tocan otro cuerpo. Pero ese que vemos muerto, sin

duda al extender las alas, rozó alguna ramita y entonces se produjo la descarga eléctrica.

—Entonces no pasaremos…

—Claro que pasaremos, mujer.

Sword se tendió en el suelo y se arrastró de espaldas, para pasar por debajo de la comba de la cadena, situada a unos sesenta centímetros del suelo polvoriento.

—Nos vamos a poner perdidos, pero pasaremos sin problemas y, lo que es mejor, sin avisarles de nuestra llegada —dijo jovialmente.

Capítulo XVIII

UNA vez al otro lado, Sword se puso en pie y ayudó a levantarse a la muchacha. Luego se sacudieron el polvo que se les había adherido a las ropas. Trisha miró con aprensión hacia la barrera. Desde la nueva posición, no se advertían los hilos metálicos situados a ambos lados del camino.

—Diría que eso es una trampa para incautos —manifestó.

—Puedes asegurarlo —respondió él—. La cadena no es obstáculo para que una persona pase al otro lado. Pero lo normal es que el intruso no quiera molestarse en reptar por el suelo y entonces trate de pasar por el exterior de uno de los postes. Cuando se da cuenta de que hay algo más, ya es tarde.

—Una mente muy retorcida, ¿no te parece?

—Yo diría más bien que Yerkes no ha tenido una idea buena en los días de su vida. Una mente perversa, retorcida, inhumana… tan inhumana como los vampiros que cría en su laboratorio infernal.

—Me gustaría saber con qué objeto, Oliver —dijo Trisha.

—El respondería que en interés de la ciencia y que ésta exige sacrificios de seres vivos, aunque sean personas. En cierto modo, es un vampiro como los que cría; un vampiro de la mente, si quieres, pero un vampiro.

Trisha se estremeció.

—Un ser diabólico —calificó—. Si el demonio hubiera querido volver a la Tierra habría elegido el cuerpo de Yerkes.

—Y el alma, no lo olvides. Pero será mejor que nos dejemos ya de discusiones que no conducen a ninguna parte. ¿Seguimos?

Trisha inspiró con fuerza y luego asintió.

—Sí, vamos —dijo—. Estamos aquí y ya no podemos retroceder, pase lo que pase.

Su mano se aferró al brazo del joven en el momento de reanudar su marcha. Cien metros más adelante rebasaron una segunda curva y entonces se encontraron frente a la casa, a menos de cincuenta pasos de distancia.

Sword se detuvo un momento, irresoluto. Trisha le miró inquisitivamente, pero el joven no dijo nada. Ella le observó con gran atención, dándose cuenta de que parecía muy preocupado.

—¿Sucede algo, Oliver? —preguntó.

Sword continuaba callado. Trisha se dio cuenta de que estaba mirando la casa con gran atención, incluso ladeando la cabeza en un sentido u otro. Discreta, guardó silencio, esperando que él manifestase lo que le preocupaba.

Al cabo de unos momentos, Sword volvió a menear la cabeza y dijo:

—Hay algo raro en esa casa, pero no acabo de ver qué es.

—A mí me parece normal. Dentro de lo que podemos llamar normalidad en este asunto, por supuesto.

—No sé, no acabo de verlo claro. Pero no me parece que tenga importancia. Vamos a llamar a la puerta y ya veremos quién nos abre.

Lentamente, con grandes aprensiones, se acercaron a la casa. Cuando estaban a cinco o seis pasos, la puerta se abrió y un individuo apareció en el umbral.

Era un hombre joven, de unos treinta y cinco años, bastante alto y que usaba unos lentes de gruesos cristales. Llevaba un fino bigote negro, que le confería un aspecto vagamente maligno, y sonreía de un modo muy extraño.

Durante unos momentos hubo un tenso silencio en el lugar. Al fin, Sword dio un paso hacia adelante.

—Jursy Yerkes, supongo —dijo cortésmente.

El hombre no contestó. Sword se dio cuenta de que tenía la vista fija en la muchacha.

—No, Oliver —rectificó Trisha—. No es Yerkes. Es Septimus Challis.

El joven respingó. Aunque, en cierto modo, estaba preparado para

encontrar a Challis, no se sentía aún muy convencido de que hubiera sobrevivido al ataque de los esbirros de Wood. Pero ahora Trisha, que lo conocía bien, acababa de identificarle y no era posible dudar de su personalidad.

—En efecto —habló el hombre por primera vez—; soy Septimus Challis.

—Septie, todos te creíamos muerto… —dijo ella con gran vehemencia.

Challis levantó una mano.

—Las explicaciones, después, por favor —cortó amablemente—. ¿Tienen la bondad de pasar?

—Usted no me conoce, profesor —dijo el joven.

—Oliver Sword, claro.

—En efecto…

—Es suficiente, por ahora. Pasa, Trisha, y usted también, naturalmente, señor Sword.

Los dos jóvenes se sentían reticentes. Challis había iniciado ya el movimiento para entrar en la casa y se volvió hacia ellos.

—Se sienten aprensivos, ¿verdad? —sonrió.

—Profesor, comprenderá usted que después de todo lo que hemos pasado no venimos aquí con el espíritu de acudir a una fiesta campestre —dijo el joven.

—Había una trampa en la barrera del camino —acusó Trisha.

—Lo siento. Fue necesario que tomase mis precauciones. Hay curiosos que quieren saber lo que pasa en mi casa y eso es algo que no me gusta.

—Si muriese una persona podrían incriminarle —dijo Sword.

—¿Por defender mi propiedad? —Challis se echó a reír—. Ningún juez me condenaría, téngalo por seguro. Pero entren, por favor. ¿O se han acobardado repentinamente, después de haber llegado hasta aquí?

—A usted no le gusta demasiado, según parece —dijo Sword, mientras cruzaba el umbral.

—No me siento especialmente feliz, pero ya que están aquí, considero mi deber hacer los honores de la casa. Entre paréntesis, señor Sword, el escorpión que le envié anoche era de una especie inofensiva.

—Ah, admite que fue usted…

Challis se echó a reír. Habían atravesado un sencillo vestíbulo y ahora estaban en un salón, amueblado sin excesivos lujos. Estaban junto a un aparador con servicio de licores y tenía en la mano un frasco de cristal tallado.

—No puedo negarlo —contestó—. La llegada de aquel borracho facilitó las cosas, aunque es evidente que tampoco se habría enterado de que abría su ventana.

—Entonces sabías que estábamos en Shithmore —dijo Trisha, a la vez que tomaba la copa que le ofrecía Challis.

—Alguien les vio a los dos cuando atravesaron el puente por la tarde. Entonces decidí gastarle la broma, señor Sword.

—Me hizo sudar —confesó el joven.

Challis le entregó una copa, pero Sword rechazó con un gesto de cabeza.

—¿No le apetece un poco de jerez, señor Sword?

—En estos momentos no siento el menor deseo de beber —contestó el joven.

—Es usted muy suspicaz, amigo mío. Le aseguro que el vino no contiene ninguna droga…

Trisha acababa de llevarse la copa a los labios y, al oír aquellas palabras, la retiró vivamente, dejándola sobre una mesa.

—Yo tampoco quiero beber —declaró.

Challis sonrió enigmáticamente.

—Tu amigo tiene una fantasía desbordante —respondió.

—No tengo pruebas, pero estoy seguro de que he dicho la verdad. Y por lo mismo eliminó a Dennis Wood, no porque hubiera hecho un pacto con él en ese sentido, sino porque sabía que eran dos los hombres que había contratado para asesinarle y no uno, como pensábamos todos. Profesor, apostaría algo bueno a que Wood trató de conseguir más dinero para que usted comprase su silencio.

—Posee usted unas magníficas dotes de deducción —sonrió Challis—. Pero, como dice el refrán, eso es agua pasada y no merece la pena seguir discutiendo el tema. Están aquí para saber más cosas y no para interesarse por la muerte de unos miserables, ¿no es cierto?

Trisha se sentó en una butaca y cruzó las piernas.

—Adelante, Septie —dijo—. Empieza a hablar; te aseguro que

estamos muy interesados por conocer los motivos de tus acciones.

—Interés de la ciencia, por supuesto —respondió Challis.

Trisha se volvió hacia el joven.

—Lo adivinaste, Oliver —sonrió.

—¿Qué otra respuesta podría darnos? —dijo Sword desdeñosamente.

—Ah, entonces creen que lo hice por capricho…

—No; lo hizo porque no está bien de la cabeza, porque es un loco peligroso, porque se ha entregado a experimentos fantásticos, con la esperanza tal vez de descubrir una droga milagrosa que cure sabe Dios que enfermedades, pero lo ha hecho, además, sin reparar en medios, sin preocuparse en absoluto de las vidas ajenas, eliminando fríamente a quien le estorbaba, sin el menor remordimiento y dispuesto a seguir así hasta el fin —exclamó el joven con gran calor en la voz.

Challis meneó la cabeza pesarosamente.

—Su opinión y la mía difieren por completo, pero no le haré ningún reproche —contestó—. Algo de lo que ha dicho, sin embargo, es cierto, pero no me crea un ser insensible, ajeno a las dolencias humanas. De lo contrario, ¿para qué tomarme tanto trabajo en mis investigaciones científicas?

—Si Mattie Pequand pudiera hablar, diría algo muy distinto, profesor.

—Y no nos olvidemos tampoco de Vera van Driim —añadió la muchacha.

—Ah, la dulce y delicada Vera… —exclamó Challis con fingido dolor—. Lástima que su organismo fuese tan débil…

Sword se sentía verdaderamente indignado ante el cinismo de que hacía gala aquel sujeto y tuvo que contenerse para no levantarse y emprenderla a puñetazos con él. Para calmar su furia, sacó un cigarrillo y lo encendió, aspirando el humo con nerviosas bocanadas.

—Pero a Vera van Driim no la mató él, Oliver —arguyó Trisha —. Lo hizo Yerkes, recuerda.

—Siento desilusionarte, Trisha —dijo el joven—. Yerkes es sólo un personaje de ficción. En realidad, Jursy Yerkes y el, profesor Challis son una misma persona.

Trisha se sintió estupefacta al oír aquellas palabras. Durante unos momentos no supo qué decir.

Challis continuaba sonriendo enigmáticamente. Sword le miraba sin pestañear, tratando de adivinar qué había detrás de aquellos ojos, que parecían despedir rayos de fuego a través de los gruesos cristales de sus lentes.

Al fin Trisha habló:

—Oliver, ¿cómo lo has sabido…?

—Yerkes no llevaba lentes ni usaba bigote. Lo vi durante unos segundos, pero es una imagen que no se borrará jamás de mi memoria. Sin embargo, no es eso lo que me ha hecho adivinar la verdad.

—¿Puedo saber qué detalle le ha hecho saber mi doble personalidad? —preguntó Challis cortésmente.

—Trisha sabía que Yerkes estaba vivo, aunque jamás se imaginó que usted y él fuesen la misma persona —respondió el joven—. Pero ahora usted se presentó como el profesor Challis porque sabía que Trisha no admitiría nunca la identidad de Yerkes, ya que le conocía perfectamente. Usted, además, dejó el cuerpo de otro hombre en su lugar, para que todos creyéramos en su muerte.

—Sí, es cierto.

—Y aquí volvía a ser, no Challis, sino Yerkes, pero como jamás ha puesto los pies en Shithmore nadie le reconocería, puesto que su aspecto actual ha cambiado notablemente. Quizá usa un tercer nombre, cosa que no importa ahora. Challis, oficialmente, está muerto, y así dejará la policía de molestarle. Si alguien viniese a investigar diría que es Yerkes y que pudo escapar del incendio por puro milagro. Temió a los aldeanos y por eso se marchó de la comarca. ¿Me equivoco mucho, profesor?

Challis lanzó una ligera carcajada.

—Antes elogié sus portentosas facultades deductivas y ahora debo confirmarlo —respondió—. Ha acertado en todo, amigo Oliver, salvo en una cosa.

—¿Sí? ¿De veras? Por favor, dígame de qué se trata…

Súbitamente, Trisha alzó una mano.

—¡Un momento! —exclamó—. Hay ciertos detalles que no

tienen importancia ahora. En cambio, es mucho más importante saber qué se proponía Challis con sus investigaciones. Decir que lo hacía en interés de la ciencia es muy ambiguo y no aclara nada. Vamos, Septie, explícate de una vez.

Hubo un momento de silencio. Sword contempló fijamente a Challis, tratando de adivinar sus reacciones, el rostro del sujeto, sin embargo, aparecía impenetrable, no obstante la sonrisa que apenas se borraba un momento de sus labios.

Al fin, Challis dijo:

—Sería largo de explicar y, además, muy difícil de entender por profanos…

—Dilo con cuatro frases sencillas y sin complicaciones —pidió la muchacha—. Si yo tengo un catarro y llamo al médico para que me cure, no le pido una conferencia sobre temas de sanidad, sino una ligera explicación de mi dolencia, y le entiendo perfectamente. Tú puedes hacer lo mismo, Septie. Al menos, eso es lo que creo.

—Eres muy avispada, Trisha —respondió el sujeto—. Bien, podríamos decir que hay ciertas células de animales inferiores que contienen elementos indispensables para la protección de la epidermis humana, lo cual, una vez hallados dichos elementos y aplicados en la proporción adecuada, podría proporcionar al ser humano una protección casi absoluta contra toda clase de enfermedades.

—Algunas se propagan por el ambiente y basta respirar para contagiarse. O bien en la comida —dijo Sword.

—La protección sería total, tanto de las células del aparato respiratorio como las del digestivo —contestó Challis orgullosamente.

—Pero algo falla y, en cinco años o más, no has conseguido descubrir el error —acusó Trisha.

Challis hizo una mueca de pesadumbre.

—Estoy a punto de descubrir el error, pero siempre se produce un fallo en el momento menos oportuno…

—Y una hermosa mujer se convierte en un monstruo horripilante, con el cerebro alterado hasta tal punto que cree ser un murciélago gigante y ataca a las personas —dijo Sword ceñudamente—. Consecuencia de sus experimentos, supongo, profesor.

Challis apretó los labios.

—He dicho antes que estoy a punto de descubrir el error, y lo afirmo rotundamente. Pero necesitaba un par de sujetos para mis experimentaciones y, por fortuna, han llegado ustedes.

Trisha se puso en pie de un salto.

—Septie, ¿qué piensas hacer con nosotros? —exclamó.

—Lo sabrás en su momento —respondió Challis fríamente.

—No podrá retenernos aquí… —empezó a decir Sword, pero no tuvo tiempo de seguir hablando, porque Challis le interrumpió con una risa burlona.

—¿Cree que podrá escapar? —preguntó, desdeñoso.

Antes de que el joven pudiera contestar se abrió la puerta y una mujer apareció en el umbral.

Con la mano derecha sostenía las traíllas de los dos enormes «Dóberman», de cuyas gargantas brotaban continuamente feroces gruñidos. A Sword le sorprendió menos la aparición de los canes que la presencia en aquella casa de Sheila Rubbin, la falsa hija de Sue Rivers.

Capítulo XIX

TRISHA vio los perros y se apretó temerosamente contra el cuerpo del joven. Sword procuró mantener la serenidad.

—Llegamos a creerla muerta, señora Rubbin —dijo, tras una pausa de silencio.

—Sufrí un colapso momentáneo —respondió la mujer—. Por fortuna, me repuse muy pronto.

—Y escapó, sabiendo que estábamos en la casa y que no tenía a Eva para su protección.

Sheila sonrió.

—Ahora tengo algo mejor y no hay un estanque con pirañas —dijo, moviendo suavemente las correas con las que sostenía sujetos a los perros.

Trisha se volvió hacia Challis.

—Septie, éramos buenos amigos…

El hombre meneó la cabeza.

—Lo siento —respondió fríamente.

—Tienes que seguir adelante, cueste lo que cueste, ¿eh? No te importan las vidas humanas, ni los sufrimientos ajenos…

—¡Basta, Trisha! —cortó Challis, colérico por primera vez—. Esto es algo que no quiero seguir discutiendo. Has venido aquí con tu amigo, y no saldrás hasta el momento en que yo lo desee.

—Quizá salgamos para ser enterrados en algún rincón del bosque —apuntó Sword serenamente.

—Tal vez —convino Challis—. Ahora, por favor, les guiaré a su habitación. Siento mucho no poder ofrecerles alojamiento individual, pero ustedes sabrán disculpar las pequeñas incomodidades que van a padecer durante su estancia en mi casa. En ese aspecto, les aseguro, no padecerán innecesariamente.

Challis echó a andar hacia la puerta.

—Síganme los dos —ordenó—. Y no hagan nada sospechoso, porque soltaríamos a los perros y les harían pedazos en unos instantes.

Sword contempló los canes un instante y sintió frío al ver aquellos terribles colmillos.

—Será mejor que nos resignemos, Trisha…, por ahora —murmuró.

Momentos más tarde se hallaban en una habitación del primer piso. La puerta se cerró y los dos jóvenes quedaron a solas.

Había una sola cama en la estancia y Trisha, completamente desanimada, se sentó en el borde, con las manos en el regazo, perdida la mirada en el infinito. Sword, más animoso, empezó a estudiar la situación interior del lugar en que se hallaban encerrados.

La habitación disponía de una sola ventana en la cual, apreció, había una sólida reja, que impedía pensar en la fuga por aquella vía. Vio otra puerta, la abrió y supo que disponían de un cuarto de baño, cuya ventana estaba asimismo protegida por otra reja de sólidos barrotes.

La puerta de entrada era muy resistente y no tenía cerradura por el interior. Sword apreció que Challis se había preparado para cualquier eventualidad. Escapar, sin herramientas apropiadas, sería imposible.

Había también una mesa y un par de sillas. Era todo el mobiliario de la estancia.

Agachándose, miró bajo la cama. Era de armazón de hierro y pensó si podría arrancar alguno de los elementos para utilizarlo adecuadamente.

Apesadumbrado, meneó la cabeza.

—Para los trabajos mecánicos soy una nulidad —confesó—. De todos modos… Levántate, Trisha, por favor.

Ella obedeció mecánicamente. Sword tiró a un lado las ropas de la cama y el colchón y, agarrando una de las patas, empezó a moverla a un lado y a otro.

—¿Qué piensas conseguir con eso, Oliver? —preguntó la

muchacha.

—La puerta es de madera. Rascaré en torno a la cerradura, hasta abrir un agujero, que nos permita quitarla y salir fuera de aquí, Pero no iremos a la madrugada, cuando duerman en esta casa…

—Los perros andarán sueltos —advirtió ella.

—Tendremos que correr ese riesgo. Además, una vez fuera de este calabozo encontraremos algo mejor para defendernos. Pero —Sword se giró para mirar a la muchacha— lo que no podemos hacer es permitir que nos maten como corderos. O que experimenten con nosotros como si fuésemos conejillos de Indias.

Trisha pareció animarse al oír aquellas palabras.

—Tienes razón; no podemos permanecer inactivos —exclamó—. De todos modos aún falta mucho para la noche, Oliver.

—Cuando llegue el momento debemos estar ya preparados.

Sword continuó su tarea, aunque muy pronto se dio cuenta de que iba a ser más costosa de lo que parecía. Pero era mucho peor permanecer mano sobre mano y continuó tenazmente durante un buen rato, hasta que de pronto se oyó un ruidito en el exterior.

Rápidamente arregló la cama y se sentó en una silla. La puerta se abrió en aquel instante.

Challis apareció con una bandeja en las manos. Detrás, Sheila Rubbin mantenía los perros atraillados.

—No quiero que desfallezcan de hambre —dijo Challis con aparente benevolencia.

—¿Es la última cena de dos condenados a muerte? —preguntó Trisha sarcásticamente.

—Por favor, querida, no lo tomes por lo trágico. No quiero que mueras, sino simplemente espero tu colaboración. Un día, sin embargo, podrás marcharte libre…

—¿En la misma situación que Mattie Pequand?

Los labios de Challis se contrajeron, pero ya no dijo más. Dejó la bandeja encima de la mesa y los dos prisioneros quedaron nuevamente a solas.

—Oliver, ¿cómo es posible que Challis me engañase a mí durante tanto tiempo? —preguntó la muchacha después de un buen rato.

Sword no contestó por el momento. Ella observó que parecía

preocupada por algo que no se sentía capaz de adivinar.

El joven estaba en pie, al fondo de la habitación, con la espalda pegada a la puerta de entrada y la vista fija en las alturas. Trisha se percató de que estaba contemplando la lámpara que pendía del techo.

Era una simple bombilla, con una pequeña pantalla cónica, pendiente del hilo conductor, cuya longitud era ligeramente superior al metro y medio. Terriblemente intrigada, Trisha se levantó y fue a situarse junto a él.

—Oliver, ¿qué miras con tanta insistencia? ¿Hay algo extraño? —inquirió.

Antes de contestar, el joven fue al baño y volvió con un vaso casi lleno de agua, que puso encima de la mesa. Luego se acuclilló para contemplar el vaso al nivel del líquido contenido por el mismo.

Al cabo de unos momentos hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, ahora lo veo claramente —dijo—. Es lo que me extrañaba cuando llegamos frente a la casa, sólo que entonces no supe verlo.

—Bueno, pero ¿qué pasa? Por lo que más quieras, Oliver, no me tengas sobre ascuas…

El joven sonrió. Agarró el brazo de Trisha y la llevó nuevamente hacia la puerta.

—Mira la lámpara. ¿No ves nada?

Trisha aguzó la mirada.

—Parece como si…

—No lo parece, está —afirmó él—. La casa está inclinada hacia un lado, según su eje longitudinal. Yo diría que el desnivel es de dos grados, por lo menos. En el vaso puedes apreciar también la inclinación, porque el agua en reposo tiene siempre la superficie horizontal. ¿Te das cuenta ahora?

—Sí, pero eso, ¿qué significado tiene, Oliver?

—Verás. Estudié arquitectura un par de cursos, pero me di cuenta de que no era lo mío y me pasé a las ciencias económicas. Naturalmente, aprendí a dibujar y a trazar planos…

—Creo que entiendo —sonrió Trisha—. Desde entonces, te ha quedado cierta curiosidad por las construcciones, ¿no es así?

—En efecto. No es que sea un experto, pero tengo la seguridad plena de que los cimientos de esta casa están fallando en un punto. Por tanto, la estructura se inclina a un lado.

—Como la torre de Pisa.

—Así es, encanto.

—Pero la torre de Pisa tiene varios siglos de antigüedad y esta casa fue construida hace un año solamente —alegó Trisha.

—Debe de haber infiltraciones en el terreno. El estanque y la zona pantanosa están demasiado cerca —respondió él.

—Entonces la casa acabará hundiéndose algún día…

—Pero entonces ya no estaremos aquí —sonrió el joven.

—Ese miserable, a quien yo creí mi amigo, nos habrá matado antes —se estremeció ella.

—Aún estamos vivos, Trisha.

Sword fue a la cama y reanudó la tarea interrumpida con la llegada del almuerzo. Trisha, profundamente preocupada, murmuró:

—Oliver, ¿por qué habrá hecho Challis todo esto? No, no me digas que en interés de la ciencia, porque es una respuesta que no explica nada. ¿Qué opinas tú sobre el particular?

Sword suspendió un momento su tarea para mirarlo.

—Challis posee una gran fortuna y ello le ha permitido trabajar en algo que le gustaba, sin tener que depender de operaciones económicas ajenas. Como muchos, en su caso, aunque con diferentes objetivos, se cree una especie de Mesías venido al mundo para salvar a la humanidad. Unos lo hacen mediante dictaduras otros con el poder económico, tu amigo con sus investigaciones científicas…; pero todos, sin excepción, quieren que la gente haga lo que a ellos les parece lo correcto, sin pararse a pensar que los demás también tienen voluntad propia. ¿Lo entiendes ahora?

Ella asintió.

—Así, él haría un gran descubrimiento científico y conseguiría una fama mundial, honores, recompensas… Una especie de dios de la medicina o algo por el estilo, cuya autoridad en este campo no sería puesta en entredicho.

—Has definido exactamente lo que se propone tu amigo —respondió Sword—. Y, en cierto modo, sería como un vampiro que se apoderaría de las mentes ajenas…

—Los vampiros auténticos se alimentan de sangre, Oliver.

—Y él se alimentaría de la fama y la adulación. En el fondo, no es sino un ególatra, que desea vivir constantemente halagado y

admirado. Aparta todos los obstáculos, sin reparar en medios y… ¡Ah, ya está!

Trisha oyó un fuerte chasquido a la vez que el joven lanzaba una exclamación de júbilo. Sword se irguió con un trozo de hierro en las manos y le enseño el extremo roto, de bordes irregulares y un tanto puntiagudos.

—Con esto rascaré la madera, hasta conseguir hacer un agujero que nos permita saltar la cerradura —dijo.

Inmediatamente se encaminó hacia la puerta, pero antes de llegar al suelo vibró ligeramente.

—¿Qué es esto? —preguntó Trisha, alarmada.

Sword frunció el ceño, a la vez que miraba hacia la lámpara.

—Si yo fuese el dueño de esta casa, presentaría una demanda contra el constructor que la edificó en un terreno absolutamente inseguro —manifestó.

—¿Es posible que el arquitecto no hiciera antes un estudio preliminar del lugar donde iba a ser edificada la casa?

—En todas partes hay desaprensivos, querida —respondió él críticamente.

Y acto seguido atacó la madera en las inmediaciones del lugar donde calculaba podía hallarse la cerradura. Virutas de madera empezaron a caer muy pronto al suelo.

Transcurridos unos minutos, Sword suspendió la labor.

—Continuaremos a la noche —dijo, volviéndose hacia la muchacha—. Seguramente nos traerán la cena y podrían notar algo. Además, tengo la impresión de que nos darán un narcótico y no quiero que nos sorprendan dormidos.

—¿Crees que nos narcotizarán?

—Es muy posible. Si piensan hacer experimentos con nosotros, saben que no accederemos de buen grado. Dormidos, podrán hacer lo que quieran. Por eso no cenaremos, aunque sí vaciaremos los platos, para engañarlos, ¿entiendes?

—De acuerdo, Oliver.

El suelo volvió a trepidar. Parecía como si en un lugar muy lejano se hubiera producido un terremoto y las ondas sísmicas llegasen hasta la casa, aunque muy debilitadas por la distancia.

—Esto me gusta cada vez menos —dijo el joven, sumamente preocupado.

Miró una vez más hacia la lámpara y le pareció que el ángulo de inclinación del edificio había aumentado ligeramente.

Capítulo XX

CHALLIS trajo la cena, escoltado por Sheila y los perros, pero no hizo el menor comentario acerca del futuro que destinaba a sus prisioneros. Cuando iba a salir, sin embargo, Sword le hizo una pregunta:

—Profesor, ¿por qué se producen ciertas transformaciones físicas en personas a las que usted ha sometido a su muy particular tratamiento?

Challis se sintió sorprendido por la curiosidad del joven.

—Eso es algo que no he conseguido averiguar todavía —respondió—. Uno de los elementos componentes de mi droga contiene determinadas células de quirópteros. Lo que usted ha podido ver, es una especie de erupción cutánea, muy súbita y violenta, pero que no obstante cesa a los pocos momentos, recobrando el paciente su aspecto habitual.

—La transformación alcanza también a las facciones e incluso a la dentadura.

—Repito que yo mismo no he podido explicármelo todavía, aunque tengo esperanzas de hallar pronto una solución satisfactoria.

—¿También para las ansias de matar que invaden la mente de esas personas, cuando son atacadas por la «erupción cutánea», como la llama usted?

—Yo nunca deseé semejantes resultados…

—Pero se producen, Septie —acusó vivamente la muchacha.

Challis se pasó una mano por la frente.

—En los últimos tiempos he trabajado mucho —se disculpó—. Estoy algo fatigado y.. Perdonen pero tengo que marcharme. Les deseo que la cena sea de su agrado.

—Muy amable, profesor —dijo Sword irónicamente.

Sheila se mantenía impasible ante la entrada, sujetando a los perros. Sword miró un instante a los animales y le pareció que estaban inquietos y nerviosos, excitados por algo que no era capaz de comprender. Acaso presentían cosas extrañas, dictadas por el instinto animal, muy superior a los sentimientos de las personas en determinadas circunstancias, supuso.

La puerta se cerró. Sword hizo una seña a la muchacha.

—Ve vaciando los platos en el sumidero. Corta en otros más pequeños los trozos grandes de carne, a fin de evitar atascos. Si quieres, puedes dejar algunos restos, para que no sospechen.

—Entendido, Oliver —asintió ella.

Sword se aplicó a la tarea que, aunque sencilla, iba a ser larga y costosa. Una hora más tarde el extremo aguzado del hierro tocó una superficie metálica.

—Trisha, creo que ya he llegado —dijo alborozadamente.

La chica se le acercó. Oliver forzó el ritmo y, poco después, la cerradura entera quedó al descubierto.

—Bueno, ya falta menos…

Rascó otro poco y, al fin, consiguió practicar un orificio en la gruesa madera. Podía ver la luz del corredor y hasta creyó oír voces en la planta baja de la casa.

—Trisha, tenemos que salir y escondernos en alguna parte.

—Bien, haremos lo que tú digas —contestó ella.

Sword se dispuso a hacer saltar la cerradura. En el mismo instante se oyó un horrible alarido en alguna parte del edificio.

Trisha se quedó paralizada instantáneamente, asustada por aquel grito que no tenía nada de humano. Sword no se sintió menos sorprendido, aunque reaccionó muy pronto.

—No hagas ruido, Trisha —aconsejó.

Ella permaneció inmóvil. Sword aplicó el oído al agujero recién practicado. La voz de Sheila resonó con fuerza:

—Deja, yo iré a hablar con ella. Procuraré calmarla, Septie, no te preocupes.

—Está bien, pero ten cuidado —respondió Challis.

—Deja sueltos los perros, por si acaso…

—Los solté antes. Están fuera, Sheila.

—Entonces busca el silbato ultrasónico; podemos necesitarlos en cualquier momento.

Sword oyó muy pronto los pasos de la mujer que subía al primer piso. Pudo darse cuenta de que se alejaba hacia el otro extremo del corredor y, enseguida, oyó el ruido de una puerta que se abría y cerraba sucesivamente.

—Trisha, ya no podemos perder más tiempo —dijo.

Empujó la puerta y, con gran satisfacción por su parte, vio que la cerradura cedía sin dificultad, penas sin ruido. Un instante después se hallaba en el corredor.

Agarró a Trisha con la mano izquierda, ya que en la derecha llevaba la barra metálica, y tiró de ella. En pocos segundos alcanzaron la escalera y descendieron rápidamente al vestíbulo.

La puerta del salón estaba abierta de par en par. Sword vio a Challis, vuelto de espaldas a ellos, palpándose los bolsillos, como si buscase algo. Una vez vacilo aparatosamente y entonces el joven se dio cuenta de que Challis había bebido bastantes copas de más. De pronto, Challis lanzó una exclamación: —El maldito… silbato. Ah, aquí…

Sword echó a correr. Cuando Challis se llevaba el silbato a la boca, alargó la mano y se lo arrebató bruscamente.

—No llamará a los perros, Septie —dijo el joven.

Challis se volvió, atónito por la presencia de sus prisioneros en el salón.

—Se han escapado… —balbuceó.

—No íbamos a quedarnos inactivos, esperando a que usted experimentase con nosotros, como si fuésemos conejillos de Indias. Profesor, ¿qué sucede arriba? ¿Qué son esos gritos que hemos oído antes?

Trisha agarró de pronto el brazo del joven.

—Oliver, nos habíamos olvidado de Greta Ritten —exclamó.

—¡Es cierto! —dijo Sword—. Profesor, ¿que ha sido de esa mujer? ¿Qué le sucede?

La mirada de Challis se había hecho insegura.

—Quise probar una nueva fórmula… para curarla…, pero creo que equivoqué la dosis…

Sword contempló la botella que había sobre la mesa y la vio casi vacía. Challis, pensó, había buscado en el alcohol el refugio contra su fracaso.

Repentinamente, se oyeron en el piso superior unos espantosos

chillidos.

Sword y la muchacha corrieron hacia el vestíbulo. Antes de que pudieran poner el pie en el primer peldaño vieron dos figuras humanas, estrechamente enlazadas, peleándose con un salvajismo indescriptible.

Eran dos mujeres, indudablemente, pero una de ellas apenas si conservaba ya sus formas humanas. Jirones de ropas cubrían su cuerpo, completamente lleno de vello pardusco. Los brazos se habían adelgazado extraordinariamente, al mismo tiempo que los dedos se habían alargado, rematados en unas uñas de más de cinco centímetros de longitud, afiladas como estiletes. El hocico era ya de murciélago, sin el menos rastro de una boca femenina, y hasta las orejas eran un tanto puntiagudas.

Greta Ritten resultaba absolutamente irreconocible. Ya no era una persona, sino un animal salvaje, en cuya mente había sólo el deseo de matar para satisfacer sus ansias de alimento líquido. Por su parte, Sheila se defendía desesperadamente, pero, también enfurecida, empezaba a cambiar de apariencia.

Bruscamente, las dos mujeres tropezaron y cayeron rodando por la escalera. Petrificados por el horror, Sword y Trisha no se atrevían a moverse.

Sheila y Greta llegaron al vestíbulo, aparentemente sin sufrir daños por la caída. Sheila quedó debajo y, antes de que ninguno de los horrorizados espectadores pudiera intervenir, Greta buscó su garganta y mordió con fuerza.

Un espeluznante chillido brotó de los labios de Sheila. Sus piernas se movieron convulsivamente, mientras la otra mordía con furia demencial, sacudiendo la cabeza frenéticamente, como si con ello quisiera aumentar los efectos de su ataque. La sangre empezó a correr por el suelo a torrentes.

De pronto Challis reaccionó y se arrojó sobre Greta, intentando separarla de su presa, que ya apenas se movía. Greta pareció enfurecerse más todavía y, enderezándose un poco, movió la mano derecha con un gesto velocísimo.

Las uñas rasgaron la garganta de Challis, con la misma facilidad que si hubiera sido de papel. Challis se retiró, tambaleándose espantosamente, los ojos fuera de las órbitas y las manos en la garganta, en un fútil intento de detener una hemorragia por la que

se le iba la vida. Ríos de sangre se escapaban de aquella horrible herida y, después de unos cuantos traspiés enloquecidos, cayó al suelo, revolcándose como un poseso a poca distancia de los dos seres que ya no tenían apenas aspecto humano.

Luego, Greta se inclinó sobre su víctima, tratando de continuar aquel sanguinario banquete, pero de súbito pareció perder las fuerzas y se desplomó a un lado, completamente inmóvil.

Sword se sentía horripilado por aquella escena. En cuanto a Trisha, parecía a punto de desmayarse en cualquier momento.

Súbitamente el suelo se movió y osciló con cierta violencia. Lascas de yeso cayeron del techo.

Sword adivinó lo que iba a suceder y tiró de la muchacha con fuerza hacia la puerta. Una lámpara se desprendió de su posición y cayó al suelo con gran estrepito.

La tierra temblaba sordamente, como sacudida por un espantoso terremoto, pero las vibraciones, aunque muy seguidas, no parecían demasiado intensas. Sword, siempre tirando de la joven, alcanzó la salida y entonces, con gran asombro, se dio cuenta de que el suelo exterior estaba ya más alto que el del vestíbulo.

En aquellos momentos no se acordaba siquiera de los perros. Su única obsesión era alejarse de la casa cuanto antes.

—¡Corre, Trisha! —gritó.

Ella no se hizo de rogar. La Luna, en la mitad del creciente, alumbraba lo suficiente para poder ver sin dificultades. Sword y la muchacha se alejaron un centenar de metros y luego se volvieron.

La casa se hundía lentamente en el suelo, como un buque con la quilla desfondada. A veces se desprendían trozos de la estructura, pero los desperfectos no parecían importantes.

Momentos después se aceleró el proceso de hundimiento. Con mayor rapidez a cada segundo que transcurría, la casa se sumergió en las entrañas de la tierra, ahora ya sin convulsiones ni sacudidas, como si una mano invisible le hubiera dado paso franco hacia las profundidades.

Luego, no lejos de aquel lugar, otro sector del suelo, de forma alargada, se hundió también y las aguas del estanque corrieron por aquel canal, hasta alcanzar la sima en la que había desaparecido el edificio. Durante largo rato se oyó un fuerte gorgoteo. Por fin, el agua terminó de llenar el hoyo y su superficie recobró una lisura

casi total.

De cuando en cuando, sin embargo, surgían grandes burbujas que reventaban en el exterior. Sword y Trisha permanecieron en el mismo sitio fascinados, incapaces de moverse, hasta que el agua que había llegado del estanque adquirió una calma absoluta.

Entonces, Sword se volvió hacia la muchacha.

—No sé qué habrá podido ocurrir, pero creo que ha sido la mejor solución —dijo.

Trisha asintió.

—Nunca hubiéramos podido explicar satisfactoriamente estos horribles acontecimientos —respondió.

Sword volvió a apoderarse de la mano de Trisha. Ahora el contacto que sentían era confortador, anuncio indudable del final de una horrible pesadilla.

—Trisha —dijo el joven algunos días más tarde—, creo que deberíamos tomar una decisión con respecto a nuestro futuro.

La muchacha sonrió.

—¿Cuál es tu sugerencia, Oliver? —inquirió.

—Pues… verás…

Sword no pudo seguir. El timbre de la puerta acababa de sonar y cruzó la sala para abrir al inesperado visitante.

Un hombre de mediana estatura, fornido, de mirada penetrante, apareció en el umbral. Debía de tener unos treinta y cinco años y parecía un tanto irresoluto.

—Me dijeron que la señorita Hunt estaba aquí.

Trisha se puso en pie.

—Soy yo —dijo.

—Pase —invitó Sword.

—Me llamo Arden —se presentó el visitante—. He creído oportuno venir a verla a usted, señorita. Me parece que debe saber lo que sucedió con la casa de Black Basin. Yo fui su constructor.

—No se ha lucido usted precisamente con aquella obra, amigo —dijo el joven críticamente.

—Al contrario, salió tal como lo había planeado —respondió Arden.

Trisha parpadeó.

—¿Hemos de entender que usted edificó la casa precisamente en un lugar donde el terreno no ofrecía seguridad alguna? —preguntó.

—Exactamente, señorita. Cuando el profesor Challis buscó a un constructor, yo me ofrecí inmediatamente, y en mejores condiciones que mis competidores. Estudié el terreno a fondo y llegué a la conclusión de que en aquel lugar había una especie de bolsa de fango y agua, ideal para mis propósitos.

—Sin duda tenía usted poderosos motivos para obrar así, señor Arden —dijo Sword.

El visitante se volvió hacia Sword y le miró fijamente.

—Vera van Driim y yo íbamos a casarnos, señor —contestó.

Trisha contuvo una exclamación de sorpresa. Sword hizo un movimiento de comprensión.

—Lo siento —murmuró.

—Esperé mucho tiempo. No podía vengarme de Challis pegándole simplemente un par de tiros —declaró Arden—. Debía hacerlo de una forma muy especial y, al fin, después de varios años, llegó mi oportunidad. No la desaproveché, créanme.

Arden esbozó una sonrisa y agregó:

—Sé que ustedes también tuvieron problemas con Challis y quería que conocieran la verdad. Aparte de esto, también quería dejar a salvo mi reputación profesional.

—Es comprensible —sonrió Trisha.

—No quiero molestarles más —manifestó Arden—. Celebro haberles conocido…

Sword alzó una mano.

—¿Puedo permitirme un consejo, señor Arden?

—Claro. Dígame…

—Vera tenía una hermana. Es muy guapa y está soltera.

Arden sonrió.

—La conozco. Iré a verla —se despidió.

Sword y la muchacha se quedaron solos.

—Bueno, ya está aclarado el misterio —dijo él—. No hubo intervención del demonio…, aunque los «Dóberman» sí huyeron asustados.

—Presentían lo que iba a ocurrir. Su instinto no les engañó —dijo Trisha—. Aunque luego tuvieron que matarlos…

—Eran un peligro público.

Trisha miró al joven sonriendo.

—Antes dijiste algo de discutir el futuro —le recordó.

Sword puso sus brazos en torno a la cintura de la muchacha.

—Un futuro en común —dijo—. ¿Qué te parecería

Trisha lanzó un profundo suspiro. —Creo que no puede haber nada mejor para nosotros —respondió.

FIN